

MARISA GRINSTEIN

# Mujeres asesinas

EDITORIAL SUDAMERICANA  
BUENOS AIRES

Grinstein, Marisa  
Mujeres asesinas - 8ª ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2006.  
216 p.; 22x14 cm. (Obras diversas)  
ISBN 950-07-2688-2

1. Narrativa Argentina I. Título CDD A863.  
Primera edición: septiembre de 2005  
Octava edición: octubre de 2006

IMPRESO EN LA ARGENTINA  
© 2005, Editorial Sudamericana S.A.  
*Humberto 1° 531, Buenos Aires.*  
ISBN 10: 950-07-2688-2  
ISBN 13: 978-950-07-2688-7

## ÍNDICE

Prólogo .....	5
Emilia Basil, cocinera .....	7
Clara, la fantasiosa .....	13
Ana María Gómez Tejerina, asesina obstinada .....	19
María Ofelia Lombardo, protectora .....	25
Graciela Hammer, incendiaria .....	33
Yiya Murano, amiga .....	39
Marta Odera, monja .....	45
Ana María Soba, heredera impaciente .....	51
Stella O., huérfana emocional .....	57
Marta Bogado, madre.....	63
Claudia Sobrero, cuchillera.....	69
Margarita Herlein, probadora de hombres.....	73
Ana D., mujer corrosiva.....	77
Pugnetti, Ponorilox y Tiadini, brujas incautas.....	83



## Prólogo

Las catorce asesinas de este libro tienen algo en común: esperaban para sí mismas un destino mejor. Como casi todas las mujeres del mundo, creían que sus virtudes les despejarían el camino de las miserias cotidianas. Y, como casi todas las mujeres del mundo, vieron que sus vidas estaban tomando un matiz que poco tenía que ver con lo que habían imaginado.

Pero mientras hay quienes aceptan la derrota con cierta soltura y hasta con resignación, otras se vuelven violentas, enloquecidas, tremendas.

Frente a la infidelidad de un marido, algunas lloran, arman un escándalo y amenazan con abandonarlo. Otras, lo rocían con ácido. Algunas se sienten traicionadas por una amiga y dejan de hablarle, otras le parten la cabeza con una piedra.

Estas catorce mujeres también están hastiadas de pequeños detalles: ir a hacer las compras todos los días a un mercado deprimente, saber que cada noche el marido estará instalado frente al televisor, lidiar con hijos fastidiosos, tomar colectivos, preparar sopas. La lista es infinita.

Un día, una mujer se despierta y advierte que no se casó con el hombre que de verdad amaba sino con el que aceptó casarse con ella. Es probable que ya lleven juntos veinte años, y que de todo ese tiempo no pueda rescatar más que tres o cuatro días de felicidad. Puede ser que se absuelva a sí misma y culpe al marido por su propia desdicha: acaso lo elimine, disolviendo veneno en el café con leche que le prepara a la mañana. O bien, puede conseguirse un hombre adicional. Pero a estas mujeres en particular, las cosas invariablemente se les complican: los esposos se enteran, los porteros las descubren, los vecinos las delatan.

En 1973, una mujer fea y vieja mató a su amante, lo cortó en pedazos e hizo de él empanadas árabes. Lo asesinó porque amenazaba con contarle todo al marido. De la historia se desprenden dos lecturas fundamentales: que una mujer puede ser capaz de todo, incluso de matar de la manera más cruenta, y que hasta las menos atractivas pueden conseguirse un amante. Esta asesina demostró una capacidad sorprendente para el crimen. Ningún hombre lo podía haber hecho mejor. Acaso actuaba impulsada por una visión femenina de la vida: en su descuartizamiento tal vez estaban presentes siglos de humillaciones, de desigualdades, de conquistas que nunca terminan de afianzarse. Un espíritu justiciero sobrevuela, a veces, estos actos atroces. La esposa que día tras día tiene que pedirle al marido la plata para el pan y la leche, puede terminar odiándolo. Ya lo dicen en España: el que lleva la plata a la casa es el que cuenta los chistes. A veces la esposa se harta de escuchar siempre los mismos chistes, o simplemente quiere contar uno ella.

Pero no se trata de hombres contra mujeres. Cuando alguien mata a alguien, el género masculino-femenino es secundario. Las historias familiares de las mujeres asesinas suelen ser patéticas. Una madre ahoga con la almohada a sus dos bebés, pero antes, en su propia infancia, estuvo a punto de ser estrangulada por su propia madre. Otra mujer envenena al marido –los crímenes por envenenamiento son los más usuales entre mujeres– porque la obligaron a casarse con él a los catorce años.

Una de las protagonistas de este trabajo es una mujer que sospecha de todas las mujeres que se le acercan a su marido. Pero no sólo es desconfiada: está presa del delirio. Ni su marido ni su psiquiatra la toman en serio. Mientras tanto, ella se obsesiona con una supuesta rival. Quiere saber si es o no la mujer que se acuesta con su hombre.

En su locura, usa una lógica implacable: le pide los documentos una y mil veces hasta que toma una decisión criminal. Dentro de todo, y entre comillas, envió mis respetos a esa mujer desquiciada que lucha a su manera por la verdad.

Otro dato a tener en cuenta: una vez que empiezan la faena, no pueden detenerse. Cuando se deciden a clavar el cuchillo siguen clavándolo hasta que se les acaba la fuerza. Un solo tiro a la cabeza no basta: hay que asegurarse, hay que vaciar el cargador. "Tenía miedo de que quedara vivo y ciego", asegura la que mató a su esposo para que no lo atormentara la enfermedad. Ahí puede advertirse, entre la sangre y los sesos volados, la carnadura maternal, el rechazo por el sufrimiento ajeno.

De alguna manera, las catorce esperaban una oportunidad de la vida. Y cuando se les esfumó la esperanza por ser lo que de verdad querían ser, se abandonaron. Se dieron cuenta de que todo lo que estaba mal, seguiría estando mal. Intuyeron una línea directriz que las conducía a la desgracia. Matar, entonces, no tenía más significado que empeorar un poco las cosas.

## Emilia Basil, cocinera

A Emilia Basil nunca le importó ser fea. Sus problemas familiares y económicos la llevaron a concentrarse más en la supervivencia que en la felicidad. Había nacido en el Líbano en 1911. En los años 40, y por motivos insondables, llegó a la Argentina en un carguero desvencijado y con olor a podrido. Estaba sola. Estaba aburrída de tanto viaje. Estaba desesperanzada.

Se instaló en Buenos Aires en una pensión cercana al puerto. Tenía un par de direcciones de libaneses que estaban viviendo en la ciudad, pero nunca los buscó. Tampoco los conocía.

La dueña de la pensión, Dora Ramos, fue quien le enseñó las primeras palabras en español. Emilia le pagaba, pero además le ayudaba en la limpieza y, sobre todo, en la cocina. No lo hacía por afecto hacia Dora sino por puro cálculo. Sabía que era necesario caerle bien a esa mujer, de la que en parte dependía su futuro.

La posadera era una mujer acostumbrada a recibir inmigrantes y tenía, además, la manía de comer: siempre que aparecía un extranjero le pedía que preparase platos de su tierra. La comida libanesa resultó ser una de sus preferidas y Emilia, por ser la cocinera, logró por primera vez en su vida sentirse aceptada.

Poco tiempo después, Emilia consiguió empleo en un frigorífico. Le dijeron que era trabajo para un hombre. Pero la pondrían a prueba, como un gesto de amistad hacia la dueña de la pensión, que ya les había advertido acerca de la excepcional fortaleza física de la libanesa.

En ese frigorífico de la zona de Barracas, Emilia consiguió su primer amante local: un español bajito y transpirado que hacía lo mismo que ella: cortar las reses en trozos. La relación era clandestina: el hombre era casado. Pero Dora Ramos no tardó en enterarse y en recriminarle el hecho de haber elegido un hombre con el que no tendría chances matrimoniales. Emilia no se molestó en defenderse. "Es lo que hay", dijo.

Pasaron diez años. Emilia vivía siempre en la pensión, siempre cocinaba empanadas y guisos árabes, seguía trabajando en el frigorífico y, acaso, tenía otros amantes. Pero un día, en un bar de Constitución, conoció a Felipe Coronel Rueda, un peruano trece años menor que ella. Morocho, esmirriado, insignificante, Rueda se acercó a la mesa de Emilia a quien ya conocía por haberla visto en el frigorífico. El peruano era el encargado de compras de un restaurante céntrico, y cada vez que iba a comprar la carne se asombraba de ver a esa mujer bajita y musculosa, de manos grandes y rasgos pétreos, cortando reses sin levantar jamás la vista de su tabla de trabajo.

A Emilia no le gustaba el hombre. Pero menos le gustaba la idea de quedarse sola o con amantes que no le servían para formar una familia. Rueda, en cambio, se enamoró a pesar de las bromas de sus amigos, que no podían creer que el tipo se quedara con una mujer fea y trece años mayor.

Se casaron pocos meses después y se mudaron a una casa de la calle Garay al 2200, donde instalaron un restaurante llamado Yamile. Ellos vivían en los fondos, lindando con un italiano, José Petriella, soltero, amargado, adusto, arruinado. De hecho, era el anterior dueño de la propiedad pero, a causa de una mala administración de su dinero, había terminado vendiéndosela a Rueda. El peruano pagó una parte en efectivo y el resto prometió entregarlo en módicas cuotas. A cambio de haber aceptado la postergación del pago total, Petriella podría vivir a perpetuidad en el último de los cuartos, un lugar oscuro que había sido un depósito. Sin embargo, Petriella estaba a

gusto en su pocilga: sentía cierta afinidad espiritual con el lugar, como si él estuviera tan arruinado como su vivienda. Pero lo que más le gustaba era la sensación de encierro absoluto: en su cuarto estaba aislado de la calle, y la calle le producía desde siempre un miedo inmanejable. Salía lo menos posible, solamente para cumplir con sus tareas de destapador de cañerías, y siempre trataba de combinar los horarios para poder volver a casa cuanto antes. A todo esto, su cuarto de la calle Garay le había empezado a interesar por otros motivos: Emilia Basil le gustaba. Era lo opuesto a lo que era él mismo, es decir, carecía de todos los defectos que a él le hacían la vida intolerable. Ella era decidida, fuerte, iba de frente, no le tenía miedo a nada y no le intimidaban la calle ni la prepotencia ajena. Era obvio que podía hacerse cargo de toda una familia. Podría, incluso, hacerse cargo de él.

Aunque algunos dudaban de la fertilidad de "la vieja" –así la llamaban en la pensión y en el frigorífico–, Emilia Basil de Rueda quedó embarazada enseguida. La hija se llamó Florinda Esperanza. Le siguieron Rosa Isabel y Mirta Emilia. Después del nacimiento de esta última, Emilia se negó a las súplicas de su marido, que quería seguir buscando el hijo varón. Argumentó el advenimiento de la menopausia, con lo que además justificó su carácter tremendo.

Emilia cocinaba en el Yamile, limpiaba la casa, cuidaba a sus hijas sin el menor asomo de afecto maternal, y a su marido sin ningún gesto de cariño. Pero, por sobre todas las cosas, se aburría. Cada mañana hacía las compras en el mismo almacén, caminaba por las mismas veredas y, al volver, miraba desde lejos su casa y el frente del restaurante, coronado por un cartel que ella odiaba especialmente: "¡Manténgase en forma! Tome aperitivo Cynar". Emilia se preguntaba cada vez para qué tendría uno que mantenerse en forma, si la vida no tenía mayor sentido ni para ella ni –por lo que veía a su alrededor– para nadie.

Como se sabe, el aburrimiento puede ser causa de grandes errores. Y Emilia cometió uno: inició un amantazgo peligroso con el italiano Petriella. ¿Le gustaba Petriella? ¿La hacía sentirse bien? ¿Se entretenía, al menos, cuando estaba con él en el cuarto del fondo? Nada de eso. Jamás hubiera entablado una relación con él si no hubiese tenido el adicional del factor riesgo. Lo que la entusiasmaba era, justamente, que Petriella viviera en su casa; lo mejor era acostarse con el tipo a pocos metros de donde su marido hacía las cuentas, las interminables cuentas que daban testimonio de lo precario de la economía doméstica y de la incapacidad crónica de Rueda para los negocios.

Porque el restaurante no funcionaba como Rueda imaginó, aunque ella sí había previsto la catástrofe. Rueda, mal que mal, se había enamorado de su mujer oriental, de su familia nueva, de sus hijas y de la idea de un emprendimiento que lo haría, si no rico, por lo menos autosuficiente. Emilia, en cambio, tenía la frialdad de la mujer casada sin amor y sin esperanzas. "Acá son todos pobres, el restaurante no va a caminar", había dicho desde el vamos.

Lo cierto es que el fracaso gastronómico impidió que Rueda pudiera pagar las cuotas que debía. Y fue ese detalle, además del aburrimiento, lo que acercó a la libanesa y el italiano. Emilia le dijo a su marido, de mala manera, que ella hablaría y se disculparía con Petriella por el retraso a los pagos convenidos. Lo había visto durante años espíandola a través de la ventana de la cocina, mientras ella martillaba la carne para hacer milanesas o mientras lavaba las ollas y los platos.

Cuando se hicieron amantes Emilia ya tenía el pelo gris y ralo, recogido en un



rodete en la nuca, usaba anteojos con aumento y marcos gruesos de carey, pantuflas, vestidos tipo bata, con abotonadura delantera, y sacos tejidos en colores oscuros. Su fealdad primaria se había acentuado de forma notable: estaba arrugada, un rictus amargo le bajaba por la comisura de los labios, y sufría de várices y de una hinchazón crónica en los tobillos. A pesar de todo, el italiano veía en Emilia una mujer potable, que cocinaba bien y sabía llevar su casa; una mujerona como cualquiera de las tantas que recordaba de Italia.

La relación la empezó él, pero la estrategia la armó ella. Fue de lo más sencilla: le golpeó la puerta a las doce y media de la noche. Alarmado, Petriella abrió pensando que alguien de su familia había muerto y llegaban a darle la noticia. Pero la encontró a Emilia, vestida y con un delantal entre las manos, que le dijo si podía pasar porque no podía dormir. Le anunció, a su vez, que su marido había tenido que visitar a un hermano enfermo y que no volvería hasta el día siguiente. Petriella empezó a sacar cálculos frenéticos: ¿estaría ella insinuándole que quería estar con él? ¿O sería que de verdad no podía dormir? ¿Podría él intentar llevarla a la cama o ella lo denunciaría ante su esposo o acaso ante la misma policía?

De un solo vistazo ella se dio cuenta de las dudas del italiano. Supo que tendría que ser más clara. Entonces dejó la silla donde se había instalado y se sentó junto a él en la cama. Con sus manos ásperas le tocó la cabeza, avergonzada de su propio gesto de ternura. Recién entonces Petriella entendió.

El vínculo entre los dos quedó rápidamente establecido: era un vínculo sexual entre una sexagenaria libanesa y casada, y un italiano cuatro años mayor pero soltero.

A Emilia la relación le significó varios logros: el primero, posponer su aburrimiento. También era importante que el italiano no insistiera en cobrar su deuda e incluso, le prestara más dinero. Y, por último, pero no por eso menos importante, el italiano le hacía ver que su edad y su fealdad no eran obstáculos para conseguir un amante. Ella también, por qué no, tenía su costado vanidoso.

Pero si algo no tenía Emilia era paciencia. Menos, para sostener situaciones que no le interesaban. Con el correr de los días, y hasta se diría que con el correr de los minutos, el hombre que vivía en el cuarto trasero de su casa pasó de ser un amante a convertirse en un estorbo. Al principio estaba muy claro que se verían siempre que ella fuese de noche a golpearle la puerta, con dos golpecitos débiles, una vez que su marido estuviese dormido. Esto pasaba una vez por semana. Pero al mes, Petriella empezó a reclamar. Dijo que quería verla con más frecuencia porque se estaba enamorando. Ella se negó. Pero él, de todas formas, empezó a acosarla. Iba a un patio interno de la casa, que tenía una ventana que daba a la cocina del restaurante, y golpeaba. Cuando ella lo miraba, él hacía gestos frenéticos para dar a entender que quería verla. Si ella no levantaba la vista de lo que estaba haciendo, él golpeaba más fuerte. En esos momentos, Emilia lo odiaba. Le parecía aún peor que su propio marido. Y eso era demasiado.

La relación, sin embargo, duró unos cuantos meses más. Emilia –no por compasión sino para darse un margen para pedirle dinero extra– seguía visitando a Petriella y había incrementado la frecuencia de una a dos veces a la semana. Si podía, incluía una tercera visita adicional, sobre todo cuando su marido se volvía especialmente obsesivo en el recuento del dinero o cuando exageraba su papel de extranjero sufrido y victimizado por las circunstancias.

De hecho, a Emilia no dejaba de sorprenderle que ni su marido ni sus hijas tuvieran sospechas acerca de la relación que mantenía con el inquilino. Se dio cuenta de que ella misma se había convertido en un engranaje más de su familia, pero no le molestó. Su familia había dejado de importarle, lo mismo que su amante. Pero, entre las dos opciones, prefería a la familia. Había invertido mucho más ahí que en cualquier otro

lado.

Una tarde, Petriella advirtió en Emilia todos los síntomas que él ya conocía por sus experiencias pasadas, escasas pero lúgubres: como otras mujeres, ella lo iba a abandonar. La libanesa lo miraba torcido y le explicaba que en ese momento no se podía quedar a hacerle compañía, y que al día siguiente tendría mucho trabajo, y al otro iría de compras, y que por la noche su marido tenía insomnio, y que, en fin, las posibilidades de un próximo encuentro eran mínimas.

Petriella resistió unos pocos días. Pero a la semana no aguantó más: un mediodía fue tan insistente en el golpeteo a los vidrios de la cocina, tan elocuente era la cara que asomó por la ventana, que logró que ella fuera en el acto al cuartito del fondo. Y ahí, por primera vez, dejó de lado la depresiva timidez de su conducta: la conminó a seguir adelante con la relación bajo amenaza de pedirle al marido el dinero que le adeudaba y, además, detallarle la índole de la relación que mantenían. De modo que ahí estaba Emilia, con su rodete gris y sus pantuflas, asediada por un hombre que parecía morir por ella.

Emilia no se impresionó. Le dijo que estaba ocupada pero que a la madrugada pasaría a verlo.

La libanesa volvió a la cocina de inmediato. Preparó un enorme guiso de lentejas con albóndigas, matambre al horno con papas y milanesas. Mientras picaba, condimentaba y rellenaba, pensaba en las alternativas que tenía por delante. Era claro que no tenía ninguna intención de perder a la familia que había logrado armar, y tampoco iba a dejarse extorsionar por el italiano: la decisión de terminar con él era irrevocable.

Esa noche Emilia decidió dormir. No iría a la cita deleznable, y arreglaría las cosas al día siguiente. Pero no contó con que el hombre, angustiado por la espera, fuera a golpearle la ventana de su cuarto en plena madrugada. Ella escuchó enseguida el llamado, dos golpecitos tenues. Miró a su marido, acostado a su izquierda, ocupando un sector mínimo de la cama. Seguía durmiendo, no había escuchado nada.

Emilia se levantó de un salto, se calzó las pantuflas cuadrillé, se puso los anteojos y buscó una cuerda de nylon que guardaba en un placard. A todo lo que da, fue a la pieza del italiano. Sabía que si no iba, éste despertaría al marido y le contaría todo. Pero también sabía que si cedía terreno, Petriella impondría condiciones y ella tendría que obedecerle o soportar las consecuencias. Se dio cuenta de que estaba en sus manos, pero no podía tolerar estar en las manos de nadie.

Nunca se sabrá si ella decidió ahorcar a Petriella la noche misma en que él le golpeó su ventana por última vez, o si lo había decidido la tarde anterior, cuando él amenazó con contarle la historia a su marido. Lo que sí es seguro es que cuando buscó y encontró la soga, ya había decidido el destino de Petriella.

Así que fue al cuarto del fondo y entró por la puerta semiabierta. Se acercó a Petriella, que acaso por un instante tuvo la ilusión de que su amada le tendía los brazos al cuello para abrazarlo. Pero lo que Emilia hizo fue estrangularlo con la cuerda de nylon. El italiano ofreció alguna resistencia, pero no fue suficiente: el factor sorpresa había sido decisivo. Emilia, con la mirada tan fija en el cuello de su amante como en su momento la tuviera sobre las reses que cortaba en el frigorífico, lo mató enseguida. Cuando estuvo segura del crimen, acomodó el cuerpo bajo la cama y volvió a su cuarto. Hacía calor. Era el 24 de marzo de 1973. Emilia Basil se quitó las pantuflas y se metió en la cama, con su legítimo esposo. Es más, lo miró y hasta sintió cierta ternura por ese hombre que se había casado con ella a pesar de su edad y de su aspecto, y que vivía su vida sin enterarse de nada.

Con su lógica desapasionada, Emilia amaneció haciendo cálculos. Un problema estaba resuelto: Petriella jamás le contaría nada a su marido. La otra cuestión era más complicada de resolver: había que deshacerse del cadáver. ¿Qué se podía hacer con un muerto, dónde esconderlo, dónde tirarlo?

Estaba claro que no podría arrastrarlo y sacarlo de la casa. Seguramente alguien la vería. El italiano, entonces, tendría que seguir ahí. Pero no podía enterrarlo: no tenían jardín. Y si lo dejaba en el fondo, el olor sería insoportable y alertaría a sus hijas y a su marido.

Apeló entonces a su experiencia. Y su experiencia la remontaba a dos lugares: el frigorífico y la cocina. Las reses pesaban mucho, pero no tanto si se trozaban. Y la carne se conservaba mejor si estaba cocinada y, además, desaparecía al ser ingerida. Estaba todo resuelto, entonces. A Petriella había que cortarlo en pedazos y después cocinarlo. Se cuidaría, eso sí, de probarlo ella misma, o de ofrecérselo a su familia. Para algo tenía a los clientes de su restaurante.

Ese mismo día no haría nada. Pero al día siguiente, su marido estaría en La Plata, adonde tenía que ir para hacer unos trámites. Y las hijas jamás estaban durante el día: se iban a trabajar a la mañana temprano y no volvían hasta la noche. Por la tarde, la libanesa se molestó por una visita que no esperaba: el hermano de Petriella, a quien atajó en la puerta del restaurante. "Hace dos días que no lo veo", le dijo.

A las diez de la mañana del 25 de marzo, Emilia fue al cuarto de Petriella. Llevaba dos cuchillos de cocina que acababa de afilar con una piedra, tal como le habían enseñado en el frigorífico. En cuanto vio el cadáver, se alegró de encontrarlo tan distinto de lo que recordaba de su amante en vida. La muerte lo había vuelto rígido, le había marcado una expresión desconocida en el rostro, le había cambiado el color. Era, casi, como una res. Le sacó la camisa, los pantalones, los calzoncillos y las medias. Cuando estuvo desnudo, lo cortó en pedazos. Buscó las articulaciones y separó brazos, piernas y cabeza. No le dio asco. Se concentró en hacer las cosas bien, como si estuviera trabajando. Y una vez que hubo terminado, fue, a su vez, cortando brazos y piernas en más pedazos: aplicaba, a conciencia, una mirada de cocinera. Eran las partes más aptas para el consumo. El tronco y la cabeza, desde ya, no podrían ser usados. No se adaptaban a las recetas que ella conocía desde siempre.

Así, fue llevando en una palangana a quien fuera su amante, trozo a trozo, hasta la cocina. Buscó las ollas más grandes y puso a hervir algunos "cortes"; en unas fuentes para horno puso a asar otros. No se olvidó de condimentar todo: era probable que la carne humana tuviera un gusto diferente, y había que evitar que alguien sospechara.

Con la carne hervida hizo un guiso y empanadas árabes. Con la carne asada, un salpicón que llenó de mayonesa y huevo duro picado. Cuando todo eso estuvo listo, volvió al cuarto del italiano y encajó el torso en un cajón de manzanas, que sacó a la calle con cierta dificultad. Arriba del torso había puesto cáscaras de fruta y diarios viejos. En cuanto a la cabeza, la dejaría en hervor hasta que decidiera qué hacer con ella. Por alguna razón, no quería sacarla como si fuera basura, tal como hizo con el tronco. Pensó que la cabeza sería fácilmente reconocible, que la cabeza tenía rostro, que la cabeza tenía ojos.

Esa noche, acaso por un gesto indirecto de cariño tardío, Emilia preparó pasta, lo cual sorprendió a la familia, acostumbrada a comer carne en cada comida. "¡Si no les gusta, cocinen ustedes! ¡Esto es lo que hay", les gritó Emilia, haciendo alarde de un ánimo sombrío.

Tres días más tarde, una vecina entabló una charla de barrio con Rosa Isabel, la

hija del medio del matrimonio Rueda. Le hizo advertir que había un cajón de manzanas con basura que despedía un alarmante olor a podrido. Y le sugirió llamar a la policía. ("Che, ¿no habrá algo raro ahí adentro?"). Rosa Isabel, con la excitación de sus 17 años, llamó.

Cuando llegó la policía, encontró el torso de Petriella. Emilia no había tenido en cuenta un detalle muy porteño: los basureros jamás levantan un bulto que pese demasiado.

Los policías se fueron con el torso, pero una vez en la comisaría, un agente recordó una denuncia de un hombre cuyo hermano había desaparecido sin dejar rastros. Fue a buscar los papeles. El hombre en cuestión, el que se había esfumado de su domicilio, vivía en la misma cuadra donde habían encontrado el torso.

Fueron hacia allá. Registraron primero la casa vecina a la de los Rueda. No encontraron nada. Después fueron a lo de Emilia. Buscaron en los cuartos, en los baños, en el living. Hasta que entraron a la cocina. Lo primero que vieron fue un bulto redondo, como de una pelota, envuelto con papel madera. Uno de los policías lo abrió, y lo tiró enseguida sobre la mesada, haciendo un gesto de asco. Era la cabeza. Ya estaba hervida. En cuanto a las empanadas y el salpicón, casi no quedaba nada. Los clientes del Yamile habían comido buena parte.

Lo primero que hizo Emilia Basil en la comisaría fue negar todo. Pero cuando las evidencias la apabullaron, contó cada movimiento, con todo detalle. No lloró. No dijo que estaba arrepentida. No se quebró. Su abogado le dijo que alegara defensa propia. Ella obedeció. En una nueva versión de los hechos explicó que fue su amante quien quiso estrangularla con una cuerda de nylon, y que ella logró arrancársela de las manos y ahorcarlo a su vez.

La fiscalía pidió dieciséis años para la acusada y el juez de sentencia, Salvador María Lavergne, aceptó. Sin embargo, entró en escena un nuevo abogado de Basil, Pedro Bianchi, quien pidió la nulidad del fallo y la logró. El proceso pasó al juzgado de Jorge Sandro. Al fin, la condenaron a diez años de prisión por homicidio simple.

En noviembre de 1979, seis años después del crimen, habiendo cumplido los dos tercios de su condena, Emilia Basil fue puesta en libertad condicional. Una de las policías que la acompañó a la salida del penal le preguntó si tenía algún lugar adonde ir. Ella usó su crudeza habitual para contestar "A usted no le importa. Y a mí tampoco".

## Clara, la fantasiosa

A los cincuenta años, se quedó pelada. Estaba casada con un hombre al que amaba y que se le había transformado en obsesión. "Es imposible que quiera a una mina como yo, menopáusica y sin pelo", le repetía a las pocas amigas que le iban quedando. Es que Clara, en crisis, era una persona fastidiosa, obsesiva. Su marido soportaba ese matrimonio con una resignación que tenía más que ver con la abulia que con el amor.

Cuando se casaron, Clara era distinta. Creía de verdad que Eduardo, ese hombre que la había elegido, era el mejor hombre del mundo. Y creía también en lo que le había dicho su madre: que si un hombre bueno la amaba, su vida, mágicamente, transcurriría sin problemas. Que la felicidad no podía resistirse a un compromiso marital serio y a conciencia.

Su madre, es evidente, no le había advertido que a veces las cosas se complican, incluso en las parejas que, a priori, parecían ideales. Clara, entonces, no supo cómo reaccionar cuando sintió que su marido, ese señor brillante, dueño de una empresa medianita pero propia, mantenía relaciones sexuales con otras mujeres. "¿Por qué mamá no me avisó? ¿Por qué me prometió que al casarme todo iría bien, que yo estaría protegida para siempre? ¡Es una hija de puta!". Con ligeras variaciones, ese era el discurso que Clara repetía entre sus amigas. Estaba aniquilada. Y lo peor de todo, es que tales engaños no existían sino que Clara los iba imaginando.

La idea de Clara era que su marido la narcotizaba por las noches para ir a encontrarse con sus amantes. Como réplica, ella adoptó un método insólito: anudó hilos de nylon que se entrelazaban y comunicaban, a todos los picaportes de su casa. De los hilos pendían campanitas y objetos de cristal que, ante el menor movimiento de una puerta, armaban un bullicio imposible de ser ignorado. Esta estrategia le sirvió para despertarse si su esposo iba al baño, o entraba a la biblioteca (desde donde, acaso, podría llamar por teléfono a otra mujer) o si se animaba a salir a la calle.

Lo más misterioso de todo fue que su marido no hizo nada para persuadirla de su locura, ni atinó siquiera a cortar los hilos. No. El fastidiado marido aguantó y siguió durmiendo con su esposa cada noche. Eso sí, una tarde la llevó a un psiquiatra para que la tratara. Clara fue, imaginando que era un ardid más de su marido para que ella siguiera viviendo en la ignorancia de sus cuernos.

El psiquiatra no le gustó de entrada. A sus ojos, era un gordo que no tenía ni idea de las cosas de la vida, y que atendía en un lugar por donde corrían las cucarachas entre las cajas de muestras médicas. Sin embargo, se sintió más segura: por un momento había tenido miedo de que el médico la internara, o le diera una inyección que la dejara tarada, o –peor todavía– de que usara un narcótico para doparla y aplicarle, luego, electroshocks.

El profesional, sin embargo, no se tomó las molestias que ella había imaginado: le diagnosticó un delirio celotípico y le recitó unos medicamentos que ella tendría que tomar –por propia voluntad– en su casa. Más tarde, cuando Eduardo lo llamó para

hablar a solas, el psiquiatra le explicó los términos. "Es un caso de celos extremos mezclados con rasgos de delirio. Mire, si usted la ignora, su mujer va a pensar que es porque está con otra. Y si aparece con un ramo de flores, va a pensar que se las compró para que ella no se dé cuenta de que usted tiene una amante. Es bastante común, no se crea. Trate de que tome los remedios, ya va a pasar".

Mientras tanto, para sentir que su vida merecía la pena, Clara se inscribió en la Facultad de Medicina. Entró en 1986, un año en el que los exámenes de ingreso eran arduos. Ella obtuvo el séptimo mejor promedio. Pero su brillantez no fue suficiente. Muy pronto abandonó sus estudios porque estaba demasiado ocupada en perseguir a su marido y a sus supuestas amantes. La medicina, al lado de tanta emoción fuerte, era un pasatiempo ridículo.

Con el correr de los meses, Clara adoptó la costumbre de guiarse por pálpitos. Veía a alguna mujer en la calle que le parecía acorde a las exigencias estéticas de su esposo, y la perseguía durante cuadras, llegando inclusive a agredir o insultar a varias.

En cuanto a los medicamentos, los desmenuzaba, los mezclaba con basura, y los tiraba. Seguía visitando al psiquiatra, a quien cada vez le contaba menos detalles de su delirio: advertía que si hablaba lo mínimo indispensable y, además, ocultaba las traiciones de su marido, el médico se quedaba contento.

Fueron épocas de horror. Las amantes se multiplicaban y no le dejaban tiempo para hacer una vida normal. En tanto, el marido, con paciencia de santo, aguantaba. Pero un día decidió que tenían que mudarse. Pensó, tal vez con cierta inocencia, que cambiar de barrio calmaría a su mujer, que a esa altura del partido a veces salía a la calle sin pañuelo y sin peluca, luciendo su calvicie, para no perder la pisada de alguna amante sospechosa.

Se mudaron a Flores, a un edificio alto, ruidoso y de construcción mediocre. Clara estaba alerta. Salía a caminar por el barrio, inspeccionando a cada vendedora, a cada mujer que paseaba por las plazas, a cada eventual competidora.

Una tarde, al volver a su edificio, se topó en el hall de entrada con una mujer que salía y que la miró con cierta fijeza. Tenía 42 años, era rubia, atractiva, con una melenita lacia que le llegaba a los hombros. Estaba vestida con un traje sastre gris claro de falda ajustada y algo corta.

Clara, que en esa época había recuperado unos tres pelos escasos, estaba sin peluca, pálida, enfundada en un triste jogging rosa pálido que le colgaba sin gracia. Ella misma fue consciente de la distancia abismal que existía entre su aspecto lamentable y la belleza de la otra. No es que la rubia fuera divina, pero era, sin dudas, una mujer a la que cualquier hombre miraría en la calle. Al igual que Clara, se había mudado hacía muy poco tiempo a ese edificio. Su marido había muerto, sus hijos estaban casados y vivían aparte (ella se había casado muy joven, con un hombre mayor), y ella compartía el departamento con su suegra, una mujer que estaba por cumplir noventa años. Cuando vio en su edificio a esa mujer pelada y de aspecto huraño, no pudo dejar de mirarla, lo cual para Clara fue una señal inequívoca: la rubia tenía algo que ver con su maldito marido.

—¿Qué me mirás, vos?!

La rubia, que en su vida había recibido el grito de nadie, no atinó a contestar. En

un primer instante se quedó paralizada, como fascinada por el horror que la pelada le provocaba. Enseguida amagó con irse, pero Clara volvió a la carga y le cerró el paso:

—Yo sé por qué me mirás. Porque sos Zulema, seguro que sos Zulema. Si sos, ya descubrí a la amante de mi marido.

La rubia negó con una mínima sacudida de cabeza.

—Para que yo te deje de joder, mostrame tus documentos.

La otra se indignó. Jamás le mostraría los documentos a la primera loca que la encaraba en su propio edificio. Algo asustada, miró para abajo, y salió.

Al día siguiente, un sábado, empezó la persecución. En la cola de la panadería, mientras la rubia pensaba cuántas medialunas llevaría, escuchó la voz a sus espaldas: "Mirá, todo esto se arregla mostrando el documento". Con espanto, se dio vuelta y vio a la pelada, con el mismo jogging rosa, mirándola con expresión rarísima. Ella no contestó, y se dedicó a mirar las tortas. Pero sentía que el corazón se le disparaba. Se había puesto histérica. Miró de reojo y vio que la loca se iba. Temblando, hizo su pedido, pagó y volvió a su casa. Pero a la tarde, volvió a salir. Fue al lavadero automático de la esquina. Mientras estaba poniendo la ropa en una canasta, escuchó la voz: "Quiero ver los documentos. Nada más que eso".

Esta vez, el esfuerzo de la rubia para ignorar a su perseguidora fue fenomenal. Pero esa tarde, en su casa, había decidido dos cosas: jamás le mostraría los documentos a la imbécil de su vecina y, además, hablaría con el marido, a quien ya había identificado gracias al portero: un hombre común al que ella reconocería por el único detalle de que al caminar mantenía los puños apretados.

El domingo transcurrió sin novedad. El lunes ella siguió su rutina: se despertó a las seis, se bañó, se secó el pelo con su secador profesional, preparó el desayuno para sí misma y para su suegra, y salió a trabajar. Era ejecutiva de cuentas de una empresa de Pilar. Tomaba un taxi o un colectivo hasta un lugar donde pasaba a recogerla una combi. A las nueve, ya estaba instalada en su oficina del primer piso. Su escritorio daba a un gran ventanal, desde donde podía ver un jardín lleno de flores, y dos cipreses. Esa mañana, una vez que se instaló en su sillón, se le ocurrió mirar hacia fuera. Vio a una mujer que estaba enfrente, mirando hacia su ventana. Era la pelada, por supuesto. Esta vez cubría su cabeza con un pañuelo.

La ejecutiva corrió las cortinas de un tirón y se obligó a no mirar más, por lo menos hasta el mediodía. Se imaginó las peores cosas: la pelada entrando a su departamento, mientras ella no estaba, para estrangular a su pobre suegra; la pelada pegándole un tiro por la espalda; la pelada interceptándola en el garaje del edificio y rompiéndole la cabeza con un fierro. Le dio taquicardia y tuvo que dejar la computadora para respirar profundo y calmarse.

A la una, cuando se decidió a bajar al comedor, se asomó por la ventana. La mujer había desaparecido.

Esa misma tarde, cuando volvió a su casa, le pidió al portero que le armara una cita con el marido de Clara. Una hora más tarde, justo antes de cenar, recibió el llamado del portero. "Venga acá a casa, en la planta baja. Lo tengo al esposo de la señora Clara".

En cuanto lo tuvo delante, le contó todo y le pidió que la ayude. "Controle a su mujer, me da mucho miedo. Me puede hacer algo a mí o a mi suegra, que vive conmigo y es muy mayor". El marido contestó con evasivas. Le dijo que la mandaba a un psiquiatra, y que a ese psiquiatra no le parecía necesario internarla. Que ella tomaba los remedios que le recetaban y que, sin dudas, en poco tiempo estaría mejor y dejaría de molestarla. Ella miró de frente al hombre y le dieron ganas de llorar. Revalorizó a su marido muerto, que jamás dejaba las cosas a medio hacer, ni se conformaba con soluciones a mitad de camino. Y hasta sintió una pizca de piedad por la pelada. "Se

debe haber vuelto loca por tener a este marido que hace de cuenta que todo está bien", pensó. Y hasta tuvo un mínimo de humor para recordar la palabra que hubiera usado su marido para describir a ese hombre: pusilánime.

La rubia, por las dudas, le dijo al portero que estuviera alerta porque tenía un presentimiento terrible en relación con la mujer que la espiaba.

Al otro día, también al volver del trabajo, la rubia fue al mercado. Se puso a elegir tomates cuando vio que la pelada la estaba mirando desde la vidriera y se disponía a entrar. Rápido, fue a la caja, como para tener testigos de un eventual ataque. La pelada se le acercó, la miró con odio, y le dijo lo de siempre.

—Do-cu-men-tos. Mostrame los documentos y acabemos con esta historia.

La rubia miró hacia la cajera, que no entendía la escena. La pelada no dijo nada más, esperó unos segundos y se fue, moviendo la cabeza a un lado y al otro, como sin poder creer en el caradurismo de la otra, que le negaba el elemental derecho de saber si era o no la amante de su marido.

Con los días, todo se agravó. La pelada perseguía sin descanso a la rubia: se le paraba frente al trabajo cada mañana, y le pedía los documentos en el mercado, la panadería, la farmacia y el local en donde compraba sus medias de nylon negras.

Un viernes por la noche, aunque cansada del trabajo, la mujer decidió dejar sola a su suegra e ir al cumpleaños de su prima preferida. Era una de sus primeras salidas después de la muerte de su marido. Se puso un vestido celeste algo ajustado, un tapado negro, y se fue a la fiesta, en Quintana y Callao. En el taxi iba mirando el barrio donde vivía esta prima. Siempre le había gustado esa zona de Buenos Aires y, por unos momentos, se olvidó de la loca, que a esa altura ya se había convertido en una pesadilla.

Se quedó en la fiesta hasta las tres de la mañana. A esa hora decidió irse, antes que nadie, porque no quería dejar tanto tiempo sola a su suegra. Bajó, se acercó a la calle para ver si aparecía algún taxi, y escuchó la voz: "Dame de una vez los documentos, basura, mostrámelos".

La rubia se abalanzó sobre un taxi, subió, cerró la puerta con desesperación —temiendo que se colara la loca— y le dijo al taxista que arrancara rápido. Pero la otra ni siquiera intentó subir. Se quedó parada en la vereda, siguiendo al taxi con la mirada.

Al otro día, fue a la comisaría a hacer la denuncia. Contó que había una mujer, loca y pelada, que la seguía a sol y a sombra, que le pedía los documentos y que la creía la amante de su esposo. Pidió protección. La miraron con gran escepticismo y le contestaron que a lo mejor era ella misma la que estaba nerviosa, la que imaginaba cosas. Le dijeron que era lógico que si vivían en el mismo barrio, se encontrarán en los mismos lugares. En fin, le explicaron que no tenía por qué preocuparse, y le rogaron que no volviese a aparecer por ahí, sugiriéndole una vez más que la que estaba loca era ella.

Al salir de la comisaría, como para calmarse, la mujer entró en un bar y pidió un té con tostadas. En cuanto el mozo le trajo su pedido y ella mordió la primera tostada, escuchó lo que, en realidad, estaba esperando escuchar casi con ansiedad. "Documentos. Mostrame los documentos de una vez".



En tanto, el matrimonio de la pelada no había registrado mayores cambios. Sí, acaso, las cosas se habían calmado. La mujer estaba totalmente concentrada en vigilar los movimientos de su vecina, con lo cual tenía menos tiempo y menos energía para cargosear a su marido. Y él, aunque estaba al tanto de la actitud de su esposa, no pensaba más que en sí mismo: por fin ella estaba entretenida en algo y lo dejaba en paz. Era cierto que a veces Clara lo insultaba y le decía que no faltaba mucho para desenmascarar a la vecina, pero esas escenas no eran muy frecuentes. La frenaba la posibilidad de que su marido hablara con el psiquiatra y la internaran. Ni por un momento al hombre se le ocurrió pensar en la angustia de la vecina, o en el peligro potencial. Prefería pensar en otra cosa, en lo que a él de verdad le interesaba: ver partidos de fútbol, hacer bien su trabajo, tomar café con sus amigos. Tener a la loca en su casa cada noche era un hecho inevitable que le había venido de arriba y tenía que soportarlo. Nada más.

Una semana más tarde, sin que la persecución hubiera cedido un ápice, la rubia cumplió con sus rituales matutinos: ducha, arreglo del pelo, desayuno para ella y para su suegra. Cuando terminó, salió al pasillo, llamó el ascensor, y esperó. En cuanto llegó, abrió la puerta y, sin mirar, se metió. Adentro estaba la pelada, con un cuchillo de cocina en la mano. Las puñaladas fueron más de sesenta. La rubia no pudo impedir ni una: la pelada tenía una fuerza extraordinaria.

Mucha gente del edificio escuchó los gritos y aullidos de la víctima. Una vecina de la rubia se acercó a la puerta de su propio departamento y por la mirilla vio el ascensor abierto. Abrió un poco la puerta –sin soltar la cadena de seguridad– y vio a la rubia tirada, y a una mujer calva que la acuchillaba sin piedad. Llamó enseguida a la policía.

En tanto, una vez que la pelada calmó su furia asesina, bajó en el mismo ascensor en que estaba tirado el cadáver de la mujer, y fue a su propio piso. Se sacó la ropa ensangrentada y la dejó en el lavadero, para lavarla más tarde. Enjuagó el cuchillo Tramontina y lo dejó en su lugar. Fue a su cama, donde su marido todavía dormía, y se acostó con él. El esfuerzo del crimen la había agotado, y no tardó nada en dormirse. Una hora más tarde, el matrimonio se despertó por los golpes a la puerta. Era la policía. La mujer negó los hechos respaldada por el marido, que juraba que su esposa estaba durmiendo con él y que no se había levantado en toda la noche. Pero uno de los oficiales ya había encontrado la ropa ensangrentada.

Después de un juicio rápido, la mujer fue declarada inimputable y terminó en el Moyano.

Cuando una psicóloga forense se acercó a verla, la mujer se mostró desalentada. "Mire qué cosa. Yo estoy presa porque la otra hija de puta no quería mostrarme los documentos. ¿A usted le parece justo?".



## Ana María Gómez Tejerina, asesina obstinada

Ana María Gómez Tejerina le perdió el respeto a los hombres inmediatamente después de que su padre se suicidara. Con sus amigas era terminante: "Yo lo vi a mi viejo recién muerto cuando se mató. Yo tenía diez años. Y se mató porque se le ocurrió arruinarnos la vida a mi vieja, a mi hermana y a mí. Se mató delante de todas nosotras, el hijo de puta. Y todos los hombres son iguales de jodidos". También les contaba a sus amigas que muchas veces, después de acostarse con un hombre, sentía un asco visceral que la obligaba a ir al baño a escupir y lavarse. Y que, salvo rarísimas excepciones, después de iniciada una relación pedía a cambio regalos o dinero. Pero lo que a las chicas de su grupo más les gustaba escuchar era cuando Ana María les ofrecía, con toda teatralidad, su teoría acerca de la inutilidad absoluta de los hombres, su egoísmo y su estupidez. La teoría incluía un capítulo sexual, en donde Ana María se declaraba jefa indiscutida. "Yo siento que a los tipos los manejo, que cuando estamos en la cama la que mando soy yo".

La madre de Ana María vivió ocho años más que su marido suicida. Durante ese tiempo se dedicó a lavar y planchar para poder mantener a sus hijas y pagarles el colegio de monjas. Ana María vivía la esclavitud laboral de su madre como una afrenta de su padre y del género masculino en general. "Si papá no se hubiera matado, vos no tendrías que estar trabajando como bestia", le decía.

En un tiempo vivían cerca de Constitución pero después se mudaron a la zona de Plaza San Martín, en Maipú 987, séptimo piso, departamento 28. Ana María había terminado la secundaria y empezado la carrera de Sociología. En la facultad conoció al hombre que ella imaginó a salvo de los defectos masculinos. Se llamaba Enrique Pacheco Errea, un morocho de bigotes fuertes y piel pálida que la deslumbró desde un principio. Ella dejó de lado sus prejuicios y se enamoró –según le contó a una compañera de facultad– para siempre.

Pero Tejerina había sido muy pobre y era consciente de que el matrimonio con Errea la habría empujado a una *remake* romántica de las carencias materiales que la torturaron desde chica. Él no solamente estaba de acuerdo con ese razonamiento sino que, además, proponía soluciones particulares. "Tenés que casarte con un tipo de guita, después vemos cómo se la sacamos y nos juntamos nosotros".

Una noche de enero de 1974, Ana María –que entonces había cumplido 23 años– fue a la Costanera a caminar con dos amigas. Ellas ya habían arreglado un programa para más tarde con dos amigos, y en ese caso Ana María tendría que irse a dormir. Pero a una se le ocurrió llamar por teléfono para ver si era posible incluir un nuevo candidato que hiciese pareja con Ana María, aunque sólo fuera por esa noche, y en las averiguaciones apareció la solución perfecta: invitar a Carlos José Peretti, de 36 años, director de la firma licorera Peretti S.A., recién separado de su mujer. Lo llamaron, Peretti aceptó y todos fueron a parar a su departamento de Malabia 3341, cuarto piso. Cuando Ana María vio el lugar en el que vivía Peretti, se dispuso a engancharlo. Se le acercó, fue lo más seductora y simpática que pudo y logró que él la invitara para salir al día siguiente. Después de aquel encuentro corrió a contarle a Pacheco Errea la novedad: si las cosas pasaban como ella creía que pasarían, muy pronto iban a poder vivir mejor,

con dinero, como ellos se merecían.

Ana María Gómez Tejerina se casó con José Peretti en marzo de 1975, después de un año de romance intenso. Los papeles se hicieron vía Bolivia: en esa época no existía el divorcio. Sin embargo él organizó una fiesta en el Palacio Sans-Souci.

El tema de la fiesta había sido un motivo de discusión permanente: José argumentaba que él ya había hecho una gran fiesta de bodas y que le resultaba incómodo volver a invitar a sus amigos y clientes tan poco tiempo después del primer casamiento, que apenas había durado nueve meses. Ana María, como toda mujer, quería su fiesta de bodas, su anillo, el vestido blanco, la torta y las cintitas. "No podés ser tan egoísta. Siempre tuve la ilusión del vestido de novia", le decía. Al fin Peretti cedió, aunque se tomó el trabajo de explicar a todo el mundo que si fuera por él, la fiesta no se hacía: "Lo hago por ella. Es su primer casamiento. Pero como yo ya me casé, va a ser todo simbólico, un cura amigo va a decir unas palabras y nos va a dar los anillos".

A todo esto, Tejerina ya había llevado a su casa a Pacheco Errea, para presentárselo a Peretti como un compañero de estudios y amigo de la infancia. "Es como un hermano", mintió. Peretti no tuvo ninguna sospecha. Cometió el clásico error de los hombres arrogantes: se veía a sí mismo como un candidato muy superior a Errea y dio por sentado que Tejerina compartiría su opinión. Por lo tanto, teniéndolo a él – candidato superior– Ana María jamás se fijaría en su compañero de estudios –candidato inferior.

El día anterior a la boda, Tejerina y Errea fueron la demostración tangible del gran error de Peretti: no solamente se quedaron en un hotel casi toda la tarde sino que se hicieron un juramento formal. En el momento en que Peretti le entregara el anillo a Ana María, ella juraría, internamente, amor incondicional a Errea, que estaría en primera fila mirándola. Ella daría vuelta la cabeza, como sacudiéndose una mosca, para poder mirar a su amante a los ojos durante una mínima porción de segundo. La fiesta fue un éxito en ese punto y en todos los demás.

La pareja fue de luna de miel a Europa durante un mes y medio. En Italia, Peretti le mostraba los lugares donde había vivido con su familia y comenzó un extenso *racconto* de sus negocios y empresas. Una mañana, Ana María se levantó muy temprano y fue a buscar un teléfono. Llamó a Errea para decirle que se moría de ganas de matar a su marido, heredar la fortuna y casarse con él. Angustiada, lloró en el tubo telefónico y le dijo que la vida, sin él, no tenía ningún sentido. "Quiero que pienses algo para cuando nosotros volvamos. No aguanto un minuto más estar con él".

A la vuelta, Errea ya tenía un plan: contratar a Héctor Julio Spina, un marginal especialista en explosivos. Pocos días antes lo había contactado y habían llegado a un acuerdo económico para que Spina pusiera una bomba en el auto de Peretti, que estallaría apenas éste hiciera arrancar el auto. Pero los preparativos se suspendieron por unos ocho meses, el tiempo que le llevó a Tejerina convencer a Peretti para que cambiara su testamento y le legara sus bienes.

El empresario siempre había tenido muy en cuenta el tema de la herencia. Cuando se separó en 1972 de Elsa Barreneche, su primera mujer, hizo un testamento a favor de entidades de beneficencia. Pero unos años más tarde anuló ese testamento y volvió a dejar su dinero en manos de Barreneche. En esa situación estaban las cosas

cuando se casó con Ana María. Desde el principio ella tuvo muy en claro que tendría que dedicar toda su paciencia y poder de seducción para conseguir que su marido testase a su favor. La táctica de Tejerina era convencional: demostrar su ineptitud para las cosas elementales de la vida, su incapacidad crónica para trabajar y generar dinero. Paralelamente, se mostraba como la mujer más solícita y cariñosa del mundo.

José Piacentino, amigo de la infancia de Peretti y director de su empresa, fue el testigo inicial de los cambios de Peretti. "En enero de 1976 me vino a ver a la oficina y me dijo que era hora de que Ana María tuviera acceso a la llave de seguridad de la caja fuerte. Nunca antes le había dado el código a nadie. Y a los pocos días hizo un testamento para dejarle todo a ella".

Tejerina estaba exultante. Pasaba varias horas por día en las oficinas de su esposo dando órdenes absurdas que se eludían con diplomacia, hasta que llegó el momento que tanto esperaban: el día en que Peretti volaría en pedazos. Errea estaba orgulloso del plan: en plena dictadura militar, una bomba estallando en el auto de un empresario no sería visto como otra cosa que un ataque terrorista más. Spina fue al garaje de Peretti, colocó el explosivo y se fue sin ser visto. Pero a la mañana siguiente, cuando Peretti encendió el auto, la bomba produjo un estallido mínimo, insignificante. Rompió el motor y tiró al suelo a Peretti, que salió del garaje caminando, aturdido, con algunos vidrios incrustados en los brazos pero nada más. Había sobrevivido al primero de los atentados que su querida esposa había planeado junto con su amante.

Tejerina se puso frenética por el fracaso de la bomba casera y martirizó a Errea durante semanas, atribuyéndole oscuras intenciones detrás del intento fallido. Creía que la bomba no había matado a su marido porque Errea había instruido al colocador para que el artefacto no estallase como tenía que estallar. Según su forma de ver las cosas, Errea quería que Peretti viviera porque no quería casarse con ella. Llegó a pensar también que había una confabulación muy bien montada entre su marido y su amante para quitarla del medio. Su estado nervioso era tal que tenía que hacer enormes esfuerzos para tratar a su marido con la simulación amorosa de siempre.

Por su parte, Peretti empezó a sufrir pesadillas y terrores permanentes. Por mucho tiempo no quiso salir de su casa. La policía –tal como había imaginado Errea– atribuyó la bomba a un atentado terrorista. Peretti no estaba seguro de quién había querido matarlo, pero en cambio tenía la certeza absoluta de que volverían a intentarlo.

Y en eso estaba Tejerina, desesperada, acosando en todo momento a Errea para hacer un nuevo y definitivo intento de asesinato. Errea urdió el plan dos. Hizo varias averiguaciones entre sus conocidos hasta dar con el matador ideal, un hombre llamado Dardo Aldívar González, que se haría cargo de la muerte de "un empresario de mucha guita". Le dio ocho millones de pesos de aquella época y se dispuso a esperar. González, por su parte, no perdió un minuto. Como otras veces, fue a buscar a su hombre de confianza, "el Tucu". Él se ocuparía del trámite.

La idea era simular un asalto en la calle y matar a Peretti. El problema era que Peretti había entrado en pánico y se negaba a salir. Cuando después de una semana Tejerina advirtió que su esposo estaba trabajando desde su casa, recibiendo allí a sus clientes y proveedores y arreglando sus cosas por teléfono, lloró en brazos de Errea. Le pidió, le suplicó, le rogó, que modificaran el plan: podían matarlo igualmente dentro de

la casa que afuera. Errea fue inflexible: si el crimen se cometía dentro de la casa, la policía tendría más chances de descubrir a los autores. Si Peretti era muerto en la calle, las evidencias serían mínimas.

Resignada, Ana María siguió esperando. Sabía que en algún momento su esposo bajaría las defensas y saldría —tenía que salir— fuera de casa. Pocos días después el mismo Peretti, conmovido por la evidente preocupación de su esposa, le propuso salir. Fueron a comer al restaurante preferido de Peretti, hablaron acerca del futuro, de proyectos en común, viajes e hijos. Tejerina sabía que al volver al departamento de Malabia estarían esperándolos los futuros asesinos de su marido. El pensamiento la calmó. Se sirvió un poco de vino y sonrió. "Brindemos por nosotros, mi amor", le dijo, entrecerrando los ojos negros.

Cuando llegaron al departamento, Peretti acercó el auto al garaje y vio a dos hombres que se acercaron a él, armados. Le pidieron la billetera y lo hicieron bajar del auto. Y mientras él buscaba en sus bolsillos, recibió el primer disparo. Le siguieron otros siete. Su esposa nunca salió del auto, nunca miró para otro lado. Cuando llegaron la ambulancia y la policía, ella seguía en el auto. Según uno de los camilleros, Tejerina estaba bastante tranquila, aunque lloraba en silencio.

Peretti tampoco murió esa vez. Estuvo casi un mes en terapia intensiva y otros tres inmovilizado en su casa. Su esposa lo cuidaba día y noche, ayudada por dos enfermeras. Era el castigo que se había impuesto a sí misma. Por casi un mes dejó de hablarle a Errea. No podía creer que una vez más las cosas hubieran salido tan mal. Porque además de estar vivo, su marido estaba casi inválido. No podía haber sido peor.

De modo que Ana María pasaba sus días sentada al lado de la cama de su esposo, viendo televisión y dándole cucharaditas de té, mientras sentía que el destino seguía en su contra. Pero no solamente cuidaba a Peretti para castigarse, sino porque estaba reafirmando la voluntad de su esposo de legarle todo su dinero. Y había una tercera intención: que Errea muriera de celos.

Peretti se recuperó totalmente de los balazos. Pero estaba obsesionado con la idea de la muerte. Cuando hablaba con sus amigos se ponía tan sensible que lloriqueaba como un chico. "No sé qué haría sin Ana María. Me cuidó tanto, es tan buena. Y tengo miedo de que no sepa qué hacer si yo no estoy", les decía, antes de pedirles que si a él le pasaba algo, que por favor la cuidaran.

Las dudas de Peretti acerca de su propio futuro y sus miedos de un tercer atentado enfurecían íntimamente a Ana María. La mujer no podía entender cómo un hombre al que ella consideraba inteligente no se daba cuenta de que los que planeaban matarlo eran ella misma y Errea, y que no pararían hasta lograr que él estuviera bien muerto. Pensaba que en el lugar de su esposo, ella ya hubiera advertido todo. Su antiguo desprecio hacia el género masculino le brotaba como un manantial. Asombradísima, escuchaba a Peretti especular acerca de supuestos terroristas y de sus propios planes de seguridad. Él le explicaba que tendrían que cambiar los hábitos, horarios, todo, para despistar al enemigo. Ana María asentía y se decía que se había casado con un chico, con un pobre infeliz. Y eso la ponía todavía más furiosa. No aguantaba que fuera incapaz de ver lo obvio.

Tejerina redobló la apuesta matadora. Habló con Errea y le dijo que, a su manera

de ver, necesitarían contratar a alguien más eficaz en su trabajo, aunque saliera más caro. Era evidente que los anteriores criminales trabajaban sin ninguna profesionalidad. Errea estuvo de acuerdo aunque se negó a dejar fuera del plan a Dardo González. Decidió que González multiplicaría su eficacia si en vez de pagarle, como la otra vez, ocho millones, le subían el salario a ochenta. El dinero, por supuesto, fue aportado por Tejerina de la cuenta bancaria del futuro muerto.

González, una vez solo, guardó setenta millones para sí y dejó los otros diez para repartir entre los nuevos subcontratados: Custodio Zapata, pintor de obras, y Elvio Domingo Hernández Calistro, uruguayo desocupado. Decidieron que la fecha del crimen sería el 14 de julio de 1976.

Ese 14 de julio Peretti salió de su casa más tarde de lo habitual. Cerca de las seis de la tarde se reunió por negocios con Francisco Caruso y Serviliano Héctor Bullón. Estaban en la oficina del empresario, en Avenida de Mayo 1402. Los empleados ya se habían ido, y los dos matadores llegaron al lugar en el auto de Tejerina, con las llaves que ella misma les había dado. Entraron tranquilamente y le dijeron a Peretti y sus dos acompañantes que se pusieran de cara a la pared. Enseguida le dieron a Peretti un balazo en la espalda. Cayó al suelo. Zapata y Hernández Calistro sabían que no tenían que fallar. Le dispararon tres veces más, en la cara, y salieron.

La muerte de Peretti revivió la pasión de Tejerina y Errea. Con toda estupidez se dejaron ver juntos pocos días después del velorio. Si por ella hubiera sido, se hubieran casado al día siguiente. Pero Errea advirtió que los amigos de Peretti estaban alertas con respecto a la relación entre ellos. Una tarde estaban tomando un café en La Biela cuando entró uno de los mejores amigos del muerto. Los miró, los saludó de lejos y salió. Errea se intranquilizó. "Tenés que salir de Buenos Aires, andá a Punta del Este por un tiempo", le pidió a Tejerina. Ella se negó. "Me voy si venís conmigo". Fueron.

A principios de 1977, la policía mató a "Tucu", el mismo que había fallado en el segundo atentado contra Peretti. En el mismo enfrentamiento, cayeron presos dos compañeros de "Tucu", quienes confesaron que el muerto había participado, unos meses antes, en un intento de crimen a un empresario, en el que ellos no habían intervenido. El 14 de marzo detuvieron a Pacheco Errea, Dardo González, Custodio Zapata y Elvio Domingo Hernández Calistro. De inmediato fueron a Uruguay a buscar a la viuda, que estaba averiguando cómo hacer para vender el departamento y las tierras que ahí tenía Peretti. La mujer no tardó en confesar, aunque después cambió su declaración y dijo que ella no sabía que su amante quería matar a su marido. Pero la policía ya había averiguado que en pocos días antes del segundo y el tercer atentado contra Peretti, ella había sacado dinero del banco: la misma suma que los asesinos habían cobrado por su trabajo.

El juez de instrucción Abel Bonorino Pero condenó a la pareja de amantes, a González, Zapata y Calistro a reclusión perpetua. En 1984 todos salieron en libertad.





## María Ofelia Lombardo, protectora

En la cocina de su casa, María Ofelia Lombardo echó un vistazo molesto a sus armarios. No tenían nada. Advirtió, sí, el deterioro constante de la madera, la pintura celeste saltada, un polvillo rojizo, raro, que no sabía si atribuir a hormigas o a cucarachas. En los estantes que colgaban al lado de la heladera había un frasco con pimienta, una botella pegajosa de aceite de maíz, una latita de salsa de tomates. Miró el paquete de carne que había dejado sobre la mesada. Un paquete chico, envuelto en papel de diario. Lo había comprado al volver del hospital Emilio Ferreyra, donde había ido para sacar a su marido enfermo y llevárselo a su casa. No estaba acostumbrada a visitar hospitales, no estaba acostumbrada a la enfermedad. No estaba acostumbrada a vivir en Necochea. Se sentó a la mesa, donde todavía quedaban unas tazas con mate cocido del día anterior, y se puso a jugar con una cucharita de plata que había heredado de su madre. Pensó en sí misma, en que ya había cumplido 74 años. Cada vez que recordaba su edad sonreía y le venía el mismo pensamiento: "Tengo catorce años más que mi marido. Qué cosa increíble". En ese momento, lo escuchó toser en el dormitorio. "Por suerte, pudo volver a casa", pensó.

María Ofelia Lombardo nació en Lomas del Mirador, en el aula de una escuela primaria donde su padre era director y su madre maestra. Una partera enflaquecida ayudó a su madre, que no tenía ni la más mínima noción de las técnicas del parto. Sí sabía cómo quería criar a su hija: dentro de las más estrictas normas de la obediencia y la religiosidad. "Hay que tenerle miedo a Dios", solía decirle un par de veces por día. Ofelia, sin embargo, jamás creyó en esas historias y en su adolescencia las calificaría de supersticiones.

Mientras tanto fue recibiendo una educación más esmerada que la del resto de los chicos de su época. A los seis años le nació su primer hermano y más tarde la segunda. Le compraban disfraces nuevos en cada carnaval, le preparaban postres los viernes y sábados, le enseñaban canto y francés. Pero ella sabía que su madre no la quería ni la había querido nunca. La falta de afecto era recíproca: Ofelia no sentía el mínimo cariño por esa mujer severa que se dedicaba a sus hermanos pero no a ella. Y su padre, que parecía preferirla por sobre todas las cosas, había adquirido la manía de pegarle. "Entre los 8 y los 11 años, yo recibía una paliza todos los días, sin excepción. Era inexplicable. Pero dentro de ese desastre, fui una chica mimada, más o menos feliz".

Ofelia terminó la secundaria con un promedio destacado y decidió que iría a la universidad. A los 24 años se recibió de abogada. No era una chica atractiva pero el ambiente de la facultad le había provisto uno que otro candidato más o menos potable; podía pensar en casarse. Al final, se decidió por un hombre lleno de conflictos que, a la hora de la boda, se fue a vivir a Chile. Ofelia les aseguró a sus amigas y familiares que él le había mandado un pasaje para que se encontraran allá, pero nadie dio mucho crédito a esa versión triste y poética del final.

Cuando ya había cumplido 34 años, Ofelia empezó a sentirse sola y a demostrar

preocupación por el futuro de solterona que se le venía encima. Una tarde de octubre de 1957 decidió ir a la casa de sus primos, en Santos Lugares. Ese día se habían reunido varios amigos y parientes. Las mujeres, después de tomar el té, salieron a conversar al sol. Ofelia las miraba con curiosidad: todas habían armado sus vidas con una soltura y despreocupación envidiables. Ninguna se preguntaba por la felicidad, nadie parecía enfrentarse a temores existenciales. Los temas eran otros: recetas de cocina, técnicas de tejido, la crianza de los hijos, los cólicos de los bebés. Cuando todavía era estudiante, escuchaba esos diálogos con desprecio y hasta con cierto espanto. Pero esa tarde sentía que esas mujeres, al domesticarse a sí mismas, habían conseguido una tranquilidad que ella desconocía. Y tenían hijos, y tenían maridos, y tenían casas con patios y tenían un resguardo para afrontar la angustia de la vida. De alguna manera, las empezó a envidiar.

Ese mismo día, antes de la cena, se quedó pensando, como ida, frente a la ventana. Enseguida vio llegar a su primo acompañado por un hombre que no había visto nunca. Los dos iban a caballo y parecían exhaustos. El desconocido era casi un chico. A ella le llamó la atención. Más tarde, mientras comían puchero de gallina, se enteró de que se llamaba Ricardo Domínguez y que apenas había cumplido veinte años. Nadie sabe bien qué pasó esa misma noche, pero dos meses después estaban parados frente al altar de la iglesia de San Antonio de Padua. Escandalizados por la diferencia de edad, los padres de ella no fueron a la ceremonia.

Ricardo Domínguez venía de una familia de españoles que, con esfuerzo, había instalado un bazar-ferretería en Constitución. A diferencia de la familia de Ofelia, los padres de él aceptaron a la nuera sin rencores. De hecho, la madre de Ricardo fue el sostén económico de la pareja durante más de treinta años.

Ofelia dejó poco a poco su trabajo de abogada para dedicarse a la docencia: enseñaba historia, filosofía e instrucción cívica. También dictaba clases de religión, siempre un poco apesadumbrada porque contaba con los conocimientos teóricos del catolicismo pero carecía del soporte básico de la fe. No tenía convicción alguna acerca de la existencia de lo que no podía ser comprobado.

Su matrimonio, a pesar de todos los presagios, funcionó. Y funcionó porque Ofelia tenía una teoría: estaba segura de que la mujer, si no quiere ser desdichada, moldea su ideal de hombre hasta que se parece al esposo que pudo conseguir. Eso hizo. "Además, yo estaba orgullosa de cómo él me quería. Y al final, todo eso se convirtió en un gran amor".

Al principio, los dos vivieron con los padres de él y más tarde iniciaron una peregrinación por distintas casas prestadas o alquiladas hasta que pudieron comprar – siempre con la ayuda de la madre de Ricardo– una casa en Merlo. Ya habían tenido cuatro hijos, dos hombres y dos mujeres. Ofelia hubiera querido seguir con la rutina de los embarazos y los bebés, pero no lo consiguió.

Ricardo había instalado una verdulería que le dio de comer a su familia, con ciertos altibajos, durante más de veinte años.

A principios de los años 90, un mecánico amigo lo llevó a Quequén a mostrarle su nueva casa de fin de semana. Los viajes se hicieron periódicos, aunque Ofelia nunca lo acompañaba. En el '93, Ricardo se animó a pedirle a su mujer que se mudaran a Necochea. Había visto una casa cerca del mar, en una zona modesta pero, por eso mismo, accesible para ellos. "Vamos a vivir en la costa y voy a poder nadar, ¿te das cuenta? A mí me encanta nadar. Además, la casa tiene un local al frente, podemos tener un negocio". Ella no lo pensó mucho. La mudanza tendría sus ventajas, una de ellas fundamental para Ofelia: vivirían lejos de sus hijos, que ya estaban hartándola con sus peleas, divorcios y exigencias. Le dijo que sí. Al mes siguiente ya estaban instalados en

la calle 71, en la casa 277, a dos cuadras del hogar de ancianos Alejandro Raimondi.

La casa era chica, sencilla, con dos dormitorios, cocina comedor, un cuartito minúsculo en el que abandonaban las cosas viejas y un baño. Al frente estaba el local, donde pusieron una verdulería, el único ramo del comercio en el que Ricardo se sentía seguro, y en el que nunca prosperó. La decadencia económica del matrimonio era irreversible. Poco a poco el local fue vaciándose. No tenían dinero suficiente para comprar mercadería, salvo papas, cebollas y alguna que otra verdura barata que dejaba un miserable margen de ganancias. La gente miraba el negocio y solía irse sin siquiera entrar, ante la visión de esa verdulería desolada y cubierta de polvo. Ricardo vivía la debacle con un abatimiento que lo tenía rendido. Su mujer, en cambio, no parecía advertir la gravedad de la situación. "Ricardo, acá nadie se muere de hambre, quedate tranquilo. Ya nos va a ir mejor". Ricardo sabía que Ofelia vivía en un mundo irreal, que no entendía de verdad dónde estaba parada. Sin embargo, como siempre, evitó apartarla de su fantasía privada. Era la mujer más importante de su vida, la única a la que había querido. Ya desde el primer momento había valorado en ella su capacidad para abstraerse de lo cotidiano y sobrevolar sus propios problemas, como si no le pertenecieran. Era exactamente lo contrario de lo que le habían enseñado sus padres y abuelos españoles, tan apegados al día a día. No iba a ser él quien a esa altura se dedicaría a cambiar la mentalidad de Ofelia.

A fines de 1997, Ricardo empezó a sentirse débil. Le dolía el cuerpo y tenía violentos accesos de tos. Pero seguía atendiendo la verdulería y ayudando a su mujer en la limpieza de la casa. Una tarde, Ofelia llamó a su médico, no por Ricardo, que negaba la posibilidad de cualquier enfermedad, sino por ella misma. Le dolía la cabeza y estaba mareada. El médico le advirtió sobre su hipertensión crónica y le aplicó una inyección. "Usted está como siempre y se tiene que cuidar. Pero me preocupa la tos de su marido. Dígame que me venga a ver". Ofelia intentó arrastrarlo a una consulta durante un par de días, y al final dejó de insistir. Su marido no estaba dispuesto a ver a ningún médico. Pasaron unas Navidades tristes. Frente a un par de vasos de sidra brindaron por sus cuarenta y un años de casados. Ricardo empeoraba día a día. Ofelia estaba atónita ante los manejos inexplicables del destino. Ella, que tenía catorce años más que su esposo, siempre se había imaginado un futuro distinto. En el mejor de los casos, una muerte tranquila y súbita, previa a la del esposo. En el peor, una larga enfermedad, o la simple postración de la vejez, ayudada por su hombre a soportar los últimos tramos de la vida. Y ahora, ella, la vieja, con sus 74 años, tenía que sostener a Ricardo, de 60, para que pudiera darse una ducha. Ese mismo día, el día en que él no pudo mantenerse parado sin ayuda, aceptó que su mujer lo llevara al hospital. Lo dejaron internado para hacerle una serie de estudios, que empezaron con unas radiografías nefastas. Los médicos vieron, en el acto, que el hombre tenía un tumor en el pulmón derecho. Se lo dijeron a la mujer ese mismo día. No tenían más detalles: necesitaban de otros estudios para determinar la gravedad del cuadro. El médico le dijo a Ofelia que era mejor hablar con su marido. Fueron juntos al cuarto que él compartía con otro paciente. El médico, con cierta incomodidad le dijo que tenía cáncer, pero que nada estaba decidido. Había tratamientos, existía la posibilidad de una operación, había miles de casos como ese con final feliz. Ricardo tomó la noticia casi con indiferencia. En el fondo estaba avergonzado de su enfermedad, de su debilidad, de fallarle a su mujer, a quien le había prometido cuidarla hasta el final.

Ofelia volvió a su casa de noche. Era la primera vez que dormiría sola en esa casa que nunca le había gustado demasiado. Estaba asustada, acaso más asustada que el propio enfermo. Tenía miedo por él pero su propio futuro le resultaba aterrador.

Los estudios siguieron. Mientras tanto, habían decidido que se trasladarían a Buenos Aires para hacer un tratamiento. El problema era el dinero. Ofelia fue pragmática. "Vendemos la camioneta y listo". Pero Ricardo, a pesar de todo, conservaba su optimismo: le decía a su mujer que no, que la camioneta era indispensable para ir a buscar la verdura y mantener provisto el negocio.

Tres días después, en una tarde caliente de febrero, uno de los médicos la llamó para darle el diagnóstico. Le dijo que el tumor del pulmón tenía metástasis en el hígado. Las perspectivas eran pésimas, pero todavía faltaban otros nuevos estudios. El médico se ofreció para hablar otra vez con su paciente. Ofelia fue terminante. Nadie hablaría con él. El no tenía por qué enterarse de nada. Ofelia deambuló un rato por los pasillos del hospital hasta que se decidió a entrar en la habitación donde estaba su marido. Lo miró. Estaba consumido, con el clásico color arcilla del cáncer. Ricardo la miró de reojo y volvió la vista en dirección a la ventana. Ella forzó el tono para decirle que venía de hablar con el médico. Su marido no le hizo ninguna pregunta; le pidió que le pasara un vaso con agua. Ella decidió protegerlo. "La semana que viene nos vamos a Buenos Aires. Me llegó un dinero de mi hermana, así que no hay problema. Te vamos a tratar allá", dijo, sorprendida por la naturalidad de su voz. Ricardo sonrió, por primera vez un poco animado. Ella estaba en estado de pánico. Una única frase le ocupaba la cabeza. "Se muere y no sabe que se muere. Se muere y no sabe que se muere". No tuvo más dudas: iba a protegerlo. Le pareció que no podía haber algo más brutal que decirle al hombre que había estado con ella toda su vida que se estaba muriendo.

Una hora más tarde se despidió de él. Cuando estaba saliendo del cuarto, advirtió que la familia del que compartía la habitación con su marido, la miraba con compasión. Fue esa mirada la que le quitó toda esperanza. Ahí, en ese momento, supo que todo estaba perdido.

Esa noche llegó a su casa, tomó el viejo revólver calibre 22 que tenían desde hacía años para defenderse, y fue con él a la casa de una vecina. Se llamaba Sandra Garby y era policía. "Sandrita, ¿me ayudás a cargar el revólver? Ricardo está internado y tengo miedo de quedarme sola de noche". La mujer policía cargó el arma y le recomendó que si escuchaba algún ruido tirara hacia el piso. Ofelia envolvió el revólver cargado en un pañuelito a cuadros de su marido y fue a la casa de sus otros vecinos, un matrimonio al que veía con cierta frecuencia. Tenía una buena relación con la mujer, basada en un tema que les interesaba a las dos: el análisis de la Biblia. Entró a la casa, les contó la situación ("mi marido está perdido") y se fue.

El 14 de febrero Ofelia y sus vecinos fueron a buscar a Ricardo al hospital. Lo llevaban a su casa. Él estaba convencido de que a los dos días irían a Buenos Aires para hacer un tratamiento de quimioterapia. De hecho, los médicos le habían explicado a Ofelia que era lo único que quedaba por hacer: el método quirúrgico estaba descartado. Ricardo seguía débil pero no tenía ningún dolor. Entró al auto de los vecinos, se sentó adelante con el hombre, y Ofelia y la otra mujer fueron atrás. En el camino Ofelia se dio cuenta de que no tenía nada para el almuerzo. "Lorenzo, ¿no pararía un minuto en la carnicería así compro algo para comer? Creo que voy a llevarme unos bifés". Ofelia bajó, hizo su compra y volvió al auto. Enseguida llegaron a la casa. El vecino ayudó a Ricardo a caminar hasta su cuarto, y se despidió. Ofelia le pidió a la vecina un par de cebollas y unos tomates. Se había olvidado de comprarlos en el camino, y en la

verdulería propia apenas quedaban unas papas mohosas y llenas de raíces.

Ya sola, en la cocina, Ofelia se entretuvo con el paquetito de la carne. Estaba sola con su marido, y su marido se moría. Lo escuchó toser. Fue al cuarto. Lo vio en la cama y recordó que, en algún momento, hacía ya más de veinte años, le había encontrado un cierto parecido con Alain Delon. "Qué increíble, y ahora se está consumiendo como una velita", se dijo a sí misma. Lo tapó con la sábana y le dijo que se durmiera, que no se inquietara. "Es que estoy ansioso por el viaje a Buenos Aires", explicó él. Ofelia buscó un Alplax y un vaso de agua. "Tomate esto así te calmás, mientras tanto yo preparo el almuerzo, que casi es mediodía".

Fue a la cocina y volvió a mirar el paquete con la carne. Ya ni se acordaba qué había comprado. Tiró el papel de diario que oficiaba de envoltorio, rompió la bolsita de plástico y sacó de adentro dos trozos rojos y sangrantes, dos bifés de tamaño considerable. "Ya sé. Iba a preparar bifecitos a la criolla, eso es lo que iba a preparar".

Sacó las cebollas que le había traído su vecina y se puso a picarlas. Encontró dentro del horno una sartén mal lavada, le puso aceite y la llevó al fuego. Tiró adentro la cebolla y revolvió todo de una vez con su cuchillo Tramontina. Cortó los tomates en rodajas y los puso con la cebolla. Cuando buscaba la sal, se acordó de que no podía usarla. Los médicos le habían dicho que le preparara a su esposo comidas que no tuvieran nada de sal. "Casi me olvido", se recriminó. Para compensar, agregó pimienta y orégano a la sartén, y después colocó encima los dos bifés. Movié la sartén con desgano, como para acomodar el contenido, y se quedó mirando fijo la preparación. La carne empezaba a cambiar de color, se volvía gris, amarronada. Bajó el fuego, fue al dormitorio y sacó el revólver de un cajón. Se acercó a la cama y vio que su marido estaba quedándose dormido. Le apuntó a la cabeza y tiró tres tiros. Estaba demasiado cerca como para fallar.

La sangre la paralizó. Siempre le había espantado la sangre humana. Pero, a la vez, no podía dejar de mirar. Se sacó su vestido, lo dobló y lo puso sobre la cabeza destrozada del marido. Fue al ropero y buscó otro para ponerse. Salió y fue directo a lo de sus vecinos. Les dijo, sin más explicaciones, que se quería dar un baño. Cuando salió de la ducha les explicó que acababa de matar al marido. Era el 14 de febrero de 1998, Día de los enamorados.

María Ofelia Lombardo fue condenada a doce años de prisión. Los jueces la encontraron "plenamente responsable" de la muerte de su marido. Estuvo un año y medio detenida en la comisaría de Necochea. El 28 de agosto de 1999 la trasladaron a la cárcel de Los Hornos, de donde salió el 9 de abril de 2000. Su abogado logró que, por haber superado los 70 años, la beneficiaran con el arresto domiciliario, que cumple en Merlo, en la casa de uno de sus hijos. "Acá estoy mucho mejor, la vida en la cárcel es una vida miserable. Es raro eso de matar, ¿no? Uno no es normal cuando mata a una persona. Pero yo lo quería proteger a mi marido, por eso lo maté. Después de haberlo matado pensé que yo también me iba a morir. No quería vivir más. Pero en el hombre hay una inexplicable inercia de supervivencia. Yo me di cuenta que iba a superar todo

esto cuando empecé a tomar los remedios, porque los remedios marcan una rutina, un horario. Y cuando uno sigue una rutina puede sobrevivir. Al principio tenía a los psicólogos encima de mí todo el día, sobre todo cuando estaba en la comisaría. Ahí no lo pasé mal, dentro de todo, había una comisaria mujer, encantadora. Tenía tiempo para leer, para escribir, esas cosas. Me acuerdo que una de las psicólogas me dijo que yo no tenía ni angustia ni arrepentimiento. Y es así, qué quiere que le diga. Mi marido se estaba apagando como una velita, era terrible. En realidad él no sufría, porque todavía no había llegado a ese estado de la enfermedad en donde se empieza a sentir dolor. Pero yo sabía que lo que venía después iba a ser espantoso. Y no sé, yo debo haber pensado que le tenía que evitar eso, que era mi deber evitarle eso. Mi abogado me hizo decir que él ya sufría y que me pidió que lo matara. Pero la verdad es que no fue así. Él no sabía que iba a morir. Él sabía que tenía cáncer de pulmón pero no sabía que ya tenía metástasis. Él creía que íbamos a venir a Buenos Aires a hacerle un tratamiento. Pero no había posibilidades, estaba todo muy tomado, tenía el hígado destruido por el cáncer. Mi marido se murió sin saber que se moría.

"También me vinieron a ver otros psicólogos... me dijeron cosas increíbles. Según los informes yo soy sado-masoquista, no tengo piedad, armo relaciones enfermizas y simbióticas, soy neurótica, posesiva, narcisista. La verdad es que yo llevé una infancia normal, dentro de todo, tuve un matrimonio feliz... menos mal que no me enteré antes de todo eso que soy, porque me hubiera vuelto loca.

"Otra de las cosas que me acuerdo es que algunos periodistas decían que cómo yo no había errado ningún tiro si nunca antes había agarrado un arma. Hay que ser tarados... ¿Cómo iba a errar si le tiré a quemarropa, yo estaba casi encima de él? No había forma de errar. También decían que le podía haber pegado un tiro y no tres. Pero me acuerdo que mi padre siempre me decía que alguna gente que se quería suicidar se tiraba un tiro en la cabeza, y que si uno fallaba y quedaba vivo, podía quedar ciego. Me decía papá que lo más seguro era un tiro en el corazón, como Favaloro. Pero yo no sabía bien donde estaba el corazón. Y yo no quería que él quedara vivo, por eso tiré tres tiros, para estar segura. Los psicólogos también dijeron que haberlo cubierto con mi vestido después de muerto tenía una connotación sexual... Yo lo cubrí porque me impresiona la sangre, nada más. No quería ver sangre. Y no lloré, después de matarlo no lloré. Yo nunca lloro, no lloré ni siquiera cuando murió papá. En la cárcel tampoco. Aunque tengo que decir que la cárcel de Los Hornos es muy linda, no vaya a creer. Yo estaba en una celda individual con ventiluz, una repisa y una mesa, adheridos al piso para que uno no se los tire en la cabeza a nadie, un inodoro muy bonito en acero inoxidable y otra mesada con lavatorio donde usted aprieta la canilla y el chorro de agua sale y después se corta solo. Tecnología de punta. A mí me gustaba estar sola. Yo estaba todo el tiempo en la biblioteca, y comía ahí, también sola. Pero a la noche comía en los pabellones comunes. Comía mucho, engordé treinta kilos en la cárcel. Mi hijo también me llevaba comida, una exageración de comida, que yo después le daba en parte a otras, son como códigos de la cárcel, el que tiene cosas, tiene más poder, es así. Pero a mí me trataban bien, todas. Me respetaban por la edad, me imagino. Y había mujeres encantadoras. Ahí dentro una no pregunta por qué están las otras, ellas cuentan si quieren, y si no, te enterás por otro lado. Una vez una presa me dijo: 'Yo me pasé toda la vida fileteando pescado en Mar del Plata y un día lo fileteé a mi marido'. Pero era muy simpática, simpatiquísima. Había otras más difíciles... Una, por ejemplo, quería mandar a las otras, se arman esas cosas en las cárceles. Esa mujer había atado a un árbol a los tres hijitos del marido y les prendió fuego. Uno de ellos se pudo escapar, el mayor, y los otros se murieron carbonizados. Paula, se llama la mujer. Debe tener para un rato largo ahí adentro. Yo no andaba muy bien con ella así que pedí que me cambiaran, y me pasaron

al pabellón de las evangelistas, unas locas muy simpáticas. Yo rezaba con ellas pero no entendía nada. Tenían una Biblia espantosa, mal traducida. Mi Biblia tiene belleza, conserva poesía. A la de ellas le falta la parte más linda, la que parece una novela... Todo lo que pasaba en la cárcel me hacía pensar en los límites, en hasta dónde uno puede llegar. Papá siempre me decía que en las guerras, por ejemplo, se llegaba a cualquier cosa, que por ahí se podían comer unos a otros. ¿Se acuerda de lo que había pasado cuando cayó ese avión en la cordillera, y se comieron entre ellos? Yo a eso no llegaría, canibalismo no, yo tengo mis límites. Pero siempre, siempre, en la cárcel y ahora mismo, yo a mi marido lo extraño. No me arrepiento de lo que hice pero sufro porque no está. Un psiquiatra me preguntó por qué lo maté, si igual se iba a morir. Pero yo no soportaba ese deterioro constante. Él me dijo que yo lo maté por mí, para no sufrir yo, y no para ahorrarle sufrimientos a él. A lo mejor tiene razón".

En la casa de su hijo, María Ofelia Lombardo pasa sus días leyendo, estudiando, soportando la mirada acusadora de su nuera, aunque parece no registrarla. El lugar es modesto, con un almacén chico en el frente, pero Ofelia se desplaza con actitudes de reina, como si la cocina comedor a medio terminar fuera el salón de su propio palacio. De vez en cuando intenta algún acercamiento con la nuera, que no disimula en absoluto su incomodidad. "Ella tiene dos hijos preciosos, divinos", dice Ofelia en tono conciliador, señalando el rincón donde la mujer lava ropa. El efecto es el contrario. "Tengo tres hijos. Tres. Dos tuve con su hijo, pero yo tenía otro". Impasible, Ofelia retruca: "Pero los que tuviste con mi hijo son los más lindos". Y sigue su relato, recordando al marido muerto que se parecía a Alain Delon. "¿Quiere saber si el crimen fue premeditado? En el juicio se habló mucho de eso. Sandra, la cabo de policía que me cargó el revólver, declaró en contra de mí. Dijo que yo le llevé el revólver para que lo cargara y que además le dije que una de esas tardes, si la tenía libre, viniera a casa porque la iba a necesitar. Por favor, yo jamás le dije eso. ¿Mire si yo iba a necesitarla para matar a mi marido? Pero si fue premeditado o no... Yo estaba muy alterada cuando lo maté, tenía una especie de desvarío... No me quedó claro si fue premeditado o no. ¡Y tampoco voy a estar preguntándomelo todo el tiempo, Virgen Santa!".

Mientras habla, mira la Biblia, y la frota con las manos. "Si yo creyera... si tuviera fe... No soy religiosa, pero me gusta el ecumenismo. Yo conservo las oraciones, me serenar. Todas las noches antes de dormir invoco a mi padre. O rezo, directamente. Pero mientras rezo me digo, ¿a quién le estoy hablando? Y nunca, nunca, me lo puedo contestar".





## Graciela Hammer, incendiaria

Gladys Tolosa caminó por un pasillo de la comisaría de Tigre acompañada por un oficial. Tropezó con una baldosa floja y trastabilló. Se miró los pies con indiferencia. Escuchó que el policía le decía que habían llegado. Estaban frente a un cuarto ínfimo mal pintado de verde agua. Había un escritorio de madera que le recordó la escuela primaria y cuatro sillas de plástico color naranja. Al fondo, una ventana enrejada dejaba ver un árbol seco, desplumado, con un par de bolsas de plástico enganchadas en las ramas. Era julio y hacía frío. Con un movimiento mecánico se secó los ojos, pero hacía un rato que había dejado de llorar.

El hombre le preguntó si no quería volver otro día. Gladys lo pensó. Estrujó un saquito de lana color mostaza que llevaba en el brazo y negó con un movimiento de cabeza. Pasaron a la oficina verde. Ninguno de los dos se sentó. Se ubicaron cerca de la ventana. Gladys preguntó si faltaba mucho, pero en ese mismo momento entró Graciela Mónica Hammer, vestida con unos jeans azules, botas altas y un suéter negro. Una mujer policía la sostenía del brazo y se fue apenas el oficial que acompañaba a Gladys Tolosa le hizo una seña.

Graciela se acomodó el pelo castaño y largo, estudió las sillas, dudó unos segundos y al fin eligió la que estaba más cerca de la puerta. "Mejor me siento, ¿no?". Miró a Gladys con una sonrisa. Levantó las cejas. Cruzó la pierna derecha sobre la izquierda y sacó un paquete de cigarrillos que llevaba en el bolsillo de sus jeans.

—¿Cómo estás, Gladys? Y usted, señor, ¿no me da fuego?

El oficial le alargó un encendedor de plástico verde transparente y no dijo nada. Gladys miró a la mujer que fumaba entre suspiros.

—Decime, Graciela, ¿por qué mataste a mi hijo?

Lo dijo como al pasar, como quitándole todo contenido a la pregunta.

—Yo no lo maté.

—¿Cómo podés estar así, tan tranquila? Lo mataste, y vas a terminar tu vida en la cárcel.

—Eso decís vos. Yo creo en Dios. Vamos a ver cómo termina el juicio.

Gladys Tolosa, que hasta ese momento había hablado en tono bajo y monocorde, dejó de lado los modales tranquilos y se abalanzó sobre la que fuera la esposa de su hijo muerto. El oficial le cerró el paso y la sacó a empujones al pasillo, pidiéndole que se calmara. Graciela Hammer, impasible, siguió fumando.

El 8 de junio de 1998 era un día frío y nublado. A las 8:40 de la mañana sonó el teléfono de la comisaría Cuarta de Benavídez, partido de Tigre. Un policía de la Segunda de Escobar les alertaba que en la calle Los Andes, a cincuenta metros de la ruta nacional 9, había un auto incendiándose con una persona adentro.

Un rato más tarde llegaron al lugar policías y bomberos. El auto era un Fiat 600 patente C 805574. Por un minúsculo sector del guardabarros trasero pudieron ver que el auto era azul. En el asiento trasero había una persona, totalmente carbonizada: estaba boca arriba, con la cabeza caída sobre el hombro izquierdo.

Uno de los policías recorrió la zona. Encontró una gorra con visera a pocos metros del Fiat. Tenía impresa la figura del Ratón Mickey. La calle de tosca tenía

algunos charcos de agua estancada. Frente al auto había unos silos de una empresa procesadora de cereales.

A las 13,30, después de abrir el techo y cortar los hierros de las butacas delanteras, los bomberos sacaron el cuerpo del auto. El muerto llevaba una cadenita dorada al cuello y un reloj Casio Titanium gris con fondo blanco en la muñeca izquierda. Marcaba las 6:45. En el piso del auto encontraron un anillo de metal dorado tallado adentro. Un policía fue a buscar líquido corrector para limpiar las zonas carbonizadas y leer la inscripción. La alianza decía: "Por siempre. 8-2-95".

Mientras despejaban la zona, un testigo, Abel Héctor Ramos, dijo que a las 8:10 había pasado una mujer corriendo frente a su casa, diciendo que a dos cuadras había un auto incendiándose. La mujer tendría entre 35 y 38 años, vestía calzas y campera de lluvia oscura. Ramos recordó que ya la había visto antes un par de veces.

Dos horas después de llevar el cadáver a la morgue de San Isidro, la policía determinó que el dueño del auto era Alberto César Ortega, domiciliado en Fermi 4798, de Tortuguitas. A las 20 el oficial inspector José Alejandro Voisin fue a la casa del hombre calcinado. Lo atendió Graciela Hammer, la esposa, quien estaba junto a sus hijos viendo el programa de Susana Giménez. Después de todo, el marido había desaparecido de madrugada y en algo tenían que entretener las horas muertas. Voisin le explicó sin mayores detalles que había habido un problema con su marido y su auto, y que tendría que acompañarlo a la comisaría. En la penumbra de la casa, solo iluminada por el resplandor del televisor, la mujer, sin impacientarse, se puso una campera, un par de guantes y dejó a sus tres hijas menores a cargo del hijo mayor.

Cuando le dieron la noticia de la muerte de su esposo, Hammer desvió la vista del comisario y mascó enfáticamente su chicle.

"No sé qué puede haber pasado. Él se fue de casa a las cinco de la mañana para vender el auto. Quería venderlo para arreglar el otro auto que tenemos, un Fiat Duna blanco del 94, con el que trabajaba de remisero a veces, y otras veces en una agencia de seguridad, la agencia Segam. Pero creo que de ahí lo habían despedido hacía unos días. Por lo menos no le daban más trabajo. Yo le dije que para qué iba a ir tan temprano para vender el auto, pero él fue igual. Y después no supe más nada".

Los policías le pidieron sus datos personales. Ella hizo una síntesis de sus 37 años: dijo que en 1982 se casó con Jorge Valles con quien tuvo un hijo, Gerónimo, de 15. "A Jorge nunca más lo vi después de que nació mi hijo. Después estuve juntada con Jorge Mansini. Tuvimos tres hijas, Julieta, Andrea y Bárbara, que tienen 10, 7 y 5 años. Y en el 94 lo conocí a Ortega. Con él me casé en 27 de noviembre de 1995. Él tiene 46 años, es más grande que yo. Bueno, era más grande. Con él, hijos no tuvimos".

De su marido, Hammer no dijo demasiado: contó que Ortega había vivido en concubinato durante veintitrés años con otra mujer, con la que había tenido tres hijos, Ulises, Ernesto y Paula, de 25, 21 y 13 años.

Dijo que su matrimonio era normal, "con las peleas que tiene cualquier pareja".

Enseguida a Hammer le hicieron ver la cadenita de oro, la gorrita grabada con el Ratón Mickey, el reloj y la alianza. "Sí, todo es de él. Bueno, la gorrita es de una de mis hijas, me parece. El reloj se lo regalé yo para un aniversario. Y la alianza es de él. Yo tengo la misma".

El comisario que llevaba el interrogatorio vio la oportunidad. "¿Me la muestra, por favor? Me gustaría ver su alianza". Hacía rato que le llamaba la atención que la mujer no se hubiera quitado en ningún momento unos guantes de lana negros. Graciela

Hammer vaciló. "Sí, cómo no". Se miró los guantes sin saber qué hacer. "Con los nervios tengo tanto frío... sobre todo en las manos y los pies". "Es un minuto, señora, quisiera ver el anillo", insistió el policía.

Hammer se quitó los guantes con fastidio. Tenía las manos con quemaduras de primero y segundo grado.

"Mire, me quemé las manos hace un par de días, mientras prendía una estufa de querosén. Por eso las tengo así". Esa noche quedó detenida e incomunicada.

En mayo de 1998, menos de un mes antes de la muerte de su esposo, Graciela Hammer se acercó a la compañía de seguros Sur. Quería contratar un seguro de vida recíproco, con alguna salvedad. Si ella moría, los beneficiarios serían su marido y su hijo mayor, Gerónimo Valles. Si el que moría era Ortega, la única beneficiaria sería ella. La prima era de unos veintidós pesos por mes, y en caso de muerte, se cobrarían 100.000 pesos. Hammer se llevó los papeles a su casa, para hacerlos firmar por su marido. Pero aparentemente Ortega nunca supo de este seguro. Hammer falsificó su firma y presentó los papeles el 22 de mayo. Fueron aprobados de inmediato.

José Voisin, el mismo policía que fue a buscar a Hammer el día de la muerte de su marido, volvió al barrio unos días después. Su tarea era dar con alguna pista para seguir la investigación. Entre varios vecinos entrevistó a Nazarena Daiana Ramírez, una amiga del hijo de Hammer. La chica, de 15 años, estaba encantada de proporcionar detalles que pudieran develar algún misterio. Al principio se explayó en un relato acerca de las peleas permanentes del matrimonio. "Gerónimo me dijo que Ortega le pegaba a Graciela, su mamá. Puede ser, porque se lo pasaban discutiendo, yo los escuchaba muchas veces, cuando pasaba por la puerta de la casa". Ese día, Nazarena se guardó un detalle que unas semanas después declaró en el juzgado. "El domingo 7 a la noche, la noche antes de que mataran a Ortega, Gerónimo estaba con un amigo en la vereda sacando nafta, con una manguera, del Fiat 600. Yo le pregunté por qué lo hacía y él me dijo que se lo había pedido la vieja y que no sabía para qué. Y después él me contó que la madre le pidió que fuera a cargar nafta". En el relato, Nazarena agregó que el lunes a la noche, cuando Hammer estaba declarando en la policía, ella fue a ver a su amigo y lo encontró llorando, con una carta de su madre, y preparando sus cosas para ir a San Nicolás, a la casa de su padre.

Según consta en los testimonios del expediente judicial, la vida de Ortega cambió en forma radical a partir de su relación con Hammer. Él venía de una convivencia apacible con la madre de sus tres hijos. Vivieron veintitrés años juntos hasta que una tarde, un compañero de trabajo lo invitó a comer a su casa. Se trataba de Jorge Mansini, pareja de Hammer. Ortega llegó sin su esposa a la casa de la calle San Juan donde se encontró con su amigo y Graciela, una mujer que lo miraba como si fuera el hombre al que esperó toda su vida. En un principio, Ortega se sintió incómodo. ¿Su amigo no advertía lo que estaba pasando? Pero no pudo resistir la atracción y en un momento, cuando Mansini fue al baño, Ortega le dijo a la mujer que la llamaría al día siguiente, lo más temprano posible. Hammer lo miró a los ojos, sonrió y le rozó apenas

la mejilla con el dorso de la mano. Ese mínimo gesto bastó para que Ortega decidiera que no le importaba nada, que dejaría a su esposa, que traicionaría al amigo, que se iría con esa mujer cuyo nombre ni siquiera podía recordar. Al día siguiente empezaron una relación clandestina que no duró mucho. Hammer quiso blanquear la situación desde el principio: por experiencia sabía que si dejaba pasar el tiempo, el amantazgo se eternizaría. Él aplazaría el momento de abandonar a su mujer, ella se acostumbraría a su condición de segunda. Ella iría sintiéndose menos y menos segura para imponer condiciones, y él estaría cada vez menos convencido de tomar una decisión adecuada. Por fuerza, con el correr del tiempo una amante va perdiendo el brillo inicial, y esa opacidad que se descubre con el correr de la relación va igualando a esa amante con la mujer legítima, igualmente deslucida y opaca. Ella ya había sido amante en otras oportunidades, y esta vez quería manejar las riendas desde el vamos.

De modo que en menos de un mes Hammer estaba caminando de la mano con Ortega, llevándolo a reuniones familiares y sirviéndose los ravioles de su futura suegra.

Para cuando se casaron, Ortega todavía conservaba el entusiasmo por esa mujer a la que llamaba "mi bastoncito". Pero a partir de la convivencia fue deprimiéndose más y más. No tenía tiempo para ver a sus propios hijos, el dinero no le alcanzaba porque tenía que mantener a Graciela y sus cuatro chicos, y tenía que pasar parte de su tiempo libre limpiando la casa y lavando la ropa: Graciela no tenía la menor intención de hacerse cargo de las tareas domésticas.

Se habían mudado a una casa de dos ambientes en Tortuguitas, cuarenta y cinco metros cuadrados oscuros y destartados que albergaban al matrimonio y los cuatro hijos de ella. Las peleas eran constantes. La falta de espacio enloquecía a todos por igual y cualquier conflicto terminaba en el mismo cuadro: Graciela furiosa, a grito pelado, repartiendo cachetadas y amenazando con abandonar la casa. Ortega, que tampoco era un espíritu apocado, iba poniéndose igualmente violento. Pero después de las peleas, venía la depresión. Se quedaba tirado en la cama días enteros, con las persianas bajas, temblando.

Dejó de ver a sus amigos y concentró toda su vida social en las visitas semanales a sus hijos.

El 6 de mayo de 1998, Hammer llamó por teléfono a Aldo Camera, un comisario retirado que trabajaba como director técnico en la agencia de investigaciones Segam, donde trabajaba Ortega. Le dijo que su marido estaba con un ataque de nervios, llorando, desesperado, y que no sabía qué hacer con él. Camera le sugirió que lo llevara al hospital Fernández.

Hammer nunca explicó por qué decidió llamar a uno de los directores de la empresa y no a un compañero de su marido para pedir ayuda. Por su parte, Camera eludió todo tipo de detalles y pidió no ir a prestar declaración. Después de ese ataque de nervios, la estabilidad psíquica y laboral de Ortega se fue a pique.

El informe de la autopsia reveló que el cadáver tenía fractura en la base craneana. El golpe habría provocado un estado de indefensión en la víctima. A su vez, había humo en las vías respiratorias, lo cual demuestra que estaba vivo mientras se incendiaba el auto. Tenía quemaduras en el ciento por ciento de su cuerpo. La muerte se produjo, entonces, por una combinación de quemaduras e intoxicación por monóxido de carbono.

Gladys Tolosa llevaba treinta años de enfermera cuando se enteró de que su hijo había muerto carbonizado. "Yo leí la autopsia, yo vi el informe de todo, los pulmoncitos, los riñones. Yo entiendo de eso, ¿sabe lo que eso significa para mí? Era mi único hijo, era todo lo que yo tenía en la vida, era todo, todo, todo. Mi hijo era tan bueno, tan lindo. Era tan pero tan lindo que apenas nació yo empecé a tener miedo. Siempre tuve miedo de que le pasara algo. Terror. De noche me quedaba horas mirándolo, me parecía que si lo miraba, él iba a estar más seguro. Y esa mujer me lo quitó, me lo mató. Yo tengo grabada en la cabeza esa vez que la vi, a ella, a Graciela, en la comisaría. Ella me dijo que no lo había matado. Mentira. Ella lo mató. Era violenta, mala. Le pegaba cruelmente a sus propios hijos, a las nenas y al más grande también, a Gerónimo. No me lo contaron, yo lo vi. Una vez estábamos comiendo y él la contradijo. Ella estaba parada y el chico sentado, y le dio una cachetada así, de arriba abajo, que casi le parte la cara. Era tremenda. Así como era de chiquita, un metro y medio, era tremenda igual. Mi hijo era grandote, medía casi un metro ochenta y pesaba 78 kilos. Él debía estar dormido cuando ella le pegó un golpe en la cabeza, cuando ella le partió la cabeza, como salió en la autopsia. Si no, no hubiera podido. Mi hijo se hubiera defendido. Y después, cuando mi hijo estaba desmayado, lo debe haber arrastrado hacia el auto, que estaba adentro, en el garaje, y después llevó el auto al descampado ese donde lo quemó. Y mi hijito todavía estaba vivo. ¿Por qué no lo llevó a un hospital para salvarlo? A lo mejor podía haber vivido después del golpe... Una vecina me dijo que tenía que haber habido otra persona, que ella sola no podría haberlo matado, o no podría haberlo llevado al auto. Que alguien la debe haber ayudado. Y yo digo que yo soy enfermera y que conozco de esas cosas, yo también peso poco y puedo llevar al baño a un hombre de cien kilos, o lo puedo trasladar de una camilla a otra, o levantarlo del piso si se cayó. Se puede, que no me vengan a decir a mí, que soy enfermera. Aunque a lo mejor sí había otra persona. Puede ser, no digo que no. Es posible que ella tuviera un amante. Mi hijo había venido a casa a dormir el fin de semana antes de su muerte, con la nena más chica, Paulita. Mi hijo tiene tres hijos hermosos, yo sigo viviendo por ellos. La cuestión es que mi hijo me dijo que le prepare un cuarto porque se iba a venir a vivir conmigo, la iba a dejar a esa mujer. Me dijo que ella salía con alguien y que andaba en algo raro. ¿Qué me quiso decir? Es algo que se llevó a la tumba y ella a la cárcel. Eso me mata la cabeza. Bueno, y el sábado siguiente, dos días antes de morir, vino a casa con Paulita y dijo que el lunes se venía a vivir conmigo. Paulita le dijo que se quedara esa misma noche, que para qué iba a esperar al lunes, pero él miraba la hora y decía que no, que esa noche tenía que volver a la casa, y eso que estaba sin el auto y vivía a treinta y siete kilómetros. Se ve que quería llegar de sorpresa a ver si la encontraba con alguien, no lo sé. Y después el chico de ella, Gerónimo, dijo que antes de que mi hijo se fuera, a las cinco de la mañana del lunes, escuchó las voces de su madre, de mi hijo y de otro hombre. Pero como era menor, no sé qué pasó con su declaración y al final la cambiaron, no sé cómo habrá hecho el asesino que es el abogado de ella, porque sólo un asesino puede defender a una asesina. Pero por suerte a ella le dieron perpetua, porque si no le hubieran dado perpetua la hubiera matado yo. Se lo juro. Yo, que siempre me dediqué a salvar vidas, la hubiera matado. Hubiera borrado con el codo lo que escribí con la mano, mire lo que es la vida. El otro día estaba con una amiga viendo fotos de mi hijo y había varias en las que salía ella. Mi amiga me dijo que era bonita. Puede ser, pero yo no la veo linda porque ella mató a mi hijo, es una alimaña, un elemento pernicioso. Dice mentiras y no baja la vista, las dice de frente. No soy racista pero sí creo en la maldad humana. Ella es alemana, y debe tener algo de la crueldad de los nazis. Pero a mi hijo lo tenía agarrado sexualmente, si hasta él me lo contaba, me tenía

mucha confianza, me hacía bromas con eso. Y a ella le gustaba mucho la plata, y mi hijo no andaba bien de trabajo. Trabajaba de vigilador en una agencia y le habían dicho que no fuera más. Seguro que esa última noche él le dijo que se iba a vivir conmigo, y por eso ella no pudo esperar más y lo mató. Porque quería cobrar el seguro de vida. Yo me imagino que ella pensaba esperar más tiempo para que no sospecharan, pero si él se venía a vivir conmigo no lo iba a poder matar. Ahora que lo pienso, me acuerdo que cada vez que yo iba a Tortuguitas, a la casa de ellos, a visitar a mi hijo, me entraba un frío espantoso. Ya unas cuadras antes de llegar me agarraba frío. Eso me pasó durante meses. Y ahora que sé que me lo mataron ahí, me doy cuenta por qué tenía frío. Porque sabía que ahí él iba a morir".

Una de las pocas amigas de Hammer la recuerda con rencor. "Siempre me miró a mi marido. Las mujeres no la querían, y los hombres se le acercaban porque ella los buscaba. Pero me da lástima, porque, según me dijo ella, su primer marido y su concubino le pegaban. Y parece que al final Ortega le pegó también. Pero tenía sus razones, parece que ella estaba saliendo con el jefe de su marido".

La amiga de Hammer tiene una teoría para explicar su conducta, que se basa en una extraña relación que ella habría tenido con su padre, a quien adoraba. Él era ingeniero y su madre empleada judicial. Pero por alguna razón que la amiga dice desconocer, Hammer y su madre eran prácticamente enemigas. "Según Graciela, la madre la odiaba porque le decía que ella le había arruinado el matrimonio. Parece increíble, pero la madre le tenía celos, le decía que le había quitado el amor del padre, no sé por qué decía eso. No importa. Igual ella no tenía por qué haber matado a su marido. Yo ni pienso ir a visitarla a la cárcel. Ni loca".

Graciela Hammer fue condenada a prisión perpetua por homicidio calificado agravado por el vínculo, con alevosía y con concurso premeditado de dos o más personas. Ella nunca declaró, ni tampoco se encontró al supuesto cómplice.

## Yiya Murano, amiga

El arte de la simulación siempre se le dio bien a María de las Mercedes Bolla Aponte de Murano, más conocida como Yiya. Por alguna razón, siempre lograba que los demás creyeran sus farsas y puestas en escena, aunque no hubiera otra evidencia para creerle que el propio poder de convencimiento de la mujer. Por mucho tiempo su mayor preocupación fue la hacerse pasar por una mujer rica y culta. La verdad era distinta: sus baches culturales eran gigantescos y sus recursos económicos escasos. Desde que se había casado con el abogado civilista Antonio Murano, vivía en la calle México 1177, sexto piso, apartamento 21, del barrio porteño de Montserrat. Era una vivienda deprimente, de dos ambientes (uno de los cuales estaba dividido en dos), abarrotada de muebles viejos, con paredes húmedas por debajo de la pintura color durazno. Sin embargo, Yiya se comportaba como si viviera en el más lujoso de los pisos, y lo hacía con soltura. Para reforzar la imagen de riqueza, gastaba buena parte del dinero de su esposo y contraía deudas impagables para comprarse ropas de marca, zapatos y joyas, sobre todo aros y pulseras haciendo juego, muchas pulseras que a Yiya le encantaba superponer, lo que producía el sonido permanente a metal que era su marca registrada. "Más que por el perfume –solía decir– me conocen por el tintinear de mis joyas".

Así, enojada y con sus vestidos impecables, pasaba sus días fuera del minúsculo apartamento, en casa de amigas o, como dijera muchos años más tarde su hijo Martín, "visitando a otros hombres, con los que engañaba a mi padre". Sus amigas la querían, más por costumbre y aburrimiento que por verdadera amistad. Cuando ella no estaba solían criticar sus gastos excesivos y su actitud altanera. Como sea, Yiya logró engañarlas a todas, haciéndoles creer que era una mujer tremendamente eficiente en inversiones financieras. Y, por fin, consiguió que tres de las más íntimas le dieran buena parte de sus ahorros para que ella se encargase de multiplicarlos. "Yo conozco la manera de que la plata te rinda mucho más que en un plazo fijo", repetía con tono profesional, sin ofrecer detalle. De modo que las amigas retiraban el dinero de sus bancos y se lo daban a la supuesta inversora quien, a su vez, les firmaba pagarés comunes y corrientes.

La prima de Yiya se llamaba Carmen Zulema del Giorgio de Venturini. Vivía sola: su marido había muerto hacía tiempo y sus dos hijas estaban casadas. No le faltaban recursos: su marido había sido un funcionario importante de YPF y le había dejado una buena suma de dinero. Vivía en Hipólito Yrigoyen 2580 pero, como Yiya, pasaba mucho tiempo fuera de la casa. Las primas se veían con regularidad: iban al cine, al teatro, a comer, a tomar té con masas a la confitería Richmond, de la calle Florida. Lo único que no hacían juntas era comprar ropa: Carmen no tenía paciencia para soportar las esperas interminables a las que podía llegar a someterla Yiya en los probadores de las tiendas. Sí caminaban y miraban vidrieras y se intercambiaban regalos. Carmen le regalaba plantas y Yiya tortas y masitas de crema.

Una tarde de enero de 1979, mientras tomaban el té, Yiya le habló de sus contactos con el mundo de las finanzas y la convenció de que le entregara veinte millones de pesos para ubicarlos en un plazo fijo de características particulares. "Nadie

te va a dar más interés que el que te puede conseguir este amigo mío abogado, de Mar del Plata", le dijo en tono confidencial. Carmen miró de frente a su prima. Si tuvo un instante de duda lo descartó enseguida: Yiya estaba sentada muy erguida en su silloncito, con su peinado armado, de peluquería, sus aros dorados, sus anillos con brillantes diminutos pero verdaderos, su vestido celeste entallado, de mangas cortas. Tenía 49 años pero parecía menos. Era alta, muy flaca, estaba siempre con los hombros hacia atrás y miraba fijísimo con sus ojos grandes maquillados de marrón oscuro.

"Bueno, Yiya, mañana paso por tu casa y arreglamos todo. Esos intereses me van a venir muy bien". En efecto, al día siguiente Carmen fue a ver a Yiya y le entregó el dinero. Según el pagaré firmado por Murano, el 27 de marzo le devolvería la plata y los intereses. Pero Carmen no llegó a vivir para ver los resultados de su primera operación financiera. El 24 de marzo empezó a sentirse mal y salió de su departamento, probablemente para pedir ayuda. Se acercó a la escalera, se desmayó y rodó un piso completo, con la cabeza rebotando en los escalones. José González, el portero del edificio, se encargó de llamar una ambulancia. Mientras varios vecinos se apelotonaban alrededor de la mujer inconsciente, apareció Yiya, con sus mejores ropas. Enseguida le pidió al portero una llave para entrar al departamento de su prima y buscar números de teléfono para avisar a la familia. Unos días más tarde, frente a los policías que le tomaban declaración, el portero afirmó que la mujer se llevó un frasquito y unos papeles, y que, antes de irse, se lamentó: "Dios mío, es la tercera amiga que se me muere en tan poco tiempo".

Carmen todavía no estaba muerta cuando se la llevaron del departamento, pero falleció minutos más tarde, apenas la ambulancia la dejó en el hospital Ramos Mejía. Según el certificado de defunción la muerte se había producido por un paro cardíaco no traumático.

Pero la hija de Carmen, Diana Venturini de Olivera se presentó en la comisaría sexta para hacer una denuncia: en el departamento de su madre las cosas habían sido revueltas, como si alguien hubiera estado buscando algo. Y había desaparecido el pagaré que, según le había contado su madre, la habilitaba para cobrar un dinero el día 27. De inmediato se cambió la carátula del caso, que pasó de muerte natural a muerte dudosa. Al mismo tiempo se pidió la exhumación del cadáver: el resultado determinó que en las papilas del estómago de Carmen había restos de cianuro alcalino en cantidad suficiente para exterminar a treinta personas. La principal sospechosa era Yiya Murano, y los policías empezaron a investigarla.

El trabajo policial resultó mucho más sencillo de lo esperado. Al rastrear los pasos de la sospechosa descubrieron que en el departamento 20, contiguo al suyo, vivía Nilda Gamba, amiga y cuñada de Yiya, que había muerto de manera imprevista el 11 de febrero de ese mismo año.

La relación entre las dos mujeres era impecable. Nilda había conocido en la casa de Yiya a Rafael Murano, hermano de Antonio, con quien se casó a los pocos meses aunque enviudó con la misma rapidez. Yiya y Antonio protegieron desde ese momento a la cuñada, y la invitaban casi todas las noches a comer.

El 10 de febrero Nilda fue invitada a una cena de amigos en lo de Yiya, y se quedó allí hasta la una de la mañana. Nunca más fue vista con vida por nadie. En la mañana del domingo 11, el portero pasó por la puerta del departamento de Nilda y vio que ella no había entrado el diario. Le pareció extraño: como todo portero conocía al detalle los hábitos y manías de la gente del edificio y estaba muy al tanto de que la



viuda del 20 recogía el diario apenas el chico del kiosco lo dejaba frente a su puerta. También sabía que la noche anterior se había acostado tarde, de modo que, aunque inquieto, no golpeó la puerta de la mujer para averiguar. Pero a la tarde le pareció que nada bueno podía estar pasando ahí dentro. Llamó a la puerta. Nadie le contestó. Excitado frente a la posibilidad de un acontecimiento que rompiera con su rutina insoportable, no pudo esperar más y llamó a Jesús García, otro vecino, español y cerrajero jubilado, para que lo ayudara a abrir la puerta de Nilda. El español, que no compartía en absoluto el espíritu entrometido del portero, se limitó a mirar por la cerradura. "Están las llaves adentro", dictaminó. "Mejor llamemos a la policía".

Varias horas más tarde la policía entró al departamento. El cadáver de Nilda Gamba estaba tirado en el piso del living, boca abajo, con la mano izquierda apretándose el vientre.

Yiya, al enterarse, miró al infinito y declamó: "Se me fue una gran amiga".

En el certificado de defunción decía que la muerte se debió a un paro cardíaco.

Gamba fue enterrada en el cementerio de la Chacarita, en la sepultura 11 de la sección 8, manzana 3. Pocos días después del entierro, su cadáver fue exhumado. Al igual que Carmen Zulema del Giorgio de Venturini, las vísceras de Nilda Gamba contenían restos de cianuro alcalino. Y Nilda también le había entregado dinero a Yiya para hacer una buena inversión a corto plazo.

"Me parece que la Murano las envenena con unas masitas dulces. Las dos muertas tenían esas masitas en la casa", conjeturó uno de los investigadores.

En el primer piso departamento B de la avenida Belgrano 2481 vivía otra viuda amiga de Yiya: Leila Formisano de Ayala. Estaba sola, porque su hijo cursaba el segundo año de la Escuela de Prefectura de Zárate.

Las dos amigas eran íntimas. Habían viajado juntas muchas veces a Mar del Plata –donde Leila tenía un departamento–, a Punta del Este y, una vez, a Brasil. Se encontraban para comer, para jugar a las cartas, para charlar. En Mar del Plata solían ir al casino, aunque jamás apostaban sumas importantes.

El lunes 19 de febrero de 1979, antes del mediodía, Yiya pasó a buscar a Leila. Las dos salieron juntas a los pocos minutos. Carlos Alberto Zamora, el portero, se las había cruzado. Está visto que en la vida de Yiya los porteros han sido siempre una desgracia inevitable.

Unas horas después, Yiya volvió al edificio de su amiga. Sin embargo estaba sola. Buscó al portero pero no lo encontró. Habló, en cambio, con su esposa, Matilde Elena Fuentes. Con cara de preocupación le preguntó si había visto a Leila Formisano. "Pero si salió con usted", le dijo la mujer. "Claro, ya sé, pero ella tuvo que volver porque no se sentía nada bien". Ante la propuesta de la esposa del portero de ir a tocarle el timbre, Yiya Murano se negó. "No, no la quiero molestar. Mejor que se quede descansando".

A las nueve de la noche, Yiya apareció nuevamente en el edificio de Leila y volvió a preguntarle a la misma mujer por el estado de su amiga. Como la portera no la había visto, Yiya le dejó dicho que ya había comprado las entradas para el teatro para ellas dos y otros amigos.

Tres días después, ante la absoluta desaparición de Leila, la pareja de porteros tomó cartas en el asunto. Buscaron a un vecino –un tal Berardi– que tenía una copia de las llaves de Leila. Pero, aunque la llave abría, había un pasador cerrado por dentro. La policía entró saltando por el balcón contiguo. Leila Formisano de Ayala, de 52 años,

quien también le había entregado a Yiya dinero para invertir, estaba muerta desde hacía tres días, reclinada en un sofá, con los ojos fijos frente al televisor encendido y recalentado. Había masitas dulces en la heladera, aunque ese dato no fue tenido en cuenta en un primer momento.

La causa de su muerte, según el certificado de defunción, fue un paro cardíaco.

Fue a parar al cementerio de la Chacarita, lote 30, sección 13, manzana 4. Poco después, el cadáver fue exhumado. La policía, los forenses, los abogados, los parientes de Leila y de las otras dos muertas, esperaban que en su estómago se encontraran restos de cianuro alcalino. Los encontraron.

María de las Mercedes 'Yiya' Aponte de Murano, poco después rebautizada por la prensa como "la envenenadora de Montserrat", fue detenida en su domicilio el 27 de abril de 1979. Ella misma les abrió la puerta a los policías que fueron a buscarla y cuando se le comunicó que tendría que ir a la comisaría no hizo ninguna pregunta, ni pareció asombrada, ni ofreció resistencia. Lo que hizo fue buscar un saco de hilo que se puso sobre su camisa clara, se acomodó la falda, dio una última mirada al espejo y salió con los policías.

Su caso lo estudiaba el juez de primera instancia en lo criminal, Diego Peres, secretaria de Juan Rodríguez Basavilbaso. La carátula: Homicidio en grado de reiteración.

En los interrogatorios, Yiya Murano jamás admitió haber envenenado a sus amigas y usó una extraña carta de defensa: "Pero por favor, si yo no sé cocinar, ¿cómo les voy a preparar masitas envenenadas? Es ridículo". Sí reconoció que les había pedido dinero, pero solamente como un favor: ella conseguía intereses más altos que en cualquier otro lugar. Fue confusa al dar precisiones acerca del destino de ese dinero, y de sus intenciones de devolverlo.

Murano fue alojada en la Cárcel de Mujeres de Ezeiza, mientras la policía rastreaba a un personaje escurridizo que, según testimonios, había sido un amigo muy cercano a la presunta asesina. Se trataba de un médico, quien podía haberle enseñado a Yiya el arte del envenenamiento y sus métodos más infalibles. No fue encontrado.

En contra de todas las previsiones, en la cárcel Yiya Murano se movía como pez en el agua. No se amedrentó frente a la presencia de compañeras violentas, criminales, golpeadoras o psicóticas. Más bien logró domarlas y tenerlas bajo su supervisión. Era ella quien organizaba las rutinas, los juegos, los grupos. Y cada vez que alguna era puesta en libertad, se dirigía a Yiya para abrazarla y llorar con ella, como si se tratase de una santa a la que fueran a perder en el camino.

Casi todas sucumbían a la tentación del reportaje y la fama mediática: una vez libres, la prensa solía abordarlas para preguntar detalles de la vida de Yiya en la cárcel. Todas coincidían en describirla como generosa, creyente, buena amiga, valiente e incapaz de ninguna maldad.

Pero el fiscal Mario de la Vega Pizarro tenía otras ideas respecto de Yiya. Pidió para ella prisión perpetua con accesoria de reclusión por tiempo indeterminado al considerarla culpable de homicidio por envenenamiento en perjuicio de Nilda Adelina Gamba, Leila Formisano de Ayala y Carmen Zulema del Giorgio de Venturini.

Yiya pareció tranquila al enterarse de su futuro. En la cárcel hacía bromas con

respecto a su condena, matizadas con constantes referencias a la ineficacia de la justicia terrena y la grandiosidad de la justicia divina.

El 6 de mayo de 1980, cuando una de las guardiacárceles fue a examinar su celda, encontró a la Murano tirada en el suelo, gimiendo, con la cabeza entre las manos. "Haga algo –dijo–. El dolor es insoportable".

En la enfermería advirtieron que se trataba, muy probablemente, de un derrame cerebral. El diagnóstico se confirmó en el hospital Pirovano, donde decidieron operarla ese mismo día. Pero antes de que las enfermeras empezaran a prepararla para el quirófano, Murano se incorporó en su cama de metal, corrió las sábanas blancas deshilachadas, y dijo que, al no saber si saldría viva de la operación, estaba en condiciones de pedir un último deseo. "Quiero lápiz y papel para escribir mi verdad, antes de encontrarme con el Señor". La enfermera le dio la espalda y fue a buscar el lápiz y el papel. "Lo único que falta –le dijo a una compañera–. Ahora estas mujeres tienen últimos deseos. ¡Pero qué se va a morir! ¡Así como es de jodida va a vivir ciento cincuenta años!".

La carta fue redactada de un solo tirón, escrita desde el rol de la víctima, como si todas las desgracias humanas hubieran caído sobre su cabeza:

"Autoridades judiciales, policiales y opinión pública.

Yo, María de las Mercedes Bernardina Bolla de Murano, internada en el hospital Pirovano, en plenitud de mis facultades mentales y al borde de mis fuerzas físicas, con mi salud quebrantada, después de un largo año de detención, sin motivo, habiendo soportado difamación, agravio, persecución e injusticia y en previsión de que la muerte me alcance antes de llegar a probar mi inocencia y en salvaguardia de mi honor y en el de los míos, injustamente afectados por difusión de calumniosas noticias, juro ante el Altísimo, ante quien todos los que me han denigrado deberán rendir también cuentas, mi total y absoluta inocencia; he leído en algún lado que el mar tapa los errores de los marinos, así como la tierra los de los médicos. Me pregunto si alguna vez, en algún lugar, y en algún caso, alguna muerte no servirá para tapar los errores judiciales y policiales".

Yiya  
María M. Bolla de Murano  
6/5/80

La operación iba a ser difícil y de riesgo. Murano tenía un aneurisma cerebral en el lado derecho de su cabeza. La operación duró varias horas y fue un éxito, tal como vaticinaran sus enfermeras.

Poco tiempo después empezaron a surgir dudas con respecto a la sentencia. El defensor de Murano, Mario Soaje Pinto, puso reparos en toda la investigación. "Los forenses que encontraron restos de veneno en las vísceras se equivocaron de frasco cuando extrajeron partes para hacer el estudio". El 15 de junio de 1982 el juez Ángel Mercado le dictó la absolución. Su tiempo como detenida había sido de tres años y cuarenta y cinco días.

Pero nada es para siempre. La causa siguió investigándose y en mayo de 1985 la Sala Tercera de la Cámara del Crimen la condenó a prisión perpetua por los delitos de homicidio calificado por envenenamiento y estafas reiteradas en tres oportunidades. En 1993 se le conmutó la pena por la de 25 años de prisión. Fue puesta en libertad al cumplir los dos tercios de su condena, el lunes 20 de noviembre de 1995, a las 17:20.

Había estado presa dieciséis años. Permanecerá bajo libertad condicional hasta el 3 de febrero de 2003.

El día en que abandonó la cárcel, Yiya se negó a dar reportajes a los periodistas que la esperaban en la puerta del penal. No era timidez, ni pudor, ni miedo a hablar. Lo que pasaba era más sencillo: estaba desarreglada, ojerosa y sin maquillaje. Pero después no tuvo más problemas en mostrarse. Su consagración fue en el programa de Mirtha Legrand, el martes 3 de noviembre de 1998, donde Yiya fue a almorzar y a contar su vida. Más allá de haber declarado su inocencia más absoluta sorprendió a toda la audiencia –y también a la conductora– cuando anunció que se había vuelto a casar. Con anteojos oscuros y vestido chemisier atigrado, dijo que se le "secaron las lágrimas de tanto llorar", y que su actual marido es un hombre al que quiere mucho. Lo bizarro del asunto es que el lunes siguiente, el supuesto feliz esposo de Yiya apareció en el mismo programa diciendo que su próximo paso sería, sin falta, la anulación de su matrimonio con "la señora Murano". "Me asusté cuando me dijeron que ella era la mujer que envenenaba, me asusté. Me lo contó mi cuñada. Y anoche mismo Yiya me llamó por teléfono a casa para que no viniera a este programa, me amenazó. Porque yo la conocí en Constitución, y nos pusimos de novios, y nos casamos, aunque solamente pasamos una noche juntos: la de bodas. Les juro que yo no sabía nada".

Martín Murano, el único hijo de Yiya, estuvo sentado a la misma mesa, mostrando con claridad los sentimientos que lo unen a su madre. "Ella me dijo que era culpable, que había matado, lo cual conté en mi libro sobre ella. Pero no la vi desde que salió, ni pienso verla. No me interesa".

La actitud de su hijo no fue suficiente para deprimirla. En 1999 fue columnista en el programa de TV *La hoguera*, en el que hablaba de la moda. A una de las maquilladoras que estuvieron en su debut le dijo que, al fin, estaba en el lugar que de verdad le correspondía.

## Marta Odera, monja

"La conocí en un tren, de pura casualidad. Y pensé que alguien así era incapaz de matar a una mosca. Era simpática aunque un poco cortada, a lo mejor por ser tímida. Me acuerdo que le pregunté la edad y me dijo que tenía treinta y siete. Yo le daba como cincuenta. Y era monja, aunque no llevaba los hábitos. Pero igual le diría que parecía monja: ese día tenía una pollera azul tableada que le llegaba por debajo de la rodilla, una camisa blanca cerrada hasta el cuello y un saquito negro, o gris, todo estirado. Y los zapatos eran marrones, mocasines, con un taco bajo y cuadrado. Bien de monja. Quién iba a decir que terminaría asesinando a otra mujer".

Blanca E. se hizo amiga de Marta Odera cuando la monja iba en tren desde La Plata hasta Constitución. Las dos habían ido a hacer trámites y se sentaron juntas en el primer vagón. Empezaron a hablar porque el tren salió de la estación con más de treinta minutos de retraso. Cuando se bajaron habían intercambiado direcciones y teléfonos y se sentían hermanadas por el destino.

"A ninguna de las dos nos fue bien en la vida. Yo tuve una vida difícil. Mis padres murieron cuando yo era chica, me crió mi tía que me pegaba, siempre me faltaron cosas. Marta no se quedaba atrás aunque sus problemas eran distintos. Tenía padres, y muchos hermanos, una familia que la cuidaba, pero ella sufría problemas de salud, le subía mucho la presión, tenía dolores muy fuertes de cabeza, y lo que más le dolía era lo otro: decía que no era una buena monja. Que había tomado los hábitos pero que nunca estaba segura de nada. Yo le preguntaba si lo que le estaba faltando no sería un hombre, una familia, pero ella nunca me contestaba nada. Y lo que más le gustaba era contarme cuando se fue de misionera al Amazonas. Recién había tomado los hábitos y se ofreció para ir a Brasil en misión evangélica. Me contaba eso y le cambiaba la cara. Debe haber sido lo mejor que le pasó. Había estado siete años ahí, creo que me dijo siete. De acá salió con dos hermanitas más, pero en Brasil las otras se fueron por otro camino y ella viajó al Amazonas con dos monjas de la zona. Me contó cosas increíbles, porque ellas iban a los lugares donde estaban los indios, y ahí no había baños, ni agua, ni nada. Estaba todo lleno de bichos, llovía sin parar y hacía un calor espantoso. Eso me contaba ella. La verdad, lo que más me gustaba es que me contara de su viaje al Brasil... Al principio, las monjas llegaban a los pueblitos donde vivían los indios y trataban de enseñarles la Biblia y esas cosas. Bueno, Marta decía que ni siquiera eran pueblitos. Pero además tampoco se entendían. Marta había hecho un curso de portugués pero no se entendían, porque muchos ni siquiera hablaban portugués, creo. La cosa es que al poco tiempo tanto Marta como las otras monjas se dieron cuenta de que no ganaban nada con enseñarles religión, así que se dedicaron a darles remedios, y a vacunarlos, y a enseñarles a cuidar a los bebés para que no enfermen. Eso le gustaba, ella se sentía útil por primera vez. Así que trabajó y trabajó entre esa gente. Me mostró fotos también. Había una en la que estaba ella con un bebé en brazos, con varios chicos que la rodeaban y con una vieja muy vieja sentada al lado. Le dije que por qué no tenía hijos ella misma y me dijo que esas cosas no se podían decidir, que el destino decidía. Y en otra foto está en un barco muy grande, lleno de gente, con sus dos compañeras, las tres abrazadas sonriendo a la cámara. Me imagino que vivir siete años en esas condiciones debe ser duro, sobre todo porque ella no estaba bien de salud. Y, según me dijo, la malaria se la contagió a los tres años de llegar. Ella se había instalado en un lugar cerca de un río, decía que había unas treinta casitas, no más, y que se vivía de lo peor. Que

faltaba la comida y en una época del año empezó a llover y no paró más. Y que los mosquitos eran una plaga. Parece que los mosquitos llevaban la enfermedad, y que en un momento a ella le dio fiebre, que no se le bajaba con nada, y tenía vómitos y diarrea y esas cosas. Cuando ya no podía ni mantenerse en pie, la acompañaron al pueblo que estaba más cerca y ahí la empezaron a curar. Me dijo que le daban unas pastillas enormes, que no las podía ni tragar, y que después de estar casi un mes en cama volvió a levantarse. Pero nunca se recuperó del todo. Estaba siempre cansada, y se le hacía más y más difícil aguantar el calor. Parece que se quedó un tiempo más en el caserío aquel donde se enfermó y trató de curar a más gente de ahí que tenían la misma enfermedad. Después se fue a un lugar más grande, porque estaba muy débil y era mejor que tuviera más comodidades, agua, baños, enfermería. Pero en el nuevo lugar la gente mucho no la quería, los chicos se reían de ella y nadie le hacía caso. Ella tenía que convencer a las parejas que vivían juntas para que se casaran por iglesia y bautizaran a sus hijos. Para eso iba un cura una vez por mes, porque esas cosas las monjas no las pueden hacer, pero cada vez que llegaba el cura no tenía a nadie para casar ni para bautizar y Marta se sentía culpable. No sé si fue ahí que la mandaron a estudiar enfermería. Ella hizo el curso y lo terminó y hasta estuvo un tiempo trabajando. Era buena para eso, tenía buena mano, a mí me daba inyecciones y ni las sentía. Pero al final le volvió a agarrar la fiebre y se tuvo que volver, o la mandaron de vuelta. Y cuando llegó a Buenos Aires, al poco tiempo conoció a la otra, a Marta Fernández. Eso la arruinó".

Marta Silvia Fernández siempre quiso ser actriz, pero nunca logró ningún papel importante. Lo máximo que obtuvo fueron algunos trabajos como extra en la televisión. Era peleadora por naturaleza, y solía terminar a los gritos con sus compañeras de trabajo: a pesar de que hacía grandes esfuerzos para ser aceptada, su carácter despótico la traicionaba.

"Yo la aguanté bastante –cuenta Silvia R., vecina de Fernández–. Era insoportable. Siempre pedía dinero prestado, o ropa, o llegaba a la hora de la comida para no tener que cocinar ella misma. Por suerte, cuando se sintió muy apretada porque andaba sin trabajo, se casó con un tipo mucho mayor que ella, un viejo, pero buena persona. Yo ni loca me casaba con él, pero Marta no le hacía asco a nada. Y no es que el tipo tuviera guita, pero por lo menos le daba casa y comida y la obra social. No sé por qué, ella siempre decía que después de casada iba a tener obra social. Pero el matrimonio era un infierno, ella protestaba todo el día, gastaba más de lo que podían gastar y hasta me parece que un par de veces al viejo le pegó. Ella a él, quiero decir. Debe haber pasado algo así porque el viejo se internó en un geriátrico él solito. Mirá que yo conozco gente que está en geriátricos, pero no conozco a nadie que se interne solo, siempre los dejan ahí los hijos, ¿no? Pero él quiso ir ahí, debe haber sido para zafar de la mujer. Y lo más gracioso es que en el geriátrico dejó dicho que no quería recibir la visita de la esposa. Y entonces conoció a la otra Marta, la monjita. Porque también la monjita se llamaba Marta. Bueno, parece que esta Marta, mi amiga entre comillas, fue a la obra social a hacer un trámite y no sé por qué estaba ahí la monja, y se pusieron a charlar, y al final le contó que su marido estaba internado y que no podía visitarlo y no sé qué, y si ella, la monja, podía ayudarla para entrar al geriátrico. Lo que no entiendo es cómo la monja se metió en esa historia, cómo no pensó que si el tipo no quería verla por algo sería. Bueno, la cosa es que se hicieron amigas y poco después Marta vino a decirme que se iba a vivir con la monja, que a esa altura ya no era monja porque había pedido algo así como una licencia. Y se fueron a vivir juntas. Marta pasó del viejo a la

monja, qué grande".

Cuando volvió del Amazonas, Marta Graciela Odera tuvo una profunda crisis religiosa. En realidad, desde que tomó la decisión de hacerse monja había pasado por varias etapas de dudas existenciales de distinta índole. Pero fue la vuelta a Buenos Aires lo que hizo recrudecer su ambivalencia respecto de la fe. Desorientada, le pidió ayuda a un sacerdote que había conocido en La Paternal, el padre Wendelin Rofner, quien le aconsejó tomarse una licencia de dos años que le permitiera reflexionar acerca de su vocación.

Una vez que dejó los hábitos en forma provisoria, Odera siguió visitando al padre Rofner, que se había convertido en su guía espiritual. Ella pasaba varias veces por semana por la congregación de los Camilos y se quedaba horas hablando a solas con él. Le confesó que quería vivir con una amiga, pero que no tenía manera de alquilar una vivienda. No tenía dinero suficiente ni garantías inmobiliarias, y su futura compañera tampoco. Rofner citó a una vecina del barrio que había dividido su casa en cinco departamentos para alquilar, y consiguió uno para la ex monja y su amiga. Quedaba en la calle Ávalos 340, departamento 5. Odera estaba encantada: le parecía un lugar ideal para intentar una vida nueva con su amiga.

Blanca, la amiga que Odera conoció en el tren, tuvo un mal presentimiento en cuanto conoció a la mujer que viviría con la ex monja. "Yo la vi y supe que algo malo iba a pasar, le juro. Esa Marta tenía cara de... no sé, de mala persona. Y mi amiga confiaba tanto en ella. Yo no sé qué pasaba entre ellas ni quiero saber, porque apenas se mudaron a la casa de La Paternal casi dejamos de vernos. La otra mujer no quería que Martita viniera a mi casa, ni que me llamara por teléfono ni nada. Es de no creer, mire. Y al principio ella estaba contenta, pero no le duró nada. Una tarde vino a verme llorando. Tenía un ojo todo morado de un golpe. La otra le había pegado. Y me dijo que no había sido la primera vez. Ella parecía muy preocupada por si yo pensaba mal... Me decía todo el tiempo que eran amigas, que no me imaginara cosas, pero yo fui clara y le dije que no era normal que una amiga le pegara así a otra si no había algo más. Ella me juró que eran nada más que amigas, y mire que yo así directo no le había preguntado. Cuando volvió la segunda vez con golpes, ya no en la cara sino en los brazos y la espalda, la convencí para que hiciera la denuncia a la policía. Yo tengo una amiga abogada que la acompañó, fueron a la comisaría 41 varias veces, pero nunca le hicieron caso. Y después Marta se fue de ahí, dejó la casa que ella misma había conseguido y se fue a una pensión. Yo le dije que la que tenía que irse era la otra pero no había forma de sacarla de ahí. Y Martita era incapaz de echar a su amiga de la casa, era así de buena. El cura que siempre estaba con ella la ayudó a buscar la pensión, y la ayudó a mudarse. Pero lo peor es que Marta seguía volviendo a la casa porque extrañaba a la amiga. Y mire que se peleaban... Se mataban. Mejor dicho, la otra le pegaba a Martita todo el tiempo, y le gritaba, y la basureaba.

"Me olvidé de contarle otra cosa importante. Marta me dijo una vez que la otra llamaba todo el tiempo a la congregación para decir que ellas eran novias, que a Marta le gustaban las mujeres. Le quería arruinar la vida. Yo creo que eso fue lo que a ella más furiosa la puso. Y por eso se decidió a hacer la denuncia en la policía, si no, ni loca iba a hacerle algo así a la otra. Pero ella estaba furiosa. Me decía que su amiga la quería

hundir. Y tenía una frase que me voy a acordar siempre: 'Me está difamando', decía. Era porque la otra decía que eran novias y encima se lo contaba por teléfono a los curas. La verdad es que Martita seguro que volvía a tomar los hábitos, siempre decía que era lo único que sabía hacer, rezar y vivir con otras monjas".

La noche del lunes 23 de noviembre de 1998 Marta Odera salió de su pensión de Federico Lacroze al 2100 y fue a visitar a su amiga Marta Silvia Fernández. A pesar de que en cada encuentro la mujer la golpeaba y la insultaba, ella no podía resistir el impulso de ir a visitarla. Los vecinos estaban hartos de escuchar las discusiones permanentes, los gritos, los ruidos de botellas estrelladas contra el suelo y las paredes. Los escándalos eran siempre de madrugada, y predominaba la voz asustada de la ex monja. Pero ese lunes las cosas cambiaron. La discusión se desató más temprano de lo habitual, cerca de las diez de la noche. Y no hubo en el barrio un instante de paz hasta las dos del día siguiente. Se escuchaban muebles que se corrían, aullidos, insultos, vidrios rotos y llantos. Con una variante: la que gritaba con desesperación no era Odera sino Fernández. Varios vecinos confesaron que no llamaron a la policía porque ya habían escuchado antes muchas peleas de ese tipo, aunque más moderadas.

A las siete de la mañana siguiente, Zulma, la dueña del departamento, golpeó a la puerta de las mujeres, decidida a darles un ultimátum: o prometían no volver a pelear a los gritos, o se iban. Pero nadie contestó. Pensando que la lucha las había agotado, se fue a trabajar y volvió a las tres de la tarde. Una vez más, tocó timbre. Nada. Entonces sospechó que algo grave había pasado.

Fue a buscar al padre Rofner y lo llevó a la rastra para que se hiciera cargo de lo que ella ya imaginaba como un drama. Antes de volver al departamento de las mujeres fue al suyo a buscar una copia de la llave.

Cuando entraron no vieron nada salvo unos cuantos ceniceros desbordantes de colillas tirados por el piso. Pero cuando entraron al comedor vieron lo que quedaba del cuerpo de Fernández, una masa retorcida de carne acuchillada. Rofner desvió la mirada y se persignó. Zulma salió corriendo, histérica, a llamar a la policía.

Jorge Moreno, comisario de la 41, dio a entender que pocas veces había visto algo semejante. Fernández había recibido exactamente 161 puñaladas. Cerca del cadáver había, tirado, un cuchillo Tramontina, por alguna razón el favorito de los criminales.

Los policías le exigieron a Rofner que les diera la nueva dirección de Odera. Fueron a buscarla. La esperaron y la rastrearon en la zona, hasta que cerca de las nueve de la noche del mismo 24 la vieron a pocas cuadras de la pensión. Estaba caminando con la mirada perdida. Tenía escoriaciones en piernas, rodillas y codos. Los hematomas de sus ojos no eran recientes sino que llevaban por lo menos tres días.

Pocas horas después de su detención, Odera sufrió un ataque de hipertensión y fue trasladada de urgencia a la Unidad 4 de clínica médica del hospital Álvarez. Al día siguiente fue interrogada por el juez a cargo de la causa, Carlos Luciani. Odera, sin embargo, no dijo nada.

Sus abogados defensores buscaron de inmediato demostrar la inimputabilidad de la ex monja. No era complicado: no parece muy normal matar a alguien de 161 puñaladas, cuando, como decían los mismos policías que la arrestaron, "en realidad no



son necesarias más de dos o tres bien dadas, entonces, ¿para qué tanto esfuerzo?".

Cuando se decidió a hablar con los psicólogos y psiquiatras que la examinaron, Odera desplegó un discurso deshilvanado e incoherente. Nunca confesó haber matado a su amiga y, de hecho, no hubo una sola prueba en su contra, más allá de la deducción lógica. Sí parecía apenada por el final trágico de la mujer, y a su vez indignada con ella por sus actitudes previas a la muerte. "Me difamaba", repetía. Los peritos forenses coincidieron en que la mujer había actuado con inconsciencia temporal y detectaron "personalidad epileptoide" y "alteraciones en la conducta originadas por una patología de base orgánica cerebral".

Fue declarada inimputable e internada en el hospital Moyano, donde recibía la visita constante de sus familiares. Un año después quedó en libertad: ya no se la consideraba peligrosa. Cuando insinuó que quería retomar su vida de monja, le explicaron, lo más diplomáticamente que pudieron, que desde Roma había llegado el mandato de expulsarla de la orden.

Sus hermanos la llevaron a vivir con ellos, en una casa de campo familiar, en la provincia de Buenos Aires. Todas las mañanas y todas las noches, Odera reza en voz alta por la paz del mundo, por la salud de sus familiares, y por el alma de su amiga muerta.



## Ana María Soba, heredera impaciente

Sus amigas siempre lo supieron: Ana María Soba tenía una especial predilección por las viejas abandonadas. En su peluquería de barrio, las viejas le contaban sus dramas privados, su soledad, el abandono mil veces repetido, inevitable.

A pesar del aparente altruismo de Soba, las vecinas que iban a su local a ponerse rulos y tinturas, a lavarse el pelo y modelarlo, invariablemente volvían a sus casas con la sensación de que esa española autoritaria, quejosa y molesta, guardaba alguna carta bajo la manga. A ninguna le parecía normal que Ana María se encariñase siempre con mujeres decrepitas, sin familia, sin amigos, y que además se hiciera cargo de ellas. Mil veces la peluquería estaba cerrada porque Soba se pasaba horas haciendo trámites ajenos para facilitarle la vida a alguna desconocida. Sin embargo, a la mayoría las ignoraba. No tenía la menor intención de intimar con sus clientas jóvenes, con madres de familia, con esposas mejor o peor casadas. Buscaba otra cosa.

"Lo que Anita quería era quedarse con la plata de las pobres viejas que confiaban en ella", contó una vecina que, además, fue a hablar por su propia voluntad con un comisario. "La conozco como que la hubiera parido. Lo único que le interesa es tener dinero, y para eso se hace amigas de las viejas, para que le dejen todo a ella, para que la pongan en la herencia. Ya lo hizo por lo menos dos veces y ligó unos terrenos cerca de la costa que ahora los tiene el hijo. Es así, yo lo sé. Es como que la hubiera parido".

Ana María Soba nació el 15 de abril de 1941 en Torrecillas, provincia de La Rioja, España. A los quince años se mudó a la Argentina con toda su familia. Y cuando llegó a Buenos Aires no tuvo dudas de que la esperaba un futuro insuperable. Se imaginaba a sí misma en una casona gigante, con un living lleno de espejos y arañas de cristal colgando de techos altísimos. Tendría muchos hijos que serían criados por niñeras alemanas, y nunca pero nunca haría nada en su casa, que para eso estaban las mucamas.

El plan era perfecto, excepto que a Ana María nunca se le ocurrió la manera de llevarlo a cabo. En sus fantasías, el dinero necesario para su proyecto era producto del destino, caía del cielo sin que ella necesitase mover un dedo. Cuando cumplió veinte años empezó a advertir que su vida sería mucho más parecida a la de su madre que a las de las mujeres que salían en las revistas. Por supuesto, lo primero que hizo fue odiar a su madre. La observaba día y noche con un resentimiento visceral, miserable. No había una sola cosa que hiciera que a ella no le provocara rencor. La veía lavar platos, cocinar milanesas, sopas y pucheros, lavar pisos y baños y baldear la vereda para, al fin del día, tumbarse en el comedor a escuchar la radio y cebarle mate a su padre, un empleado público acobardado por la intensidad banal de la vida cotidiana.

Y poco después, tal como ella misma sospechara a los veinte años, Ana María hizo su debut en el mundo de las amas de casa. Como su madre, se casó con un empleado público, y de un plumazo se tuvo que olvidar de las arañas de cristal, los espejos y las niñeras alemanas. Había pensado en no casarse con él y esperar para ver si aparecía un hombre que al menos pudiera acercarla a su ideal de vida. Pero estaba demasiado apurada para conseguir marido: en su cabeza no dejaba de resonar la voz

monótona de su madre repitiéndole que si no se casaba pronto iba a terminar "vistiendo santos", tras lo cual seguía una larguísima enumeración de mujeres que, por esperar al hombre ideal, quedaron solas, lo cual, para su madre, era lo mismo que decir que quedaron desahuciadas.

Ninguna historia memorable surgió de esa unión desapasionada. Tuvieron dos hijos que a su vez se casaron compulsivamente, ahorraron un poco de dinero cuando pudieron, hicieron reuniones familiares los domingos y las Navidades, tuvieron algún veraneo en Mar del Plata, compraron en cuotas artefactos electrodomésticos, discutieron por asuntos intrascendentes, enterraron familiares, plantaron malvones y criaron un par de perros feos.

Ana María se quejaba con amargura de su trabajo de peluquera ("¡Tengo que tocar cada cabeza asquerosa!") y su marido repetía el lamento inmemorial del empleado público maltratado por sus jefes.

Para Inés Quintans la vida, al igual que su muerte, no fue nada fácil. Como Ana María Soba y como otros millones de mortales, Inés imaginó un futuro idílico. Pero nada de lo que le pidió al destino, ni una sola cosa, se le hizo realidad. La diferencia abismal entre sus expectativas y los hechos le moldeó un carácter agrio y depresivo. Nunca se casó ni se le conoció ningún hombre, aunque sus vecinas sospecharon siempre que vivía un romance a escondidas con un hombre casado que no estaba enamorado de su esposa ni de su amante sino de otra mujer que lo ignoraba.

Inés vivió con sus padres hasta que los dos murieron con muy pocos años de diferencia, y cuando al final se quedó sola no pasaba un solo día sin visitar a su hermana Rosa. Tras la muerte del marido de Rosa, las hermanas vivieron juntas durante un tiempo, pero una tarde, al volver del mercado, Inés entró a su casa y descubrió el cuerpo de su hermana tirado en la cocina. Llamó a una ambulancia, pero era tarde: Rosa había muerto de un derrame cerebral.

Ana María Soba conocía a las Quintans desde que tenía 25 años, porque eran del mismo barrio. Pero, según contó en la declaración ante el juez, el vínculo más fuerte se formó entre ella e Inés, después de la muerte de Rosa. "Inés me pidió que le hiciera todos los papeles que hacían falta para el entierro de su hermana y esas cosas. Yo hice todos los trámites. Ella me tomaba como una madre", evaluó Ana María, a pesar de que Inés le llevaba veintinueve años.

A las tres de la madrugada del 8 de enero de 1998, un día después del crimen de Inés Quintans, el subcomisario Roberto Carlos Kidd recibió una llamada anónima en su oficina de la seccional 12. Una mujer, que se identificó como vecina del barrio, dijo estar enterada de la detención de Ana María Soba. "Estoy segura de que ella mató a la vieja. Tiene una peluquería y atiende a viejitas a las que les cobra poco y nada, se hace amiga de ellas y al final consigue que hagan un testamento a su favor. Ya hizo lo mismo cuatro veces, y con esa plata hasta le compró la casa al marido de la hija, un tal Demarco".

De hecho, a Ana María el tema de las herencias le resultaba fascinante. En sus días de intimidad con la asesinada Inés, Ana María había realizado una ardua tarea de seducción indirecta. Al darse cuenta de la soledad de Inés, se había ubicado en un papel protagónico: la llevaba al médico, le recordaba que tenía que tomar los remedios, le

hacía los trámites bancarios, le llevaba ollas con comida sana y la llamaba por teléfono varias veces por día. Tomando mates con facturas, le contó a su amiga desvalida que tenía una hermana que había perdido su casa y su poco dinero en la época de la hiperinflación del gobierno de Raúl Alfonsín. Y que, como buena persona que era, le iba a dejar todo el dinero de la venta de la casa de los padres. Es decir, le cedería su mitad porque quería sentirse útil con la gente necesitada.

Ana María ya estaba al tanto, por supuesto, de que la casa donde vivía Inés, en Cachimayo 1195, de Capital Federal, estaba a nombre de las hermanas Quintans, de que, al haber muerto Rosa, Inés soltera y sin hijos no tenía herederos directos.

La conversación acerca de la hermana pobre de Ana María prendió en el pobre cerebro de Inés, una luz iluminó su conciencia: ella también podría hacer algo por alguien, ella también podría ser buena. En el acto dijo que quería dejarle la casa a ella, a Ana María, su amiga de siempre, la que se hacía cargo de todo en su vida.

Juntas fueron a ver al escribano Juan Manuel Miró para hacer el testamento. Las tasas judiciales fueron pagadas por Soba, quien además, como gesto de buena voluntad, decidió aportarle a su benefactora cien pesos por mes como ayuda para completar una exigua jubilación. A su vez Soba quiso pagar los honorarios del escribano (unos mil doscientos pesos), pero Inés se negó y dijo que eso lo pagaría con una parte de sus ahorros.

Esos mil doscientos pesos fueron el inicio de los conflictos entre las dos. Menos de una semana después, Inés comenzó con sus reproches: según ella, Ana Mana tenía que haberse hecho cargo de ese dinero, tenía que haber insistido con toda firmeza para pagarle al escribano puesto que al final la propiedad de la calle Cachimayo sería para ella. Ana María dejó entrever, por primera vez su opinión acerca de su amiga, a la que calificó de loca y de insostenible. "No te aguanto yo, ni nadie te va a aguantar nunca", le gritó.

Después de esa primera discusión, Ana María aflojó la vigilancia amistosa con que había rodeado a Inés: poco a poco fue llamándola menos por teléfono, la visitaba muy de vez en cuando y cambió en forma radical su discurso afectuoso. Ya no decía admirarla, ni extrañarla, ni sentirse feliz en su presencia. Por el contrario sacó a relucir cada defecto de Inés, cada detalle de miserabilidad, cada síntoma de egoísmo.

Inés reaccionó como ante un espejo: si antes mostraba lo mejor de sí frente a esa amiga que se desvivía por ella, después, ante la mujer que la despreciaba, empezó a presentar su costado más oscuro. La relación se enturbió más y más hasta hacerse hostil, insostenible.

El día anterior a su muerte, Inés Quintans llamó por teléfono a la escribanía del doctor Miró. Como Miró estaba ocupado, le dejó un mensaje a su secretaria, Paola Vanesa Giuliano. Le explicó que quería dejar sin efecto su testamento ya que desde el día en que le dejó la casa como herencia, su amiga Ana María Soba había dejado de llamarla, demostrando así que toda su amistad previa había sido obra del puro interés.

Pero ese no fue su único llamado. Una vez que cortó la comunicación, no pudo esperar un solo minuto para contarle a la propia Ana María la consecuencia directa de su desatención. Cuando Soba atendió, Inés le comunicó que la dejaría fuera de su herencia. Después de un teatral intercambio de insultos, quedaron en hablar el tema

personalmente.

El 7 de enero por la mañana, Ana María Soba fue a la casa de Inés Quintans. Había decidido cambiar de estrategia y volver a ser la amiga imprescindible de siempre, la que había sido hasta la redacción del testamento.

Al llegar encontró a Inés en la cama, en camisón, deprimida y llorosa. Con un hilo de voz pidió que le encendiera el televisor en el canal dos. Y mientras miraba fijo la pantalla le dijo que era una mujer interesada, deshonesto, prácticamente una ladrona, que en cuanto tuvo asegurada la casa como herencia dejó de tratarla como una amiga, y que eso era imperdonable. En contra de lo que había planeado, Ana María se dejó llevar por el odio y retrucó las acusaciones de Inés. Le dijo que en realidad había dejado de verla porque era una persona insoportable, y que la prueba de eso era que ninguna amiga le duraba, salvo una tal Patricia, que apenas aparecía, y una tal Nélide, que además la volvía más loca de lo que ya era.

En este punto, según lo declarado por Soba, Inés sacó un revólver con la intención aparente de suicidarse. Se inició un forcejeo y Soba logró apoderarse del arma, no sin antes recibir varios arañazos y tirones de pelo. "Después la vi muy mal, como que le faltaba el aire, y le puse un poco de alcohol en la nariz. Es decir, puse alcohol en un pañuelito y le froté la nariz para que estuviera mejor. Después escondí el revólver en un cantero del jardín y me fui a pagarle una cuenta a Inés, que al final no la pagué porque me olvidé el recibo en su casa. Y me fui, entonces, mientras ella todavía me insultaba. Me quedé como una hora dando vueltas por el Caballito Shopping para comprarle unos regalos de Reyes que les estaba debiendo a mis nietos. Y después volví a buscar el papel para pagar el impuesto ese, pero Inés no estaba. Mientras estaba tocando timbre apareció la otra amiga, Nélide, y nos quedamos charlando afuera. Después la amiga se despidió de mí y yo fui a buscar a Inés al parque Chacabuco, pero tampoco estaba. Cuando volví golpeé la puerta y escuché la voz de Inés, desde adentro, que decía que le estaban dando una paliza o algo parecido".

A las seis de la tarde del mismo 7 de enero, el inspector Alejandro Mario Prieto, de la seccional 12, fue notificado por radio de un incidente en una casa de Cachimayo 1195. Fue al lugar acompañado por un cabo de apellido Juárez y un agente de apellido Flores. Al llegar vieron la puerta abierta, entraron, pasaron por el pasillo y vieron que en unos escalones que comunicaban la cocina con el comedor había una mujer que tenía en las manos una botella de alcohol y un trapo con el que le limpiaba la cara a otra mujer que estaba tirada en el piso, con la cabeza aplastada y ensangrentada. La ambulancia del SAME llegó enseguida y el médico Martín Galmarini constató que la mujer que estaba tirada ya había muerto. Mientras tanto, la otra, Ana María Soba, lloraba a mares, llamaba por su nombre a su amiga Inés, y luchaba para que la dejaran seguir limpiándole la cara con el trapo con alcohol.

En toda la cocina había sangre, y también en las ropas de Soba. Una vecina que estaba en la puerta de la casa, Elda María Beatini, le preguntó a Soba qué había pasado. Soba, que entraba y salía, lloraba y se retorció las manos, le dijo que estaba tratando de reanimar a su amiga porque no podía creer que estuviera muerta.

"Después de escuchar a Inés que me decía, desde dentro de la casa, que le estaban pegando, probé de abrir la puerta y estaba abierta. Entré –continúa Soba en su

declaración—. Mi amiga estaba tirada en el piso de la cochera y tenía como un hilo atado al cuello. Eso hacía que le costara hablar, estaba ronca, y yo me arrodillé y con una tijera corté ese hilo. En ese momento alguien me agarró del pelo. Alguien que vino por detrás. Y me vendaron los ojos con una tela negra. Yo insulté al que me agarró, y lo arañé, pero me dejaron a un costado. Yo tenía mucho miedo y me quedé quieta, y escuché unos golpes, como si estuvieran abriendo un zapallo, y después escuché un chorro de agua que me llamó la atención. Yo tenía tanto miedo que me sentía como en otro mundo, no tenía fuerzas para caminar ni para levantarme. Un tipo me apretó el hombro tan fuerte que me dejó un moretón y me dijo 'doblá la cabeza, lesbiana puta'. Al rato abrió la puerta una persona, una mujer, que llamaba a Inés. Le dije que pasara, por la voz era Nélica, y además la pude ver porque me saqué la venda y también vi a la pobre Inés. Pensé que Nélica se iba a impresionar, entonces le dije que no mirara, que llamara a la policía. Mientras tanto volví a mirar a Inés y estaba en tal estado que pensé que a lo mejor no era ella, por eso le quise limpiar la cara. Yo estaba como loca, la quería desinfectar. Y me agarró un ataque de locura y salí a la calle a pedir que llamen a la policía, porque no llegaban nunca".

La declaración de Ana María Soba no convenció a nadie. Fue procesada por homicidio simple. En prisión, las mujeres que la custodiaban hacían esfuerzos permanentes para no acercársele: "Esta Soba, la mina que le reventó la cabeza con una piedra a una vieja, es lo más jodido que tenemos acá. Por primera vez una presa me da miedo, y eso que como policía vi muchas más cosas de las que ve cualquiera. No puedo mirarla a los ojos, no puedo. Pero todas nosotras, que trabajamos acá hace años, sabemos que esa mina es loca, tiene que ser loca, seguro. Seguro".

Ante los psicólogos forenses, Soba es hermética. Se queda sentada frente a ellos, mirando al piso, sin abrir la boca. Si insisten, ella espera un poco. Y al final levanta la vista, muy despacio, desde el suelo hacia la cara de sus interlocutores. Sonríe apenas, sin abrir la boca, y se despide en toda amabilidad. "Hasta luego". Nada más que eso.





## Stella O., huérfana emocional

Lo que más le gustaba a Stella O. era sentarse en las rodillas de su padre y escucharlo hablar en inglés, en francés, en alemán y en italiano. Ese era el orden que habían establecido los dos desde hacía unos años, desde que ella había empezado el jardín de infantes.

Pero las cosas cambiaron rápido. Lo primero que pasó fue que los desalojaron de la casa con jardín que tenían en el centro de La Plata: él, el hombre que hablaba cinco idiomas y era un contador brillante, había perdido casi todos sus trabajos. No es que se equivocara, o los hiciera mal, o robara. Simplemente, se había convertido en un alcohólico grave. Pasó de tomar un par de whiskies antes de dormir a necesitar más de un litro y medio de ginebra por día. Se desmayaba, se olvidaba de las cosas, adelgazó diez kilos en medio año. Empezó a pegarle a su mujer y a quedarse acostado durante todo el día, con la radio prendida. A sus dos hijos varones y a Stella los seguía tratando, en los pocos momentos de lucidez, con la misma paciencia paternal de siempre. Pero ya no podía pagarles el colegio, ni prepararles el desayuno, ni hablarles en otro idioma. Ya no tenían jardín para jugar a las escondidas ni médico que los atendiera. Al final, ni siquiera tenían para comer. Estaban viviendo en una casa húmeda y miserable, cerca de la estación de trenes. Una casa oscura que olía siempre al vómito del contador, y a sus cigarrillos negros.

Su esposa tuvo que salir a trabajar. Lo único que pudo conseguir fue lavar ropa, para poder mantener a los hijos y al marido. No sabía hacer otra cosa: la habían educado para depender de un buen hombre que se hiciera cargo de ella de una vez y para siempre. Pero la falta de costumbre para trabajar, el esfuerzo, y cierta debilidad propia de su físico esmirriado, se conjugaron en su contra. Se enfermó de tuberculosis y murió antes de que Stella cumpliera nueve años. El padre redobló sus dosis de alcohol: se sentía culpable por esa muerte y por la pobreza en la que vivían sus chicos, que enseguida tuvieron que salir a la calle a vender estampitas y a mendigar.

No faltó mucho para que el padre también muriera, con el hígado destruido, en medio de un delirio feroz que ninguno de sus hijos iba a olvidar nunca.

Stella O., por decisión de un juez, fue a vivir a un orfanato.

En el internado, no tardó en adaptarse. Fue una estrategia para sobrevivir. Odiaba recordar las épocas de esplendor económico, y de familia ejemplar. Y trataba de suprimir de su memoria los episodios de decadencia. Tampoco quería pensar en sus hermanos. Estaba concentrada en caerle bien a las "celadoras" y a dos o tres chicas mayores que ella, que la despreciaban. Stella estaba empeñada en lograr que especialmente esas chicas la quisieran.

Dormía poco, lavaba su ropa con obstinación neurótica y le daba vergüenza, una vergüenza fatal, hacer deportes: siempre se sentía en ridículo, fuera de lugar, incompetente.

Al cumplir 18 años pudo salir: en el internado le habían conseguido un trabajo como obrera en una fábrica. La información había sido escueta: "Sin dificultad conductual".

En la fábrica conoció a José R., un capataz que sería su marido. La historia de José era simétrica y opuesta a la suya: el hombre venía de una familia de clase baja que con esfuerzo había logrado superarse. Movilizado por el impulso de sus padres, él siguió abriéndose camino hasta que, poco después de casarse con Stella, consiguió abrir su propia empresa. "Es una empresa chiquita, pero es nuestra", solía decirle a su mujer.

Seguían viviendo en La Plata, tuvieron dos hijos y vivieron en paz hasta 1972. La mayor ya había cumplido casi 30 años, estaba casada y tenía tres hijos. El menor, estaba por cumplir 17. En esa época, Stella empezó a cambiar en forma radical su personalidad y su conducta. Un día, así, sin más, decidió hacer lo que se le daba la gana. Salía durante horas de su casa y enmudecía cuando tenía que explicarle al marido su itinerario. Ni siquiera intentaba inventar una versión creíble de sus ausencias. Cuando él insistía demasiado, ella lo miraba fijo y murmuraba: "Basta, José, basta".

Las tardes afuera de la casa pasaron a ser días enteros, hasta que desapareció toda una semana. José la buscó con desesperación, pero sus amigos fueron más prácticos: le hicieron recordar que ella pasaba mucho tiempo en lugares desconocidos, y que enfurecía a la hora de dar explicaciones. A esa altura, las ausencias de Stella eran *vox populi* en todo el barrio. Pero el barrio tenía la explicación que el marido no encontraba: estaban convencidos de que Stella tenía un *affaire* con un peluquero gay de una villa que se había formado en las afueras de la ciudad.

Stella volvió una tarde como si nada hubiera pasado, con una bolsa de plástico llena hasta el tope de pan recién comprado. La semana en blanco ni siquiera se mencionó. Se sentó en la cocina con cara de aburrída, prendió el fuego, hirvió el agua, hizo unos mates. Los tomó con ansiedad, mientras tragaba un pan tras otro, casi sin masticar. Su hijo y su marido la miraban, sin animarse a decir una sola palabra: el cura de confianza de la familia les había dicho que la conducta de la mujer no era normal, y que había tratarla casi como a una enferma mental. Ella les convidó mate, estiró la mano hasta un revistero que tenían al lado de la heladera, sacó una revista y se puso a hojearla. En ese momento, el marido no pudo más y estalló: "¿No nos vas a decir dónde carajo estuviste?". Stella lo estudió con incertidumbre. No contestó. Después les dijo a los dos que se iría a dormir temprano porque estaba cansada. Y a la mañana siguiente preparó el desayuno, limpió la casa, cocinó para el almuerzo. Con toda normalidad.

A pesar de que, en apariencia, las cosas se habían estabilizado, la semana de ausencia marcó un hito en la relación. Por unos cuantos días ella se quedó en la casa, casi sin salir, mientras que el marido veía el espejismo del hogar recuperado. Lo que en realidad pasaba era que Stella estaba haciendo planes. Uno era juntar dinero. El otro, liberarse de su familia y armar una nueva vida.

A comienzos de 1973 compró veneno para ratas y empezó a suministrárselo a su marido. Lo ponía en cantidades ínfimas en el remedio que él habitualmente usaba para su diabetes crónica. No tenía ni idea de los efectos ciertos de esas dosis tan escuetas, hasta que una noche su marido se despertó desesperado, con terribles dolores de estómago y una parálisis de medio cuerpo. Stella llamó al médico y, antes de seguir con el veneno, decidió esperar unos días, hasta ver si alguien se daba cuenta de lo que estaba pasando. En el interín, volvió a desaparecer, esta vez por casi dos semanas, llevándose buena parte del dinero que tenían ahorrado, joyas y un televisor que había en un cuarto

de servicio, en ese entonces en desuso.

Cuando volvió, su marido estaba casi recuperado. El escándalo que montó fue aterrador. La acusó de ladrona, de puta y de mala mujer, por haberlo dejado solo cuando estaba prácticamente paralítico. Ella reaccionó con lo primero que se le ocurrió: simuló un ataque de histeria, con gritos y arañazos. La internaron, pero ese mismo día se escapó con la misma espectacularidad con la que había ingresado. Los gritos fueron reemplazados por una carrera alocada, se cayó por una escalera y se abrió una rodilla. Al fin, volvió a su casa, aparentemente arrepentida. Los médicos le dijeron al marido que sus trastornos se debían a la menopausia, y que había que tenerle paciencia.

De nuevo en su casa, Stella retomó su faena de envenenadora. Subió la dosis y logró que en menos de una semana su esposo estuviera postrado, con dolores ingobernables y espantosas dificultades motrices. Ella seguía llamando al médico de la familia, que no atinaba a nada: José siempre había sido enfermo, diabético y con problemas circulatorios, pero los nuevos síntomas no estaban relacionados con su patología. Lo internaron varias veces, sin resultado alguno. De pronto todo parecía mejorar, y de pronto todo recrudecía. El pelo se le caía a mechones y le volvía a crecer. Los dolores iban y venían. Todo su cuerpo reaccionaba de acuerdo con las dosis de veneno recibidas, pero este dato sólo lo tenía Stella.

Los detalles de la relación entre Stella y el peluquero gay eran conocidos por toda la villa donde vivía él, y por el cura de la familia, que era la única persona en el mundo en quien ella confiaba. El peluquero era más bien gordito, con el pelo ralo y teñido de un rubio cobrizo, petiso y peleador. Caminaba con los hombros hacia atrás, contoneándose, imitando lo que él debía imaginar como movimientos femeninos. Cuando tomaba cerveza se volvía intratable y acosaba a los hombres. Tenía una relación más o menos estable con un vendedor ambulante de alfombras que vivía a pocas cuadras de la villa y era casado.

A Stella la había conocido en la casa de una amiga, donde él iba dos veces por mes a teñirle el pelo y hacerle las manos. Stella se divertía con los modales del peluquero y se volvió dependiente de él: buscaba su aprobación para todo, le contaba su vida, le pedía consejos. Al principio fueron sólo amigos. Él advirtió enseguida las terribles necesidades emocionales de Stella y decidió sacar partido. Empezó pidiéndole un poco de dinero para ropa o zapatos. Ella se lo daba, pero se sentía usada, y de algún modo indirecto se lo hacía notar. El peluquero tomó nota e hizo cálculos. Se dio cuenta de que si mostraba algún interés por ella, aunque fuera de tipo sexual, ella dejaría de reclamar e, incluso, se sentiría en deuda con él. A una de sus clientas preferidas se lo confesó: "La Stella no me quiere dar nada porque le parece que yo me aprovecho de ella. Lo que yo tengo que hacer es darle bola, que ella se sienta como mi novia. Está tan loca que no le va a importar que a mí no me gusten las mujeres".

El noviazgo entre Stella y el peluquero consistía en pasar las tardes juntos tomando mate, ir alguna noche a recorrer bares o a comer y mirar televisión. Los sábados por la mañana iban de compras. Mejor dicho, ella compraba todo lo que él le pedía. El "novio" se probaba ropa, siempre dentro de un estilo provocador y grosero, y le pedía opinión. Stella siempre estaba de acuerdo, y renunciaba a sus propios impulsos de comprar para sí misma: el dinero no le alcanzaba más que para cubrir los pedidos de él.

El tema sexual era motivo de pelea. Ella advertía que su pareja miraba a otros hombres, aunque suponía que la relación que estaban armando juntos haría que él renunciara a sus preferencias básicas. Pero cuando iban juntos a la cama y él se daba la vuelta para dormir, ella lo perseguía con sus acusaciones. "Yo no te gusto, ni siquiera me besás, es como si yo te diera asco". Él soportaba todo lo que podía, hasta que la situación se hacía demasiado tensa. Entonces accedía a los ruegos de la mujer, con un asco que apenas lograba disimular. Ella se aferraba a esos encuentros torpes y desamorados: creía distinguir en ellos la pasión de los conversos.

Pero lo peor era volver a su casa y ocupar la cama matrimonial con José, su esposo, siempre intoxicado por el veneno que ella le iba suministrando en cuentagotas.

En setiembre de ese mismo año, Stella y José fueron a la casa de la hija. El nieto cumplía cinco años, y se lo festejaban con una fiesta con los compañeros del jardín de infantes. José no se sentía bien, pero decidió no fallarle a su nieto. Se sentó en un sillón apartado y se quedó viendo cómo los chicos jugaban siguiendo las órdenes de un hombre disfrazado de payaso. Le costaba contener sus náuseas, pero no quería arruinar la fiesta. Cuando vio que todos se levantaban para ir a la mesa principal, a soplar las velitas, se incorporó como pudo y se arrimó él también, con paso vacilante. Se paró en un rincón y apoyó las manos en la mesa. Su mujer, desde una cierta distancia, vio venir el drama. No hubiera querido que las cosas salieran así y maldijo a su marido por hacerle pasar ese momento a los chicos, que, hasta ese momento, no se habían dado cuenta de nada. Pero, en el preciso momento en que se apagaron las luces para soplar las velas, se escuchó un ruido fenomenal: José se desplomaba sobre el mantel, rompía vasos y platos, y quedaba ahí, desmayado y lívido, ausente, mientras unos veinte chicos de cinco años lloraban a gritos.

José fue internado en el acto, pero jamás se repuso de esa descompostura final. Murió en diciembre. Pero antes, mientras estaba en coma, en terapia intensiva, el marido de la hija se citó con uno de los médicos del hospital y le contó sus sospechas: el matrimonio de sus suegros era un desastre, ella engañaba a su esposo con un peluquero gay que vivía en una villa, y le robaba dinero y cosas del hogar. Cabía la posibilidad –la enorme posibilidad– de que ella lo estuviera envenenando: nunca él había estado tan enfermo como en los últimos tiempos. Y los vaivenes de su enfermedad coincidían con los vaivenes anímicos de su esposa.

El médico aceptó investigar el caso sin levantar las sospechas de la mujer. Estudió la historia clínica y dedujo que, en efecto, había algo extraño. Le hizo análisis a José y encontró talio, un poderoso veneno usado para matar ratas, que en el hombre actúa sobre el sistema nervioso central. Ya era tarde para salvarlo. José moriría pocos días después.

Cuando a Stella la detuvieron, contraatacó: dijo que el que había envenenado a su esposo era su propio yerno. Pero las evidencias jugaron en su contra. La condenaron a cadena perpetua. Tenía, en ese momento, cincuenta y dos años.

Durante el juicio se plantearon las hipótesis del conflicto familiar y del supuesto

amante. El cura al que siempre visitaba Stella guardó silencio, aunque admitió saber mucho más de lo que iba a decir. Lo que sí hizo fue pedirle a los abogados que no citaran a declarar al hijo menor, de diecisiete años, ni lo llevaran a visitar a su madre. Insistió especialmente sobre ese punto: temía que la madre le diera al hijo detalles de la relación matrimonial que podrían dañarlo.

Durante diez años, Stella fue la única mujer en la cárcel de Olmos que no recibió jamás visita alguna.



## Marta Bogado, madre

El día de su casamiento, Marta Bogado no podía dejar de llorar.

No era la emoción propia de los festejos sino el recuerdo siniestro que la venía torturando desde hacía once años: entonces, ella tenía diez y su madre había intentado estrangularla.

La imagen le volvía a la cabeza con todo detalle: se veía a sí misma con un jumper a cuadros y un suéter azul un poco estirado, mocasines marrones y una trenza prolija, castaña, que le llegaba a la mitad de la espalda. En ese momento aparecía su madre, llorando a gritos, y se le tiraba encima y la agarraba del cuello y murmuraba "te vas, te vas, te vas, te vas", mientras seguía apretando. Al final, justo antes de que fuera demasiado tarde, la soltaba. Desde abajo, ella veía el cuerpo de su madre, inmenso, brutal, con un camisón rosado de una tela suave, como para bebés. Siempre, durante el resto de su vida, ella recordaría a su madre vestida con ese camisón rosado.

Pero su madre no estaba en el casamiento. Pocos meses después de haber tratado de estrangularla, se suicidó colgándose de un placard. La encontró su marido, con un cinturón anudado al cuello y un revoltijo de ropas que la rodeaban.

Marta escuchó que la llamaban. Había que cortar la torta, y sacarse fotos con los invitados, y bailar y cumplir paso a paso con las ceremonias de aquel casamiento que no prometía nada bueno. Ella lo presentía. Se sentía triste, fea y merecedora de aquel apretón de cuello que estuvo a punto de matarla. Pablo, en cambio, era perfecto: alto, fuerte, mandíbula cuadrada, pelo a la gomina, presidente del Centro de Estudiantes de la Facultad de Derecho, en la Universidad de Mendoza. Ella estaba segura de que algún día él se iría con otra. No iba a poder evitarlo.

Lo miró, le acomodó la corbata y lo abrazó para la foto. "Estás lindísima", le dijo él. Era cierto: el vestido, comprado en Buenos Aires, le quedaba perfecto. Y el pelo, recogido en una trenza, destacaba la armonía de su cara. "Pablo, no me dejes nunca, por favor", le dijo al oído mientras iban de la mano al centro del salón para bailar el vals.

Más tarde, cuando tomaban champagne y comían una insípida torta nupcial, ella tuvo otro flash de su pasado. Hacía tiempo que no recordaba esa parte de su vida, y odiaba tener que volver a esa agonía justo el día de su boda. Pero cada vez que miraba hacia el rincón donde estaba la abuela de Pablo, le aparecía el fantasma de la suya, la madre de su madre. Odiaba a su abuela con una intensidad que le dolía físicamente. La odiaba desde que tuvo que ir a vivir con ella, porque su padre se había declarado incapaz de criar solo a su hija única. "Te dejo acá. Vas a estar mejor que conmigo", le comunicó un domingo de invierno. Y junto a toda su ropa incluyó la de la esposa muerta. "Te llevas también la ropa de mamá, porque yo no puedo verla, y a vos te va a venir bien".

La abuela opinó lo mismo. Nunca, en los nueve años en que vivieron juntas, le compró nada. "Para qué te voy a comprar si todo lo de tu mamá está como nuevo. La ropa es para no pasar frío y para cubrirse, nena, acostumbrate", le repetía. Ella le daba mil explicaciones, intentaba convencerla con todo tipo de argumentos, pero nada. La abuela no cedía. "Abuela, todas las chicas usan otras cosas". "Abuela, hay una liquidación que está buenísima y me puedo comprar algo". "Abuela, hasta yo podría aprender a coser y hacerme algo de ropa, y a vos también". Decía todo, menos que le producía una sensación espantosa meterse dentro de la misma ropa donde había estado – todavía viva– su madre.

Marta fue al baño a retocarse el maquillaje. Y volvió a verse a sí misma, con el pelo más corto, una pollera recta, gris, y una camisa azul, en el cumpleaños de una amiga. Las otras chicas llevaban pantalones, o polleras más cortas y de colores. Ella estaba disfrazada de señora, con catorce años. Se dio cuenta de que se reían de ella.

En el baño, Marta volvió a la realidad de su boda. Tenía la cara ardida: cada vez que recordaba aquella escena, una vergüenza retrospectiva la hacía ponerse colorada.

Se miró al espejo y se habló: "Basta, nena. Tu mamá se murió, y tu abuela también. Y tu papá está viviendo en Italia y no pudo venir. Tranquila. Está todo bien, está todo bien, está todo bien. Está-todo-bien. Por favor, tranquila, te estás casando, como vos querías. Tranquila, tranquila. Está todo bien".

Durante los dos primeros años, el matrimonio fue medianamente feliz. Marta seguía yendo a la facultad: como su marido, estudiaba Derecho.

En realidad, Pablo ya se había recibido, había puesto un estudio con un amigo y ganaba un poco más que lo suficiente.

El matrimonio seguía una rutina: iban a comer y al cine –en ese orden– los viernes y los sábados. Los domingos recibían amigos en la casa. Y los miércoles veían a los padres de Pablo.

Él estaba más concentrado en su carrera como abogado que en su pareja. Y ella seguía teniendo el presentimiento del abandono. De todas formas, estaban bien. Pero las cosas cambiaron cuando Marta quedó embarazada: un terror indefinido empezó a torturarla. Su marido le explicaba que a todas las mujeres les pasa lo mismo cuando van a tener un bebé. Igual, ella sentía que lo suyo era desproporcionado: no podía ser que tuviera pesadillas constantes, y que viera aparecer, como flotando en el aire, a su madre muerta, vestida con su camión rosa.

Cuando el chico nació, empezaron las primeras peleas. Marta no dejaba que nadie se acercara al hijo, ni siquiera su marido. Una sola vez le permitió bañarlo pero le pareció que él lo hacía mal, que iba a lastimar al bebé. Se pasaba todo el día cuidándolo, mirándolo, vigilándolo.

El socio de Pablo le sugirió que llevara a su mujer a un psicólogo, pero él se negó. Se había acostumbrado al nuevo rol de su mujer, y no le importaba demasiado. Cuando el hijo cumplió dos años, Marta quedó embarazada otra vez. Volvieron las pesadillas y los fantasmas. Nació otro varón. Ella se puso histérica. Se sentía incapaz de criar sola a sus dos bebés, pero al mismo tiempo nadie era lo suficientemente diestro como para ayudarla. Se mudó al cuarto que compartían los chicos, y se levantaba cada hora para ver si respiraban. Ese tema la obsesionaba: todo el tiempo necesitaba eso, estar segura de que seguían respirando.

Cuando el segundo hijo cumplió cinco meses, Pablo hizo realidad el presentimiento de su esposa: la abandonó. Dejó todo y se fue a vivir a Buenos Aires, donde instaló un nuevo estudio con otro amigo.

Los primeros días, Marta no salía del cuarto de sus hijos, salvo para cocinar. Estaba en estado de shock. Había dejado de llevarlos a la plaza y se negaba a recibir a las pocas amigas que se ofrecían para ayudarla. Sintió, por primera vez, que se quería



morir. Lo sintió con una nitidez alarmante. Pero sus hijos la necesitaban. Ella se confundía. Quería estar con los chicos, pero más quería estar con Pablo. El abandono la quebró. Nunca, como en ese momento, había tenido tanta urgencia de estar con su esposo. Empezó a llamarlo por teléfono. Él no hizo ningún esfuerzo por ocultarle la verdad: estaba harto de ella. De los hijos, ni siquiera habló.

Desesperada, cambió de estrategia: se inscribió en un curso de control mental con el único objetivo de aprender a darle fuerza a sus pensamientos: se pasaba las horas repitiendo el nombre del marido y concentrándose para que él también tuviera ganas de llamarla. Como no lo conseguía, pidió una entrevista con sus profesores, que le recomendaron un psiquiatra. Hastiada de que todo le saliera mal, se dedicó por un tiempo a hamacarse en un sillón con sus dos hijos, uno en cada brazo, escuchando canciones de cuna.

Marta soportó la nueva situación durante tres meses. Su obsesión por los chicos aumentó. Su sueño se hizo tan ligero que creyó enloquecer de cansancio. Pero no podía dejar de controlar la respiración de los dos. Pasaba casi toda la noche acercándose a ellos y poniéndoles la mano cerca de la nariz y la boca, para ver si estaban vivos. Tenía una foto de Pablo a la que le rezaba, como si su marido se hubiese convertido en una especie de santo. "Protégenos, Pablo, protégenos por favor", le decía, antes de besarla y guardarla dentro de una Biblia. Dejó de hablar por teléfono por miedo a que él la llamara justo cuando ella estaba hablando.

Otra de sus obsesiones era el álbum de su boda. Se acordaba de esa noche como de algo místico, no merecido, como una bendición que alcanzó a llegarle una única vez. Imaginaba el resto de su vida como el pago por esa noche, cuyos detalles tétricos ya no recordaba: su memoria había alcanzado a anular cada minuto de llanto en el baño, cuando se le venían a la cabeza las imágenes de su madre y de su abuela.

Al fin, se decidió a ir a Buenos Aires. Llegó una noche, con los dos hijos y una valija azul llena a reventar. Pablo estaba viviendo con un primo. Cuando la vio llegar, sintió por ella un desprecio profundo. Pero no dijo nada y los dejó entrar. Ella lo abrazó con desesperación de ahogada, pero él se liberó de ella y le dijo que nunca volverían a vivir juntos. "¿Para qué querés estar conmigo, si lo único que hacés en la vida es controlar a tus hijos?", le recriminó. Ella no dijo nada pero íntimamente agradeció que él no la echara a patadas de la casa. Con la ingenuidad de los negadores, pensó que si él no la echaba, era porque todavía sentía algo por ella.

Pablo les armó una cama en el living y se encerró en su cuarto para hablar por teléfono con su hermana. Le pidió las llaves de un departamento que ella conservaba de su época de soltera y le explicó que por unos días necesitaba el lugar para instalar ahí a Marta y a los chicos. Después quiso dormir pero no pudo. Pasó la noche escuchando el llanto de su ex mujer, y sus pasos descalzos sobre el piso de madera.

Al día siguiente, Pablo ayudó a instalarse a Marta y a los chicos en el departamento de dos ambientes de su hermana. Hizo lo que pudo. Pero no pudo mucho. Ni explicarle la situación a Marta, ni prometer que volvería ni jurar que se estaba yendo para siempre. Dejó todo en una nebulosa y se fue a trabajar.

Ella pasó una semana de pesadilla. Pablo ya no le atendía los llamados y había ido a verlos una sola vez. Fue un sábado tremendo. Él llegó con una docena de facturas

y un par de autitos de plástico para los chicos. Llegó, prendió la radio para escuchar un partido de fútbol, y aceptó el café que le ofrecía su ex mujer, a quien no le dedicó siquiera una mirada compasiva. Sentó al lado suyo a su hijo mayor y lo trató como si fuera el hijo de un pariente lejano y no muy querido. Miró el reloj cientos de veces, se paseó por el departamento con cara de asco y evitó en todo momento estar cerca de su ex. Pero el lugar era demasiado chico como para no toparse con ella todo el tiempo. Marta le dijo que haría cualquier cosa que él quisiera con tal de que estuvieran juntos de nuevo. Él le dijo que haría cualquier cosa en la vida menos volver con ella.

La saña contra Marta sólo se explicaba por el grado de sumisión que ella mostraba con él. Una sumisión tan absoluta que generaba rechazo y hasta desprecio. Ella se daba cuenta, pero no lo podía evitar.

Un lunes ella entendió todo. Pablo nunca volvería. Y ella sola no podría cuidar a los chicos. Los miró. El más grande, de tres años, jugaba con un autito de plástico amarillo. El más chico, de ocho meses, estaba en su corralito, tratando de llamar la atención de su hermano. Le dieron una pena inmensa, la misma pena que ella ya sentía por sí misma. Siguió mirándolos. A medida que pasaban las horas, la pena se transformaba en rencor: eran ellos los que no la dejaban vivir con normalidad, ellos habían destruido su matrimonio. Al rato, el rencor se volvía miedo: ¿Podrían sus hijos llevar una vida normal, siendo que su madre pensaba más en su esposo que en ellos? Los recuerdos de su infancia la abrumaban. Su vida entera le pareció patética y tuvo la certeza de que sus hijos estaban condenados a sufrir, por lo menos, lo mismo que ella había sufrido. Volvió a mirarlos. La idea le resultó intolerable. Tenía que salvarlos. Por supuesto, había una única manera.

Al día siguiente, despertó al más chico y lo sacó en brazos de la cama. Lo bañó, lo vistió, le puso perfume. Mientras lo hacía, lo iba besando y le hablaba. "Mi bebé, ahora te vas a ir y va a estar todo bien. Va a estar todo bien". Lo llevó al living, lo acostó en un sillón y lo miró. El bebé le sonreía y con las manos le agarraba un dedo. Ella lo besó una vez más en la nariz y buscó un almohadón para ahogarlo. Nunca más tendría que preocuparse de si respiraba. Ya no volvería a respirar, y era lo mejor para todos.

Cuando estuvo segura de que había muerto, dejó la almohada en un costado del sillón y se lo quedó viendo. Le pareció el bebé más hermoso del mundo. Mientras lo miraba, entró corriendo su otro hijo. Frenó en seco al ver a su hermano tieso en el sillón. "Mamá, ¿qué le pasa al bebé? ¿Está enfermo?". Ella le sonrió. "Nada, mi amor. Tu hermanito ya no está más. Se fue de viaje, ¿entendés? Y vos, ahora, también te vas a ir de viaje". El chico se asustó. Veía a su madre totalmente distinta. "No, mamá, yo no quiero hacer ese viaje". Marta lo miró con ternura. "Sí, bebé, vos también vas a ir. Pero primero nos vamos a dar un baño, y nos vamos a vestir, ¿sí?".

Marta bañó a su hijo mayor, lo vistió y le puso perfume. Enseguida lo llevó a su cuarto y lo acostó en la cama. Tomó la almohada y lo asfixió, aunque esta vez no fue tan fácil: cuando la detuvieron, tenía las muñecas cubiertas de arañazos.

Una vez que Marta vio que el mayor estaba muerto, lo llevó al living, donde estaba el cadáver de su hermano. Por alguna razón inexplicable, abrió la puerta –que daba a un pasillo exterior– y se sentó en el sillón, sosteniendo en brazos a sus dos hijos.

Se hamacaba, los hamacaba, les hablaba, les cantaba canciones de cuna.

Un rato más tarde, el portero fue a limpiar el pasillo. Vio la puerta abierta y se asomó. "Señora, ¿le pasa algo a sus chicos?". Ella sonrió. "No. Lo que pasa es que no están más. Se fueron de viaje y ya no están. Se fueron".

El diálogo con el portero y la descripción de las muertes fue hecha por la misma Marta Bogado pocos días después de que la detuvieran.

Marta Bogado fue declarada inimputable y terminó en uno de los pabellones del hospital psiquiátrico Moyano, donde inició un tratamiento de recuperación. Durante los primeros tiempos de su internación, ella sostuvo que el suyo fue un crimen altruista. Sus hijos tenían que dejar de sufrir, por eso ella los había matado.

A medida que su cuadro fue mejorando, empezó a tomar conciencia de lo que había hecho. Después de siete años, los médicos le dieron el alta. Estaba curada.

Cuando salió del Moyano, ya entendía lo que había pasado. Dos días más tarde se pegó un tiro.



## Claudia Sobrero, cuchillera

Lo primero que le llamó la atención al policía fue el sombrero de cowboy. En Tucumán no era nada habitual ver por la calle a una chica, casi adolescente, de zapatillas rojas, jeans apretados y sombrero de cowboy, caminando bajo la lluvia con cara de angustia existencial.

El policía se llamaba César Isaya y jamás en su vida había participado de ningún acontecimiento crucial. Se fijó otra vez en el sombrero, y después en la cara de la portadora: rubia, ojos celestes grandes, expresión de conflicto. Ella lo miró y él alcanzó a distinguir el gesto de fastidio, la incomodidad que es común en los que tienen motivos para esquivar a la ley.

Él la llamó y le pidió los documentos: Claudia Alejandra Sobrero. Cédula de Identidad 9.535.969. No pudo creer en su buena suerte. Era la mujer que todos estaban buscando. Le dijo que tenía que acompañarlo a la comisaría. Ella pareció aliviada. "Sí, ya sé. Me buscan por el asesinato de Lino Palacio. Vamos...". Era la madrugada del jueves 20 de setiembre de 1984. El viernes anterior, el 14, había sido cometido el crimen.

Claudia Sobrero conocía bien al dibujante Lino Palacio. De hecho, había sido la pareja de Jorge Palacio –el nieto de Lino– y con él habían tenido una hija, Cecilia.

Pero Sobrero sentía una especial antipatía por Lino Palacio: creía que ese hombre, exitoso y con dinero, quería separarla de Jorge. Y que, además, no hacía nada para aliviarlos de la situación económica difícil que estaban pasando.

En enero de 1984, Claudia convenció a Jorge para que le robase a Lino las llaves de su departamento de Callao 2094, 5° piso, de la Capital Federal. "Tus abuelos van a estar en Mar del Plata, así que nosotros podemos entrar, tranquilos, y les robamos la guita de la caja fuerte", sugirió Claudia. Jorge fue a Mar del Plata, donde su abuelo estaba pasando unos días junto a su mujer, Cecilia Pardo. Sin que nadie se diera cuenta, sacó las llaves, hizo copias y volvió a Buenos Aires. Pocos días después, entraron al departamento y robaron casi diez mil dólares. Fue el comienzo.

La pareja de Claudia Sobrero y Jorge Palacio era lamentable. Ella lo acusaba de maltratar a su primera hija, que había tenido a los 17 años. Se separaron varias veces, pero ella siempre volvía porque no se sentía capaz de vivir sin un hombre al lado. Hasta que el martes 11 de setiembre decidió irse para siempre. Ya se había enamorado de Oscar Odín González Muñoz, un chileno de 19 años, dos menos que ella. Lo había conocido un par de semanas antes en un pool, en una galería de la calle Talcahuano, y lo que más le gustó de él fue su tamaño: era petiso, petisísimo. Y morocho, y marginal. A los once años se había muerto su madre, y poco después su padre, alcohólico, le anunció que tendría que cuidarse solo: él se iría por su lado. Oscar, entonces, se crió en la calle, casi sin amigos, robando lo que podía. Antes de conocer a Claudia se había vuelto inseparable de Pablo Zapata, un rubiecito que lo llevó a vivir con su madre, en un

departamento de Jujuy al 600. "Juntos nos va a ir mejor" decían los dos, aludiendo a sus planes de robo. Y, de a rachas, les iba mejor. Uno de sus robos les dejó el dinero suficiente para mudarse por un tiempo al hotel Panamericano. Pero el dinero se les acabó rápido. Fue entonces cuando apareció Claudia.

El romance prometía. El martes 11 de setiembre, el día en que Claudia abandonó al nieto de Palacio, se mudó con Oscar y su amigo Pablo a un hotel, el López, en Venezuela y Solís. Ahí, en ese hotel, empezaron a planear un nuevo robo en la casa del dibujante. Pero esta vez, ella sabía que la casa no estaba vacía.

Frente a Oscar, Claudia hacía alardes de asesina. Sabía que su nuevo novio sentía una atracción especial por la violencia y la sangre. Y estaba acostumbrada a detectar con exactitud qué es lo que los hombres preferían de una mujer. Siempre había usado ese método de seducción: amoldarse a las fantasías de sus parejas para conquistarlas. Era, casi, su don natural. De modo que Claudia no hacía otra cosa que exagerar una pose criminal para deslumbrar a su novio. Mientras planificaba el robo, dejaba ver que no le importaría matar ni descuartizar ni descabezar a cualquiera. Estaba demasiado influida por las películas policiales americanas, que adoraba al igual que Odín. En los pocos días que llevaban de romance, ella sentía que al fin había dado con el hombre perfecto. Y mientras más lo quería, más insegura se sentía con respecto a él: se veía fea, algo gorda, tonta. ¿Cómo compararse siquiera con un hombre que había podido sobrevivir en la calle, sin ayuda de nadie? ¿Cómo pretender que un hombre tan maravilloso se enamorase de ella? La única manera era demostrarle que ella podía ser capaz de todo. Que ella podía robar, que podía matar, que era tan valiente como él. Recién ahí, él podría quererla.

El viernes 14 de setiembre, cerca de las once de la noche, Claudia tocó el timbre de la casa de Lino. La acompañaban su nuevo novio, Oscar, y el amigo de Oscar, Pablo.

Ella entró apurada, y presentó a los otros como amigos. Pero enseguida vio la cara de disgusto de Lino y su mujer Cecilia. Lino empezó una conversación banal, mientras Cecilia, que estaba recién operada y, además, casi sorda, fue a la cocina a preparar café. Claudia se ofreció a acompañarla. Al rato volvieron y se quedaron en el living, hablando. Esta vez Claudia inició la charla: habló de su separación reciente e intentó distraer a los abuelos de su ex pareja para que Oscar pudiera –con la excusa de ir al baño– acercarse a la caja fuerte que estaba en el escritorio de Palacio.

Mientras tanto, como la tensión iba en aumento, Claudia se ofreció para ir a la cocina y preparar una nueva ronda de café. Cecilia fue con ella. No estuvieron ni dos minutos: Claudia escuchó, con el pulso acelerado, los gritos que venían del living. Agarró un cuchillo de un cajón y corrió a ver qué pasaba. Palacio estaba prácticamente abrazado a Oscar. Forcejeaban. A pesar de sus 82 años –la misma edad que su esposa– Palacio tenía un buen estado físico y pudo por unos instantes dominar a Oscar, que por su físico esmirriado y, acaso, por un exceso de alcohol, no atinaba a liberarse del dueño de la casa. Pablo, en tanto, miraba desde un rincón, paralizado por lo inesperado de la escena. Claudia no dudó: se ubicó por detrás de Palacio y le clavó el cuchillo. El viejo liberó al joven y se apoyó en una pared color arena, que quedó llena de sangre.

A todo esto, Cecilia había llegado y preguntaba con la voz quebrada qué estaba pasando. Ayudada por sus dos amigos, que habían llevado cada uno un cuchillo recién comprado, la mataron, y también terminaron de dar muerte al marido.

Cuando, más tarde, llegó la hija del matrimonio Palacio, encontró los cadáveres. La policía no tardó nada en aparecer. Antes de mover los cuerpos, sacaron fotos y

buscaron huellas digitales. En la morgue contaron las puñaladas fatales: veintisiete para él; dieciséis para ella.

Claudia Sobrero era hija única. Su infancia parece haber sido simple, feliz. Vivía en Belgrano, tenía un perro al que llamaba Suzuki, iba a un colegio religioso. Pero en la adolescencia empezó a mostrar el costado violento de su personalidad, y una rebeldía fuera de lo común. A los catorce quiso casarse. Su madre intentó convencerla de que no lo hiciera, y hasta fue a pedir consejo a un juez de menores, amigo de la familia. El juez fue clarísimo: "Por mi experiencia, yo sé que es mucho peor tratar de oponerse. La chica se le va a escapar". Un año más tarde, iba a estar casada con un hombre que la maltrataba y que gastaba todo su dinero en drogas. Ella empezó a odiarlo. Y cuando terminó esa relación y se fue a vivir con Jorge Palacio, le transfirió gran parte de su resentimiento: descargaba en él la rabia que había acumulando con su marido. Una de sus amigas le contó a la policía una de las anécdotas preferidas de Claudia: "Ella siempre decía que su vida se había arruinado por este tipo con el que se había casado. Y que una vez, mientras iba en auto con Jorge, lo vio cruzando la calle y le pidió a Jorge que lo atropellara. Según Claudia, Jorge le pasó por encima con el auto y su ex terminó internado por seis meses en un hospital, sin poder ni moverse. No sé si será verdad, pero a ella le encantaba contar esa historia".

El 27 de mayo de 1985, en la cárcel de Ezeiza, Claudia decidió que la fecha de su fuga sería el 29, dos días más tarde. Junto a una compañera de apellido Allighieri, presa por contrabando, planificaron todo. Primero limaron un barrote de la celda y saltaron a un patio. Estaban a siete metros de altura. Allighieri cayó de mala manera, se fracturó el tobillo y no pudo continuar la fuga. Claudia sí: sorteó ocho puestos de vigilancia, y consiguió escalar el muro exterior gracias a una escalera que alguien le había dejado apoyada en el lugar convenido. Salió de la cárcel, fue en tren hasta Temperley, robó un auto de un estacionamiento y llegó a la casa de una amiga donde consiguió ropa y el documento de su madre, Marta Ramona Mogaburu. Con ese documento pudo armarse su nueva identidad: al apellido materno le agregó una A al comienzo y transformó la U final en una letra O. Cambió la foto de su madre por la suya y alteró como pudo la firma. Tenía un nuevo nombre: Marta Ramona Amogaburo.

El sábado 31 hizo dedo para llegar a Mar del Plata. Llegó ese mismo día. No tenía dinero. Cuando llamó a un amigo, éste le cortó la comunicación. Durmió dos noches en una plaza, hasta que el lunes por la mañana se instaló en el hotel Carlitos, de la calle Salta 1310, esquina 3 de Febrero. Alguien había hecho un llamado al comisario Domingo Fortunato, jefe de la IV Unidad Regional, para pasar la ubicación de la prófuga.

Fortunato mandó a dos de sus hombres, los comisarios Vilella y Repetto, para detenerla. Golpearon la puerta de su habitación. La misma Claudia abrió la puerta. "¿Usted es Claudia Sobrero?", preguntaron. Ella negó con la cabeza y sacó el documento de su madre modificado. "Soy Marta Amogaburo". Pero ya la habían reconocido por sus ojos celestes caídos y porque el número del documento grabado con perforadora correspondía a alguien mucho mayor.

La detuvieron. En su bolso tenía apenas un par de remeras y una Biblia. Cuando la llevaron ante el comisario, para declarar, le habían quitado todas sus pertenencias. Ella pidió su Biblia. Recién habló cuando se la devolvieron.

Su primer período en la cárcel, antes de su fuga, fue de espanto. Gritaba, se peleaba con sus compañeras, las golpeaba, era golpeada. Odiaba a las policías que la cuidaban, lloraba, pedía declarar una y otra vez, jurando que era inocente. Otras veces, resentida, acusaba a sus cómplices: «Ellos me abandonaron, me echan toda la culpa, son unos hijos de puta». Más tarde, culpó al nieto de Palacio quien, en realidad no estaba al tanto de los planes de la mujer que lo había abandonado.

Después de su fuga, se transformó en otra. No se separó de la Biblia ni de su estampita de la Virgen de Luján. Volvió a mencionar a sus dos hijas. A los periodistas los recibía con una amabilidad inusual en ella. "Ustedes creen que no tengo sentimientos, pero sí los tengo. Dicen que soy agresiva, fría y calculadora, pero eso fue para mí un mecanismo de defensa. La verdad es que cuando tomé conciencia de todo, lloré muchas veces. Muchas. Siento que me están juzgando por lo que se dice de mí, no por lo que soy. Cuando pasó lo que pasó, Lino fue el que empezó a atacar a Odín, habían discutido y fue él quien quiso matar a Odín, y yo quería salvar lo mío. Por eso pasó todo. Pero Odín... Yo lo amo. Es la primera vez que me enamoré, realmente. Es el amor loco que se siente una sola vez en la vida. Mi amor es tan grande, y él es tan chiquito. ¿Usted lo vio? Es como un bebé, hasta tiene carita de bebé. Lo amo tanto. Yo lo visito cada quince días en la cárcel de Caseros. Tengo la esperanza de formar una familia nueva cuando salga. Tener un varón, porque a él le encantan los chicos. Esta es mi esperanza, porque mi ex esposo, Jorge Palacio, se fue con la más chiquita de mis hijas y le dijo que yo estaba muerta. Yo fui la autora del crimen, pero el instigador fue él, fue Jorge. Él quería que yo entrara a robar y bueno, lo hice, me equivoqué. Y después Lino, que quiso matar a Odín... Ahora quiero eso, formar una familia con Odín, y pintar muchos cuadros, y estar en una isla, en un lugar todo verde. Y lograr la paz del cuerpo".

Oscar Odín, el hombre de la vida de Claudia Sobrero, fue detenido la misma noche en la que la detuvieron a ella, la noche en la que un policía se sorprendió por el sombrero de cowboy. Él había tomado un micro de la empresa Expreso Panamericano. Llegó hasta Ojo de Agua, en Santiago del Estero. Cuando el policía lo hizo bajar del colectivo, él no dijo nada. Solamente hacía muecas de desprecio. Cuando le descubrieron sangre en los zapatos, él se sorprendió. Se miró los pies con incredulidad y moviendo la cabeza para un lado y para el otro, dijo: "¡Qué barbaridad! Y mire que los había limpiado bien... Es increíble".

Zapata fue apresado pocos días después. El 30 de abril de 1985 se ahorcó con una sábana en su celda del pabellón 16 B de la cárcel de Caseros.

El 7 de junio de 1990 Claudia Alejandra Sobrero y Oscar Odín Muñoz fueron condenados a reclusión perpetua.

En la cárcel, Sobrero asimiló su condena con tranquilidad. Rezó con un pastor evangelista, recitó párrafos de la Biblia, cantó unos cuantos salmos elegidos al azar y volvió hablar de lo mismo: de la isla verde, bien verde, donde va a poder pintar sus cuadros, acompañada por su nueva familia. Después de todo, había pasado la prueba: Odín, a esa altura, ya estaba en condiciones de quererla.



## Margarita Herlein, probadora de hombres

Conseguir hombres nunca fue un problema para Margarita Herlein. Ya en su adolescencia sabía que sus vecinos varones se desvivían por hablar con ella, por acercársele, por ser vistos. La invitaban a fiestas y bares, al cine y a teatros, a asados, a excursiones. Margarita llevaba con orgullo su éxito sexual, aunque en el fondo siempre despreció las miradas de deseo de las que era objeto. Le parecía que alguien como ella no merecía tantas atenciones: al empequeñecerse ante su propia mirada, empequeñecía automáticamente a sus posibles candidatos.

Había nacido en 1936. Su familia alemana la educó con principios estrictos y una falta de cariño notoria. "Mi mamá nunca me abrazó y mi papá tampoco", le decía a Norita, su única amiga de entonces. No lo contaba con dolor sino con cierto asombro, como si su caso fuera una rareza que ella llevaba con estoicismo.

Margarita era rubia, de altura normal y facciones armoniosas. Lo que más le gustaba de sí misma era una combinación: la dureza de su mandíbula cuadrada con sus ojos celestes. Celestes, grandes y pacíficos. De hecho, sus ojos se habían transformado en parte de una broma antipática que su madre solía repetirle cada vez que ella cometía alguna indisciplina. "La verdad, sos insoportable. En la vida lo que te va a salvar son esos ojos y nada más".

En 1953, a los 17 años, Margarita se casó con Juan Gebel, diez años mayor que ella. Sus padres le insistieron para que aceptara a ese hombre. "Es alemán, como nosotros, se van a entender", decía siempre la madre. Margarita había tenido varios novios, pero nunca se había animado a ir a la cama con ellos: Coronel Suárez era un lugar chico y tenía pánico de que su familia se enterara. De modo que aceptar a Gebel fue un episodio que tuvo más que ver con la curiosidad que con el amor.

La novedad de una vida sin padres y con un hombre le gustó los dos primeros años. Pero luego salió a la luz su espíritu curioso y errático. Tenía 19 años y se preguntaba si era justo con ella misma llegar a vieja conociendo a un único hombre. También se preguntaba si su marido no sería una tremenda equivocación auspiciada por una madre rencorosa y desamorada como era la suya.

Con las dudas, empezaron lo que ella misma llamaba, "las pruebas". Consistían en peinarse con muchísimo cuidado, elegir una ropa que la favoreciera, y salir a la calle para testear si seguía gustando a los hombres. Nunca se sentía segura de los resultados. La miraban, sí, y ella se daba cuenta, pero le parecía que las cosas habían cambiado, que nada era como antes de su casamiento. Se preguntaba por qué. ¿Acaso el solo hecho de casarse podía hacerle perder todo su atractivo? ¿O era que los hombres únicamente miraban a las adolescentes? Había engordado cuatro kilos, ¿sería eso? Cada día cambiaba la naturaleza de las respuestas ante su propio interrogante.

Mientras tanto tuvo un hijo, Juan Carlos. Había quedado embarazada a los pocos meses de casada. En 1958, cuatro años después, tendría a su segunda hija, Lidia Noemí.

El nacimiento de Lidia fue el detonante de una crisis que Margarita no supo cómo superar. Veía toda la escena familiar de su propia vida como si se tratara de una película de mal gusto, una película estúpida acerca de una mujer que tiró todo por la borda a cambio de un marido vulgar, dos hijos insignificantes y una casa fea. No podía

haberse hecho algo así a ella misma.

Juan Gebel era una persona sencilla. Empezó vendiendo carne, más tarde comerció también con autos e instaló un bar. Sus ocupaciones lo mantenían permanentemente alejado de su casa, lo cual le permitió a Margarita tomarse ciertas licencias.

En la farmacia que había a dos cuadras de su hogar conoció a un tal García, que atendía en la caja y que, sin ser farmacéutico, mataba sus horas de ocio estudiando los efectos de ciertos venenos. A Margarita le gustó el físico del empleado: lo miraba con sus pantalones oscuros y su chaqueta celeste y se lo imaginaba desnudo. Él, al parecer, tenía las mismas intenciones que ella. Tardaron poco en convertirse en amantes. Y cuando ella logró tener en su cama al segundo hombre que apareció en su vida, sus sospechas se confirmaron: su marido no valía la pena, y era inútil llegar a vieja con ese lastre. Sin embargo, la separación no estaba en sus planes. Juan tendría que desaparecer. Literalmente.

Al principio pareció que el destino iba a ayudarla. A Gebel, en 1962 un terrible accidente con su Ford T casi lo sacó del medio. Ella, que había ido a un colegio católico, reflató su costado religioso para pedir, para suplicar, que su marido no se repusiera. Sus plegarias no fueron escuchadas. Con dificultad, Gebel mejoró. Ella vivió todo el proceso de su recuperación como una pesadilla. Muchas veces le parecía que Dios la iba a castigar por hacerle semejante pedido, o por esperar la muerte de su esposo. Se imaginaba el castigo como muchos años más de su vida en soledad, ignorada por los hombres, dedicada a la crianza de sus hijos, limpiando día a día la basura de su casa. Una noche en la que su amiga Norita había ido a hacerle compañía tomó un par de copas de vino y se animó a confiarle, en parte, sus fantasías de viudez. Su amiga le dijo que hablara más bajo, que su marido convaleciente podía estar escuchándolas. Pero después la consoló, le dijo que todas las mujeres del mundo, en algún momento, habían deseado la muerte de su marido. No había cosa más normal.

Una tarde, ya varios meses después del choque, Gebel invitó a su mujer a ir al cine. A la vuelta, Margarita estaba de pésimo humor. Había visto a su amante –el de la farmacia– abrazado con una mujer dos filas más adelante.

Ella no tenía ninguna intención de proyectar un futuro con el tal García, pero había una idea que no la abandonaba: "Si yo no estuviera casada, él estaría ahora conmigo y no con esa otra".

Con el ánimo ensombrecido, miró a su marido: estaba haciendo cuentas con una cantidad de papeles en su escritorio. Lo vio peor que nunca, más viejo, más débil, más pelado, más empequeñecido.

Se dio cuenta de que ese era el momento para poner en práctica lo que venía pensando desde hacía meses: envenenarlo. Se le acercó y le preguntó: "¿Tenés hambre? ¿Querés que te cocine unas empanadas?". Gebel aceptó. Pocas horas después, empezaron los vómitos. Al día siguiente el cuadro empeoró. Los medicamentos que se le recetaron no hacían efecto. Tuvo complicaciones renales. El jueves siguiente fue internado en Coronel Suárez pero, ante la gravedad del caso, lo trasladaron de inmediato a Buenos Aires. Dos días después, Juan Gebel murió. Los médicos creyeron que se trató de un caso excepcional de "cáncer fulminante".

Ya viuda, Margarita Herlein empezó a sentirse mejor. Una de sus primeras decisiones fue abandonar Coronel Suárez. Llevó a sus dos hijos a Olavarría, donde decidió afincarse. Alquiló una casa en el barrio Los Eucapliptos. El dueño, Abel Vitale, era carpintero, algo pobre, separado y con dos hijas. Se hicieron amigos. Poco después, amantes. Enseguida, Vitale se instaló en su propia casa –la que le alquilaba a Margarita y sus hijos– y, al final, se casaron. En 1970 tuvieron una hija, Esther Viviana. Una vez más, el nacimiento de la hija desencadenó en Margarita un proceso de angustia e insatisfacción. Volvió a ver su vida como una pésima película, una película a la que se iban agregando sin pausa elementos patéticos.

Cuando nació la hija, Vitale decidió instalar una despensa para que su mujer tuviera algo que hacer: la veía aburrida y desinteresada por todo. El negocio fue útil para la economía familiar porque pocos días después de haberlo inaugurado, él tuvo que dejar su trabajo de carpintero: tenía náuseas permanentes, espantosos dolores de cabeza, calambres y se le caía el pelo. Los médicos especularon: la enfermedad parecía provocada por un cáncer de médula. El 21 de octubre de 1971 Vitale murió.

A comienzos de 1972, Margarita se encontró, en Olavarría, con un antiguo vecino de Coronel Suárez: Alberto Seitz, quien había tocado en la orquesta Juvencia. De ahí se conocían. Pero cuando el grupo se disolvió, Seitz decidió mudarse.

Él tenía más de cincuenta años, era casado, tenía hijos y fabricaba guitarras y violines. Pero la fidelidad no era su punto fuerte. Cuando vio a Margarita recordó la cantidad de veces que le había insistido para salir. Habían pasado más de veinte años, pero a los 36 ella seguía siendo una mujer atractiva. Incluso más atractiva que antes.

Margarita se había acercado a Seitz porque lo recordaba de cuando tocaba en Juvencia: siempre había querido tener una historia con un músico. Y además tenía la idea obsesiva de conseguir hombres. Lo que quería, en realidad, era probarlos. Había algunos a los que descartaba de plano, pero otros le generaban dudas. Tantas dudas, que la única forma de estar segura de si valían la pena, era así, probándolos. Y a Margarita las pruebas siempre le resultaban decepcionantes. Con Seitz, en un par de meses supo que no le pasaba nada más. Pero ella ya se había acostumbrado a terminar sus relaciones de manera definitiva. Una simple separación no le bastaba. No era suficiente. El "cáncer fulminante" le llegó a Seitz el 27 de agosto de 1973.

¿Cómo es posible que con esos antecedentes los hombres aún se le acercaran a Herlein? Incluso por una cuestión supersticiosa, deberían, por lo menos, haberse asustado de una mujer tres veces viuda. Pero la gente suele tener una confianza ilimitada en su propia suerte. De modo que cuando Ricardo Máximo Janush, camionero, 37 años, conoció a Margarita y supo de sus tres maridos muertos, no se impresionó en lo más mínimo, ni siquiera ante los comentarios del pueblo. No es que hubiera sospechas concretas de que ella los hubiera asesinado, pero todas las bromas desembocaban ahí, en el crimen perfecto.

El 19 de abril de 1976 Janush y Herlein se casaron y él se hizo cargo de los tres hijos de ella. Al mayor le instaló una carpintería. Tomó un seguro de vida y los hizo beneficiarios a los cuatro.

Pocos meses después de la boda, Margarita se cansó de su esposo. Todavía se sentía joven como para abandonar la búsqueda del hombre destinado para ella. Tendría que matarlo para seguir su propio camino. A la vez, tenía miedo de que la gente empezara a sospechar. Así que pensó envenenarlo también –no se le ocurría otra forma de matar– pero sirviéndole el veneno antes de que se fuera a la ruta con el camión. Según sus cálculos, el veneno lo embotaría y él chocaría de mala manera. No tuvo suerte. A Janush le aparecieron los síntomas, tan conocidos para ella: cólicos, mareos, dolor de cabeza, calambres, debilidad extrema. Pero no se estrelló en la ruta sino que, llegando a Buenos Aires para transportar unas mercaderías, se sintió tan mal que fue al hospital Rawson, donde fue internado. De allí lo trasladaron al hospital Ferrer. Murió el 11 de diciembre de 1977.

La muerte de Janush produjo sospechas entre sus compañeros de trabajo. En el certificado de defunción constaba que había muerto de bronconeumonía, pero ya en el velorio empezaron a tejerse distintas teorías. En un diario de Olavarría, *El Popular*, se hilvanó la historia de Margarita Herlein y las sucesivas muertes de sus hombres, todos con una sintomatología similar. Un sobrino de Janush acusó ante la policía a Margarita y a su hijo. Una vez detenida, y ante el temor de que incriminaran a su hijo, ella confesó haber envenenado con raticida a su último esposo.

Mientras cumplía la prisión preventiva, le explicaron que se exhumarían los cadáveres de sus ex maridos. Fue la primera vez que se la vio perdida, abrumada.

Se encontró veneno en los cuerpos de Gebel, Vitale, Seitz y Janush. Ella sólo reconoció haber envenenado a Janush. En un momento de cansancio dio algún detalle: "Yo esperaba que se matara en la ruta, con el camión. Me falló. Qué se le va a hacer. Pero ahora ya no espero nada. Todo me da igual".

Fue a parar a la cárcel de mujeres de Azul. A una de sus compañeras le dijo que, en el fondo, estar presa no era tan malo. "Por lo menos, no tenés que pensar en si le gustas a los hombres o no. Por lo menos eso".

## Ana D., mujer corrosiva

Cuando salió del quirófano, Martín L. fue a reunirse con otros cirujanos. Todavía sentía en el cuerpo ese estado de euforia mística que lo invadía cada vez que terminaba bien una operación. Esta vez el caso no había sido espectacular, pero podían haber existido complicaciones. Un brazo deformado después de un accidente de tránsito. Estaba seguro de que no habría problemas motrices posteriores, y la cuestión estética estaba completamente a salvo. Además, la chica le gustaba. Ya en las citas previas en el consultorio le había parecido que alguna historia podrían tener. Ella, Ana D., le hacía acordar a su primera novia, y no ofrecía ninguna resistencia a su asedio sexual evidente.

Martín le sonrió a la enfermera de turno, le dio las instrucciones y se fue. Su carrera en cirugía plástica reparadora ya le había hecho ganar dos diplomas de honor, un departamento de cuatro ambientes en Retiro y tres mujeres, sin contar a la probable Ana.

Al día siguiente, la vio en la clínica. Estaba sola en su cuarto, con el brazo vendado y la cara abotagada y descompuesta típica de los que estuvieron muchas horas bajo el efecto de la anestesia.

El romance empezó una semana después. Enseguida fue evidente la desigualdad de condiciones en la relación: ella era –siempre– la que pedía, la que esperaba, la que rogaba. Era, en suma, la menos querida. Él, el cirujano, asumía el papel dadivoso del que hace el favor de estar con alguien que poco lo merece. Una vez establecidos los parámetros de ese amor desigual, el noviazgo se afianzó, lo mismo que sus miserias y sus trabas.

Ana era estudiante de medicina. En la facultad formaba parte del grupo de "las potras", unas seis chicas que estaban siempre juntas, tenían promedios altos y llamaban la atención por sus físicos exuberantes. La relación con el cirujano plástico apartó a Ana de sus estudios y de sus amigas. No es que él se lo hubiera pedido: ella misma se recluía para esperarlo, o para esperar un llamado telefónico que siempre se postergaba. "No me ahogues, dejame vivir", le repetía Martín por lo menos un par de veces al día.

Ana, desesperada y por consejo de una amiga, decidió empezar terapia. No le dio resultado. Su psicóloga incurría en lo que ella consideraba un error fundamental: creer que Martín no la amaba. "Nadie me entiende. Martín me ama, pero no se anima a nada serio", le explicó una vez a una compañera de estudios.

Sin embargo, unos meses más tarde sobrevino la calma. Una rutina más o menos apacible se estaba instalando entre ellos. Se veían tres veces por semana, salían a comer, dormían juntos en la casa de él, y a la mañana los dos se iban a la misma hora, él a su trabajo, ella a la casa de su padre.

Una mañana, Ana dijo que se sentía mal. Tan mal como para no poder salir. Él, apurado, no advirtió la maniobra: de ahí a instalarse en su casa, faltaban pocos pasos. De hecho, el episodio dio pie a que ella le pidiese una copia de las llaves. Martín, creyendo que a esa altura era un hecho inevitable, se las dio.

Poco a poco, Ana fue tomando posesión del departamento. En menos de un mes vivía ahí la mitad de la semana, y no tardó mucho más en mudarse definitivamente.

La nueva situación la puso radiante: Ana, que de por sí era alta, rubia, de rasgos fuertes pero armónicos, estaba más espectacular que nunca. Era por eso que Martín no se quejaba. Veía a sus amigos cirujanos tan impresionados por su novia, que decidió sostener una convivencia que le resultaba tediosa. La vanidad siempre lo había llevado por mal camino.

Pocas operaciones después de la de Ana, Martín había conocido a quien enseguida se convirtió en su amante. Nunca había podido hacer pública su nueva unión porque era evidente que los problemas que acarrearía tal decisión eran muy superiores a las hipotéticas ventajas. Así que Martín se veía con las dos de manera estable y salpicaba su rutina con amigas ocasionales.

Pero –era inevitable– Ana se enteró. Supo de su rival directa por el descuido de la secretaria de Martín, que por teléfono la confundió con la otra. El escándalo fue tremendo. Ana lloró, gritó, amenazó con suicidarse, con matar a su rival, con desbaratarle la clientela, y terminó aferrada a una botella de whisky, tomando del pico, en un gesto de la más total y absoluta autocompasión.

La teatralidad de la escena fue decisiva para Martín. Comparó a la mujer que le gritaba, ya casi borracha, con la otra, a quien recordó con unos shorts de jeans y una musculosa, tirada en un sofá, apacible, siempre esperándolo.

"Andate ya", le dijo.

Ana no estaba en condiciones de salir sola a la calle, y Martín lo entendió. Pero al día siguiente, cuando ella, arrepentida, quiso hacer el amor con él, la rechazó. Con la frialdad de lo que en realidad era, un cirujano, le explicó que sí, que tenía otra, y que prefería a la otra.

Ana, una vez más al borde de la histeria, le recordó que vivían juntos, y que habían planeado ser socios para abrir una clínica de cirugía estética. "Ni socios ni novios ni amigos ni nada. No te quiero ver más", fue la respuesta.

Ella lo miró de arriba abajo y le dijo lo que en ese momento pareció una frase sacada de una telenovela. "Te vas a arrepentir de esto. No sabes cómo te vas a arrepentir". Y se fue, sin devolverle las llaves. Él no tenía idea de que ella le estaba diciendo la verdad.

Ana volvió a su casa en estado de enajenación. No podía entender cómo, de golpe, la vida podía transformarse en algo espantoso. Hizo memoria de los últimos acontecimientos. Todo era un resumen de la desdicha. Nunca antes había sentido un rechazo tan directo como el de Martín. "No me lo merezco", le dijo a una de las pocas amigas a las que se animó a confesarle que la habían abandonado.

Ni por un momento Ana evaluó la posibilidad de tachar de su agenda el nombre del cirujano y dedicarse a otra cosa. Quería venganza. Lo primero que pensó fue en llamar al íntimo amigo de Martín para invitarlo a salir, seducirlo y acaso quedar embarazada de él. Pero no era suficiente. Ya se había dado cuenta de que Martín no era un hombre de sufrimiento fácil. Él mismo le había dicho que jamás había llorado por una mujer, e incluso ilustró su frialdad confesándole que ni siquiera había llorado cuando su amigo de la infancia se reventó la cabeza en un accidente de moto.

Estaba claro que no había que buscar venganza tejiendo tramas con gente que lo rodeaba. Lo que ella tendría que hacer era planear algo que lo afectase directamente,

algo que pudiera arruinarlo a él y a nadie más que a él.

Durante varias noches Ana hizo y rehizo el *racconto* de sus noviazgos y sus novios. A pesar de que en casi todos creyó ver, en los comienzos, al amor de su vida, la ilusión se iba disolviendo con el tiempo. Después, uno u otro tomaban la decisión de terminar el asunto. Porque no es que nunca la hubieran dejado, sino que, en los pocos casos en que la abandonaron, ese abandono era tan cómodo y previsible que no daba ni para sorprenderse ni para angustiarse. Era el paso lógico de la relación. Pero con Martín era otra cosa. Ella había advertido en él, desde el vamos, la intención de maltratarla, de humillarla. Sabía que si no pasaba a la acción, si se quedaba con la angustia de la última escena, con la memoria de las palabras de Martín, estaría arruinada para siempre. Ya había visto a otras mujeres arruinadas por lo mismo.

Esa tarde, la tarde fatal, Ana compró el ácido sulfúrico en una ferretería.

Una semana antes había conseguido un revólver y una motosierra. Fue al departamento de Martín y entró con las llaves que no había devuelto. Sabía que él llegaría más tarde, al terminar de trabajar. Se sentó en la cama, prendió el televisor y vio unos dibujos animados de Tom y Jerry.

Pensó en la fecha. Varios años atrás –no recordaba bien cuántos– su madre se había suicidado. En esa misma fecha. Nunca tuvo claro por qué se mató, pero sospechaba que tenía un amante, y que el amante cortó la relación. Estaba casi segura: de un día para el otro su madre había dejado de arreglarse, de salir, de hablar a escondidas por teléfono. Conocía a su madre: no estaba hecha para soportar derrotas de esa naturaleza. Sonrió y tuvo una vaga sensación de venganza con la vida.

Todavía tenía tiempo, eran las cuatro y media. Pero en cuanto se levantó para buscar un vaso con jugo, escuchó el ruido de la puerta que se abría. Desesperada, juntó sus cosas y con ellas se escondió debajo de la cama. Escuchó la voz de Martín y la de una mujer. Por lo que se decían, se dio cuenta de que ella era una de sus asistentes, y que lo había acompañado a la casa porque él estaba con fiebre, probablemente a causa de unas anginas que no se había curado. Solidaria, la asistente le hizo un té, le dio remedios, y se quedó con él, durante un tiempo interminable. Estaban en el living. Martín, seguramente, estaba en el sofá de tres cuerpos, tirado. Al fin, la asistente le dijo que se fuera a la cama y que durmiera. Ella se iría a buscar a sus hijos a sus clases de inglés. Ana se puso tensa: quería escuchar la despedida, quería saber si con esa mujer pasaba algo, si había más mujeres en la vida de Martín, además de la que ella había descubierto. No pasó nada que pudiese dar a entender que eran amantes. Tranquila a medias, Ana escuchó que se despedían, y el ruido de la puerta. Después escuchó los pasos de Martín, que iba al dormitorio. La luz se prendió. Desde su lugar vio las piernas, que se acercaban a la cama. Él se sacó los zapatos y las medias, buscó un pijama que siempre había debajo de las almohadas y se acostó. Antes, había apagado la luz principal y había prendido la que había en la cabecera de su cama. Ana escuchó el ruido de las páginas de un libro. Supo que él leería hasta estar rendido por el sueño. Cuando ya habían pasado más de cinco horas, él apagó la luz. En todo ese tiempo Ana no había hecho un solo ruido, ni se había movido, ni había dejado de estar atenta a los movimientos de Martín. En un solo momento se imaginó a sí misma como protagonista de una película de terror. "Ahora debería darme sueño", se dijo. Pero no.

Desde su lugar, Ana primero no vio nada, y enseguida empezó a distinguir los haces de luz artificial que se filtraban por las rendijas de la persiana. Miró hacia su techo, el colchón. Lo tocó con la punta de los dedos, imaginando el cuerpo de Martín del otro lado. Pensó en cuánto le gustaba, y en lo horrible que sería todo más tarde. Pero ella ya había tomado la decisión. Unos minutos más tarde, escuchó que la respiración de él se hacía rítmica y pesada. Esperó un poco más, calculó con cierto orgullo que ya había resistido seis horas esperando debajo de la cama, y salió, sin hacer ningún ruido. Lo único que se llevó fue el frasco de ácido, un tarro de vidrio verde, como de vieja botella de leche. El resto de las cosas quedó donde había estado ella.

Cuando se paró, notó que no estaba acalambrada. Pensó que eso era una señal del destino, que aprobaba lo que estaba por hacer. Miró a Martín, dormido con la boca abierta. Destapó la botella y roció con el ácido a su ex, empezando por la cara.

Martín sintió la quemadura. El dolor era inhumano. Atinó a prender la luz y escuchó a Ana: "¡Te lo merecés, hijo de puta! ¡Te lo merecés! ¡Por basura te lo merecés!".

Él trató de ver, pero era imposible. El líquido también le había entrado en los ojos, y en la boca, y en las manos, y en casi todo el cuerpo. Supo que era ácido: cuando estudiaba, había encontrado casos así en los libros. Y le había tocado atender uno, en una de sus prácticas. Sabía, entonces, que el ácido es corrosivo, y que la corrosión se va incrementando segundo a segundo. A los gritos, llorando, temblando, le pidió a Ana que llamara a Segundo, un amigo también cirujano. Ella empezó a dudar. No podía dejar de mirar a Martín, con unas heridas y llagas indescriptibles, y sintió arcadas. No puedo dejar que llame, pensó Ana. Pero entró en crisis y se quedó temblando al costado de la cama.

Como pudo, Martín fue hasta el teléfono y llamó a su amigo. Milagrosamente atendió él. "Ana me tiró ácido, me estoy muriendo, flaco, ¿qué hago?", pudo decir, con una modulación casi imposible de entender ya que el ácido le estaba actuando también sobre la lengua. Antes de salir disparado hasta la casa de Martín, Segundo le dijo que fuera a la ducha y que dejara que le corriese mucha agua por el cuerpo, incluidos los ojos.

A tientas, gritando, Martín llegó al baño y se metió bajo la ducha. Ana, con los ojos desorbitados, lo siguió. No atinaba a decir nada, ni a hacer nada. Solamente lo miraba, y se tapaba la boca con la mano izquierda, como para no descomponerse, o como para no gritar.

Mientras Martín seguía bajo la ducha, llorando, tendido en el piso de la bañera, llegó Segundo. Fue directo a lo del portero, le explicó todo y le pidió las llaves.

Había una ambulancia esperando abajo. Llegó casi al mismo tiempo que el patrullero policial.

Martín L. nunca más pudo trabajar como cirujano plástico ni como nada. Quedó ciego, deforme, perdió buena parte de las manos, la lengua, el pelo, las orejas y los órganos sexuales.

Los abogados de Martín afirmaron que era muy clara la tentativa de homicidio, teniendo en cuenta que debajo de la cama fueron encontrados un revólver y una motosierra.



Ana fue declarada culpable por lesiones graves. En su defensa argumentó que llevó apenas un frasquito de ácido con el que iba a amenazarlo, pero que se lo tiró cuando él se disponía a atacarla.

Después de seis años, ella recuperó su libertad, retomó su carrera de medicina y se recibió. Hoy atiende su consultorio. Es pediatra.



## Pugnetti, Ponorilox y Tiadini, brujas incautas

Por diferentes motivos, las tres creían en la brujería. Y las tres, después de largos peregrinajes esotéricos, se rindieron ante Arturo Miguel Ángel Rodríguez, alias el Hermano Miguel, alias Mónica, un curandero de 31 años que había sido sastre, cura y sanador. El apodo Mónica lo ganó cuando dejó los hábitos para poder dar rienda suelta a su homosexualidad y a su tendencia a adoptar posturas y gestos típicamente femeninos.

Las tres mujeres se conocieron en el "consultorio" del Hermano Miguel, en Iriarte 4880, de la Capital Federal. Las tres buscaban lo mismo: aniquilar a sus maridos mediante rezos, pócimas, talismanes o lo que fuera. Juana Pugnetti de Houyou, Nina Ponorilox de Cwiluk y Yolanda Margarita Tiadini de Vázquez estaban hartas de sus respectivos esposos y se sentían incapaces de escapar de la esfera del matrimonio sin ayuda. Las tres se acercaron al Hermano luego de haber escuchado referencias de alguna vecina y las tres se sintieron igualmente decepcionadas cuando el curandero en cuestión les ofreció alternativas livianas. Al principio ninguna se animó a poner sobre la mesa sus verdaderas intenciones. Como siguiendo un acuerdo no escrito, el Hermano acataba las imprecisas órdenes primeras, los ruegos lavados acerca de hacer algo para vivir en paz, sin el estorbo de sus hombres. Pero en cuanto la relación entre el Hermano y cada una de sus clientas principales se hizo más intensa, el brujo les hizo admitir que las auténticas soluciones siempre tenían que ser drásticas. Les hizo ver que tenían que enviudar, de lo contrario sus vidas estarían condenadas al más patético destino. Las tres estuvieron de acuerdo con los dichos del Hermano que, de alguna manera, coincidían con sus deseos más profundos. Y decidieron que las velas y los sapos disecados eran herramientas cobardes, ineficaces, banales. Y pasaron al arsénico.

La primera en llegar al consultorio del Hermano fue Juana Pugnetti de Houyou, a principios de 1966. Tenía 34 años y una hija de 17. Odiaba a su marido, Rogelio Enrique Houyou, de 39, por motivos más bien imprecisos. Lo que sí sabía es que quería deshacerse de él para poder vivir su vida en libertad. El Hermano vio en ella una veta económica inesperada, la posibilidad de incrementar en mucho el precio de la consulta. Poco a poco fue convenciendo a Juana acerca de sus poderes y experiencia. Le explicó que su relación con los espíritus circundantes era espléndida, y que ellos le obedecían. Le dijo que había aprendido las artes del oficio de brujo en alguna aldea brasileña perdida, y que se había especializado en pócimas matadoras que solamente preparaba en ocasiones especiales. Él –decía el Hermano– era incapaz de hacer un "trabajo" para matar a alguien bueno, pero a veces estaba obligado a eliminar a personalidades demoníacas.

Juana estaba alelada. Había ido al consultorio esperando la clásica tirada de cartas y las promesas –tan conocidas por una visitadora de brujos como ella– de rezos y plegarias. No esperaba encontrarse con un profesional de esas características. Pensó –mientras el Hermano le desplegaba sus habilidades– que tendría que agradecerle a la almacenera de su barrio por haberle pasado el dato de ese brujo. ¿Sería capaz ese hombre afeminado y gordito de lograr que a la brevedad su marido muriese de muerte natural?

El Hermano la volvió a la realidad. Le dijo que no estaba todavía seguro de que

su marido mereciera la muerte. Habría que conformarse, en principio, con otro plan. Había que empezar con las velas negras. Juana protestó. "Yo ya prendí velas negras. No hacen nada". El Hermano apeló a un recurso que siempre lo había salvado: la repentización. Se dio cuenta de que su clienta podría esfumársele si él no le ofrecía en ese mismo momento la fórmula de la muerte. Pero también era consciente de que para conseguir más dinero, tenía que aplazar el uso del veneno para más adelante. En tanto, ella seguiría pagando. "No puedo usar a los espíritus ahora, no me van a ayudar. Ellos quieren una segunda oportunidad para su marido. Antes de hacer cualquier cosa, vuelva a prender las velas negras, pero además consiga un sapo, ábrale la panza mientras esté vivo –no se olvide de que tiene que estar vivo– y póngale adentro un papel con el nombre de su esposo. Después entierre al sapo. Y encima de la tierra ponga un hilito rojo. Cuídese de que nadie vea el hilito porque todo se echaría a perder".

La mujer dudó: "¿Qué consigo con eso?". El Hermano se peinó las cejas gruesas con los dedos y contestó: "Que él se quede tranquilo, que no la moleste, que usted pueda hacer lo que quiera y él no se entere". Por supuesto, ella ya le había contado al brujo que engañaba a su marido con otros hombres y que estaba cansada de tener que mentir y pasarse la vida inventando excusas para poder encontrarse con sus tres amantes.

La clienta siguió dudando, aunque más complacida. El Hermano advirtió que la fe de esa mujer era endeble, y que habría que reafirmarla si quería volverla a ver y a cobrar sus consultas. Le pidió que se quedara unos instantes más, para poder rezarle. Era un recurso que siempre le daba buenos resultados: tomar la cabeza de sus clientas entre sus manos y hacer una presión firme y sostenida. Las mujeres sentían, siempre, que estaban apoyadas por algo superior; que esa vez, después de tantas decepciones, podrían creer.

Juana prendió las velas, rellenó el sapo, lo enterró, colocó el hilo rojo. En su marido no se registraba cambio alguno. Esperó un par de semanas, maldiciendo el dinero gastado. Pero una tarde especialmente desdichada, sintió que no tenía nada para perder y volvió con el Hermano.

Tuvo que esperarlo una hora: una asistente le dijo que estaba haciendo un trabajo espiritual y que no podía ser interrumpido. En realidad, el hombre estaba tirado en su cama tomando mate y leyendo revistas *Para Ti* viejísimas, recortando recetas de cocina y consejos de maquillaje y belleza. Pero sabía que ese truco siempre era efectivo: si su clienta venía decepcionada por algún tratamiento fallido, la espera la calmaría en forma por lo menos provisoria.

Al final fue a recibir a la mujer, que ya no estaba tan enojada sino más bien ansiosa por saber si habría alguna posibilidad de intentar eliminar al marido. El Hermano dijo que había estado consultando con los espíritus y que lo habían autorizado para proporcionarle el "licor de los dioses" con el que matarían al esposo.

Juana estaba excitadísima. "¿Licor de los dioses? ¿Qué es eso?". El Hermano adoptó un aire misterioso y triunfal. "Es lo que vos me pediste. Es el líquido que tiene que tomar tu marido. Con eso, va a dejar la tierra, se va a morir. Y nadie se va a dar cuenta. Pero sale caro, y vos tenés que ayudar a conseguir algunas cosas".

El precio era cien mil pesos de la época y la "ayuda" una excusa para dar credibilidad al asunto. El Hermano citó a Juana a las 11 de la noche, frente al cementerio de Flores. Él llegó media hora más tarde junto a su amigo y "asistente" Carlos Figueroa, alias "Marta", un mucamo de hotel que vivía en el tercer piso de Rodríguez Peña 178. De lejos, los dos eran tan parecidos que se los podía confundir:

excedidos de peso, con el pelo corto y crespo, boca carnosa, nariz ancha, aspecto afeminado. En cuanto llegaron, el curandero le dijo a Juana que tendría que esperar a que su amigo y él volvieran de una incursión secreta dentro del cementerio. Tenían que buscar los ingredientes de la pócima. Tardaron casi una hora en volver. El "asistente" le tendió un paquete envuelto con papel de almacén, y el Hermano le dijo: 'Ya está hecho el licor. Lo hicimos con jugo del ojo de un muerto y hueso molido de un brazo de otro. Espere dos días y después échesele a su marido en el café, la sopa, el té, cualquier líquido que le dé para tomar'.

Una semana después, Juana se dio cuenta de que una vez más el Hermano le había fallado. Furiosa, fue a su consultorio. Le dijo que su marido no había reaccionado frente al "licor de los dioses" y que seguía tan vivo y sano como siempre. Le confesó que su hija de 17 años conocía el plan, y también estaba decidida a matar a su padre. La chica estaba tan harta como ella de dar explicaciones acerca de sus salidas, encuentros y relaciones. El Hermano sonrió. Iba a poder cobrar otros cien mil pesos, y además haría matar a un hombre. Era fantástico. "Veo que lo que querés es matar a tu marido. Vas a tener que poner otros cien mil y yo hago que se muera, pero esta vez vamos a ayudar a los espíritus, que están un poco débiles. Le vamos a poner al tipo un poco de arsénico en la comida. Eso no falla, ¿sabés?".

Una semana más tarde, Juana estaba otra vez en el cementerio de Flores. Pero esa vez era de día, y había ido hasta allí para enterrar a su marido.

Poco después, apareció en el "consultorio" la segunda mujer que tenía problemas con su esposo. Era Nina Ponorilox, una rusa de 37 años que se había instalado en la Argentina hacía 29. A los 14 sus padres habían decidido casarla con Esteban Cwiluk. Nunca fueron felices. Y la más perjudicada era la propia Nina, que pasó todo su matrimonio enamorándose a la distancia de distintos hombres y soñando con volver a casarse, mientras que su marido no le daba la menor importancia al tema amoroso. En algún momento de su matrimonio, Nina se animó a aceptar las propuestas sentimentales de uno de sus amigos. Así fue que tuvo su primer amante, quien la dejó poco después, como harían tantos otros. Estaba destinada a que la abandonasen. Había algo en ella que impulsaba a los hombres a alejarse: su entrega era tan absoluta que nadie estaba dispuesto a seguir adelante con una mujer que más tarde podría exigir alguna reciprocidad.

Lo cierto es Esteban Cwiluk se enteró de que su mujer le era infiel y resolvió las cosas a los golpes. Fue justamente su condición de mujer golpeada lo que llevó a Nina a acercarse al Hermano. También a ella le habían hablado del brujo en términos más que elogiosos.

En cuanto el Hermano la vio supo que podría repetir la secuencia que había inaugurado con Juana. Incluso podría sacarle más dinero: Nina era aún más inocente y crédula que la otra. Así, mientras Nina lloriqueaba contando detalles de las palizas que le daba su marido y pidiendo algún método adecuado para que él se mantuviese tranquilo, el Hermano le habló de las velas negras. "Pone siete durante siete días. Y después tirá por el inodoro la cera que queda abajo, así se va al río. Con eso va a estar muy tranquilo, vas a ver".

A los quince días, Nina volvió al "consultorio". "Hace una semana terminé con lo de las velas y mi marido sigue igual. Es más, anoche me dio dos cachetadas y me tiró sobre la mesa. Está igual de bestia que siempre". El Hermano no se inmutó. "Sí, ya sabía que iba a pasar eso. Me lo mostraron unos espíritus que vinieron a visitarme... En

fin, vamos a tener que reforzar el trabajo". Y le habló del sapo, el papel con el nombre del marido y la tirita roja. Diez días después, Nina apareció para su tercera consulta, donde le fue recetado el "licor de los dioses", con la misma cita frente al cementerio de Flores. Y más tarde vino la cuarta cita, la del arsénico, mientras el Hermano seguía facturando las consultas y los "trabajos".

Nina le dio el arsénico a su esposo en una taza de café con leche. Él soportó el veneno bastante bien, pero al rato sintió unas puntadas en el estómago. Nina se ofreció a hacerle un té con limón para aliviarlo. En ese té echó lo que le quedaba del arsénico. Esta vez, el hombre se sintió morir. Le pidió a su mujer que llamara con urgencia a un médico. El Hermano ya le había dicho que nadie podría descubrir el arsénico. De modo que ella llamó al médico del barrio, que dispuso la internación inmediata de Cwiluk en el hospital Rawson. Pocas horas después, el paciente murió.

Después del entierro, el Hermano le recordó a Nina que le estaba debiendo dinero. El tratamiento en su conjunto –sin contar las consultas– tenía un precio de doscientos cincuenta mil pesos, y ella le debía unos cien mil. Para reforzar la necesidad del cobro, amenazó con enviarle las peores desgracias a través de sus espíritus amigos, y por las dudas condimentó su amenaza con un factor más terrenal: difundir en el barrio las sospechas de que ella había matado a su marido. Sabía que a Nina no se le ocurriría retrucar con una amenaza parecida: ella no sabía que el Hermano podría también caer en la volteada por haberle proporcionado el veneno. Para su forma de pensar y de ver las cosas, la responsabilidad sólo recaía en el autor material, es decir ella misma. De modo que, amedrentada, empeñó algunas joyas que su madre le había dejado. A eso le sumó un dinero que tenía ahorrado su marido, parte de sus ropas y un colchón. El Hermano, como salvándole la vida, dio por saldada la deuda.

Entretanto, una tercera mujer se había presentado en el "consultorio" del Hermano, atormentada por su marido. En principio, las consultas no tenían otro objeto que preguntar acerca de su futuro y el de su pareja. Pero el Hermano vio la posibilidad de repetir el negocio del arsénico, que le daba no solo dinero sino una cuota fantástica de diversión. El ex cura disfrutaba enormemente con la idea de manejar a esas mujeres e inducir las a matar a sus maridos. Odiaba a gran parte de los hombres: sentía que lo discriminaban por su condición homosexual, y que si alguno de ellos iniciaba con él una historia romántica, la mantenía oculta como si se tratase del peor de los delitos. Y él no tenía ganas de perdonar una afrenta semejante.

Así fue que cuando apareció Yolanda Margarita Tiadini de Vázquez, el Hermano se sintió en la gloria. La mujer, de 46 años, no paraba de despotricar contra su esposo, José Vázquez. Los dos vivían en Avellaneda, en la calle Capdevilla 471. Según la mujer, en su matrimonio había dos grandes conflictos: el menos grave era el mal humor sostenido de su marido, a quien todo le caía mal y que vivía quejándose de cada episodio de su vida cotidiana. Yolanda no podía entender cómo un hombre, en apariencia simpático, pudo transformarse en una persona intratable y despectiva. "Cuando nos casamos él era amable, bueno. Pero después cambió. Se puso malísimo. Y ahora todo lo que hago, para él está mal", repetía Yolanda con una amargura de décadas.

El segundo conflicto era el fundamental. No tenían hijos. Yolanda y José habían

pasado por varios médicos para ver cuál era el problema. Y el problema lo tenía él. Unos meses antes, cuando comprobó que le estaba llegando la menopausia, se sintió morir. Lloraba a mares ante el Hermano: "Por culpa de mi marido no tuve hijos. Lo odio, lo odio".

El Hermano movía la cabeza con compasión, intentando que el odio de la mujer se instalara y creciera. "Es terrible. Es terrible que él haya sido tan egoísta. Te quitó la posibilidad maravillosa de ser madre. Yo te entiendo, porque me hubiera encantado tener hijos y tampoco tuve", le decía él mientras le tiraba las cartas. "¿Ves? Esta carta de acá, la del hombre con el caballo, es clarísima: vos tenías que haber tenido tres hijos divinos. Y este hijo de puta te cortó los caminos... Qué feo, Dios mío, qué feo... Pobre Yolandita".

Yolanda visitaba el "consultorio" al menos una vez a la semana. Se había vuelto adicta a ese hombre que parecía adivinarle los pensamientos y coincidir siempre con sus opiniones. Sin embargo, a ella no se la veía dispuesta a hacer ningún "trabajo" para eliminar al esposo. Al final, después de muchas consultas, el Hermano empezó a acicatearla. "Me parece que a vos te gusta sufrir, que no querés arreglar tu vida porque te gusta ser la víctima". El discurso prendió enseguida en Yolanda, aunque de labios para afuera negaba esa teoría. "Entonces –retrucó el Hermano– por lo menos prendé unas velas negras, haceme el favor. Son siete por día, durante una semana. Yo acá también las voy a prender. Las prendemos a la misma hora así el pedido tiene más fuerza. ¿Qué podemos pedir? Ya sé, que él sufra por haberte hecho sufrir. Y que te deje tranquila, que no te moleste, que no te joda. Lo vamos a congelar".

A la semana siguiente Yolanda volvió totalmente fascinada. Contó que las velas habían dado resultado, que su marido estaba respetuoso y manso y que se había vuelto de alguna manera cariñoso. El Hermano dijo que ya lo sabía, que los espíritus se habían comunicado con él para darle la noticia. "Y además los espíritus me dijeron que tenés que reforzar el pedido. Tenés que hacer el trabajo del sapo", dijo, y se lo explicó. Yolanda, no muy convencida, lo hizo. Vomitó cuando le abrió la panza al animal, y tuvo pesadillas por varias noches. Mientras tanto, su marido había abandonado los buenos modales y estaba peor que nunca. Yolanda decidió que no podía afrontar tantas desilusiones, que no podía luchar contra una vida tan dura. Se resignó a su destino nefasto y no volvió al "consultorio" del Hermano. Pero el Hermano no estaba dispuesto a perder así como así a una clienta como Yolanda. Y fue a su casa a buscarla.

Yolanda recibió al Hermano con cierta frialdad. Se había alegrado de verlo, pero no tenía ganas de seguir en la veta de los brujos. Había tenido una larguísima charla con una amiga, quien le dijo que si seguía visitando adivinadores podría terminar loca. Pero la desconfianza cedió ante la amabilidad del Hermano, que hizo lo posible por mostrarse como la única persona capaz de comprenderla y apoyarla. Al rato ya estaba contándole que su marido la seguía maltratando y que su depresión iba en aumento. El Hermano fue apocalíptico. "Eso es muy grave. Te vas a enfermar. En realidad vine porque vi que te estaba pasando algo. Estás en peligro, y yo te voy a ayudar". Así reanudaron la relación, y al tercer encuentro, él trató de convencerla para matar al marido. Yolanda no supo qué hacer. De hecho ella hacía mucho tiempo que fantaseaba con la muerte de su esposo, pero no estaba dispuesta a matarlo: la detenía el miedo a la cárcel. Se lo contó al

Hermano, quien sintió que estaba ganando la batalla. "No tengas miedo. Yo te puedo dar algo para que le pongas en la comida y él se muere solo, sin que nadie sospeche nada. Te doy el agua de los dioses y ningún médico ni ningún policía se va a dar cuenta". Y para darle efecto a su discurso, propuso una cita con las otras dos mujeres que habían enviudado gracias a sus pócimas milagrosas.

Juana y Nina recibieron a Yolanda con alegría, como a una nueva socia de un club selecto. Le dijeron que habían enviudado sin problemas y que a partir de ese episodio venido del cielo sus vidas habían mejorado, habían dado un vuelco maravilloso, inesperado. Alabaron las pócimas del Hermano y le dijeron que ella no podía perderse esa oportunidad. Las dos estaban encantadas de poder arrastrar a otra mujer al mismo terreno pantanoso en el que estaban sumergidas.

Charlaron durante casi cuatro horas. Las dos viudas contaron al detalle el procedimiento, las bondades del veneno, los síntomas de malestar iniciales que se producían en las víctimas, el final. En un discurso confuso, mezclaban los términos: de pronto hablaban del "licor de los dioses", de pronto mencionaban el arsénico. Pasaban del favor de los espíritus, que querían deshacerse de la gente mala como sus maridos, al odio personal y puro de ellas mismas. Yolanda se sentía aceptada, querida, integrada a un grupo de mujeres que sabían lo que era sufrir en esta vida. La convencieron.

Dos días después, Yolanda puso arsénico en la sopa que le ofreció al marido. Él la tomó durante su almuerzo, se sintió mal, se quedó en cama toda la tarde. Al anochecer tuvo una leve mejoría. Aceptó entonces un tazón de la sopa que había quedado del mediodía. Los dolores arreciaron y Yolanda dijo que iría corriendo a buscar al médico.

No fue al médico. Fue al "consultorio" del Hermano quien se puso un guardapolvo blanco y acompañó a Yolanda a su casa, esta vez en calidad de doctor. Con ellos iba Carlos Figueroa, su "asistente" y habitué del cementerio de Flores. El Hermano estaba asustado. Temía que esta vez lo descubrieran, desconfiaba de la cantidad de arsénico que Yolanda le había puesto al marido en la comida. El Hermano era tremendamente histérico en situaciones de riesgo, y esta vez se veía envuelto en una catástrofe. Temblaba sin parar mientras su amigo le hablaba al oído. Fue el otro quien le sugirió inyectarle parte del veneno que quedaba para acelerar los tiempos. Entre los dos sujetaron a José Vázquez, que no quería ser atendido por esos hombres sino por su médico, y le dieron una inyección "para calmarte los dolores, Josecito". El hombre vivió dos días más. Al final pudo levantarse de la cama y arrastrarse al patio de la casa, acaso intentando escapar por una puerta trasera. Pero el Hermano, que se había instalado en la casa para seguir los acontecimientos, lo interceptó. José murió a los pocos minutos.

Diez meses después de la muerte de Rogelio Enrique Houyou, el primero de los tres maridos envenenados, una mujer denunció la desaparición de su hija de 16 años. La encontraron en una casa donde vivía, precisamente, la viuda de Houyou. La casa se había convertido en una especie de prostíbulo encubierto en donde trabajan la viuda, su hija y unas diez mujeres más. La viuda había dejado de ser una simple ama de casa para dedicarse a un rubro más lucrativo. La policía empezó a investigar el caso y a sospechar de la muerte de Houyou. Exhumaron el cadáver y encontraron el veneno. Juana negó los hechos hasta que uno de los policías le dijo que de nada valía mentir: su hija había



contado todo. Enseguida cayó el Hermano, y más tarde las otras dos envenenadoras. A todos les correspondieron quince años de prisión.

En sus respectivas cárceles, las tres mostraron un ánimo envidiable. Ninguna estaba arrepentida. Ninguna parecía triste ante la perspectiva del encierro. La más mortificada, a su estilo, fue Yolanda Tiadini de Vázquez, que a los pocos días de estar en prisión dijo que fue "una tonta" por haber confesado: "Lo hice de puro confiada que soy. Si hubiese sabido que me dejaban presa no hablaba. Pero bueno, ya estoy acá. No se lo pasa tan mal.". También dijo que mató a su marido "porque había vivido lo suficiente", y que usó luto porque le sentaba bien a causa de unos kilos de más. Y que lo que más la alegraba era haber dejado de llorar. "No sabe cuánto lloraba cuando mi marido vivía. Ahora ya no lloro. Nunca lloro".

Después de confesar el crimen, Nina Ponorilox dijo que ella no era una mentirosa. Y que lo demostraría diciendo siempre la verdad. De modo que ante la pregunta acerca de si estaba arrepentida por haber envenenado a su marido, se corrió el flequillo a un costado y sonrió. "No. Lo volvería a hacer. A pesar de que, creo, yo lo amaba". También solía contar en sus primeros meses de encierro que le dio una pena inmensa ver sufrir a su marido a causa del veneno. "Para que no sufriera tanto redoblé la dosis. Pero creo que dentro de poco voy a salir en libertad. Hay gente que hace cosas peores que lo que hice yo". Ante la hipótesis de su libertad, Nina se anima a pensar en un próximo casamiento, esta vez elegido por ella misma y no por sus padres. "Los periodistas me preguntan si volvería a matar a otro hombre si vuelve a maltratarme. Y yo ¿qué puedo contestar? Uno nunca sabe lo que le va a deparar el destino".

Juana Puggnetti de Houyou cultivó en la cárcel el odio al esposo muerto. "Era peor que todos los hombre que conocí, y eso que conocí hombres a montones. Era el peor, y me alegro de imaginármelo pudriéndose en el cajón".

El Hermano, por su parte, les dijo a sus compañeros de celda que lo único por lo que rezaba era por la muerte de sus tres "pacientes". "Y que sea ahora, lo antes posible. Y que sufran mucho más de lo que me están haciendo sufrir a mí, que solamente traté de ayudarlas. Pero Dios sabrá por qué hace las cosas en esta forma".

Esta edición de 3.000 ejemplares  
se terminó de imprimir en Primera Clase Impresores S.H.,  
California 1231, Bs. As., en el mes de octubre de 2006.

\*\*\*\*\*